Seix Barral

Antonio Maestre

Me crie como un fascista



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Me crie como un fascista. Elegí no serlo

No es la economía, estúpidos

Resistencia partisana

Desnortados

Pequeños fascismos por todas partes

Kapos en el campo de concentración doméstico

Manada de lobos

Amigos de sangre

Rencor latente

Las pasiones tristes

La amenaza morada

Cacerías colectivas

Ser hombre puede estar bien

Acojonados

El moro violador

Dopamina facha

Schadenfreude

Coda de situación

Bibliografía

Agradecimientos

Créditos

Antonio Maestre

Me crie como un fascista



A Tina. A Noe. A María Jesús Hernández Santos, mi madre, que, antes de avisarme de que ingresaba en el hospital del que ya no salió, me preguntó si ya había entregado el borrador de este libro porque sabía que me preocupaba acabarlo

ME CRIE COMO UN FASCISTA. ELEGÍ NO SERLO

Si en la actualidad me cruzara por la calle con un chaval con la imagen que tengo de mi adolescencia lo despreciaría y volcaría todos mis prejuicios sobre él. Un chico de dieciséis años con la cabeza rapada, unas zapatillas que simulaban ser New Balance, una chaqueta Alpha Industries falsa, de mercadillo, y pantalones de chándal del ejército de color verde militar con una bandera de España que recorría la pernera desde la cintura al tobillo. Era un cani completamente lumpenizado sin ninguna politización. Lo tenía todo para ser un fascista.

La última década la he pasado estudiando a la extrema derecha y he cometido el fallo de querer adaptar a martillazos los marcos de ascenso de las opciones fascistas en otros periodos de nuestra historia. Ese error, superado tras el estudio y la introspección de todo lo aprendido, es habitual cuando se tiene prisa para encontrar una explicación a procesos multifactoriales, complejos y no replicables. El estudio de la historia y de los procesos de consolidación de los fascismos es imprescindible para crear el marco propio que adaptar a la contemporaneidad, pero no funciona cuando se intenta explicar el presente con los hechos del pasado.

La peculiaridad de cada periodo histórico exige una nueva dialéctica y no es posible comprender lo que ocurre hoy sin centrarse en los elementos esenciales sobre los que pivota la

conformación de las retóricas ultras que no existían en otras épocas de la historia. Ese diagnóstico basado en la máxima marxista del análisis concreto de la situación concreta implica que la mejor manera de comprender el hoy es centrarse en entender el yo masculino y su extensión en el nosotros social. Por eso es necesario conocer hasta qué punto ha sido posible, con los comportamientos cotidianos que todos hemos tenido, ser responsables de que esa radicalización se produzca, no desde la culpa, sino proyectándolo en el *zeitgeist* político. La revisión de mi propio proceso de socialización masculina ha sido la epifanía necesaria que me ha ayudado a encontrar las claves de esa dinámica de reproducción social para ser consciente de que, sin un ejercicio de introspección, politización, escucha activa y empatía, la deriva normal de alguien como yo en este tiempo hubiera sido la radicalización ultra, el antifeminismo y la culpabilización del migrante para entender cualquiera de mis problemas y encontrar algo de paz.

No se puede victimizar a los hombres que han elegido el camino fácil, porque hay alternativas, por dolorosas que sean para el propio ego y por mucho que cueste despojarse de una manera de vivir más cómoda en la que los privilegios asociados a nuestro género y estatus social son la norma. Lo cómodo es dejarse llevar por la hegemonía masculinista en la que nos hemos criado y que lucha por su supervivencia con el empuje fascista, pero los hombres tenemos la obligación de ser punta de lanza entre los nuestros para enfrentarse a esta idea y dejar de justificar a quienes se lanzan en manos de los fascistas porque se creen que la vida es ahora muy difícil para los hombres blancos heterosexuales y occidentales. Tenemos que hablar entre nosotros y combatir esa manera de pensar. Es propio de quien quiere ganarse capital político y económico regalarle los oídos a la gente con un discurso que les

asegure que van a seguir viviendo por encima de los demás. A todos nos gusta vivir mejor, pero no puede ser que lo hagamos a costa del sufrimiento, el sometimiento y la humillación de nuestros pares en la sociedad.

El fascista lo es porque quiere. No merece ninguna justificación. Tampoco que hagamos de su elección libre y racional una deriva inevitable. No hay que confundir estudiar las razones por las que se produce algo con caer en el error de ser comprensivo con su decisión y tratar con condescendencia a hombres libres con ideas inmorales.

Entiendo esa radicalización surgida de lo personal porque he tenido que luchar con cómo se forja, pero no comprendo a quienes se han rendido a ella por cuestiones egoístas. Convertir esa herida en odio político hacia los colectivos más vulnerables es una salida fácil que no puede justificarse. En ningún caso se puede ser sensible a quienes habiendo tenido problemas personales e incluso habiendo atravesado situaciones injustas hayan elegido como salida la crueldad y el desprecio a la alteridad. Igual que no se puede justificar al agresor por haber sido agredido en la infancia, tampoco se puede tolerar al que se hace ultra por no comprender la conformación de un mundo nuevo que ha dejado de tenerle en el centro de todas las políticas y visiones.

Es necesario abrazar a la duda. No se puede dar por sentado que nada de lo que antes nos parecía cierto siga siéndolo en la actualidad. Pino Aprile, en su libro *Nuevo elogio del imbécil*, parafrasea a Oliver Cromwell para decir que nadie es tan resuelto como el que no sabe adónde va usando el ejemplo que nos da la naturaleza con el comportamiento de un pequeño pez llamado *piscardo(Phoxinus phoxinus)*. Una investigación del etólogo Erich von Holst sobre el comportamiento de este animal cuando se mueve con

su banco ayuda a entender cómo la falta de inteligencia y la certeza absoluta que proporciona no dudar ayudan a convertirse en líder del enjambre. El investigador sabía que el piscardo hace pequeñas escapadas del enjambre para encontrar el camino más adecuado para el banco; cuando sale del grupo se vuelve de manera recurrente para ver si le siguen sus compañeros y, en caso de que no lo hagan, regresa la seguridad del grupo. Pero el investigador descubrió que cuando se le extirpa al piscardo la parte del cerebro que explica este comportamiento prudente, al salir del grupo deja de mirar atrás a ver si sus congéneres le siguen y, por lo tanto, su prudencia desaparece y continúa con su escapada sin atender a nada más. Esa conducta hace que el resto del cardumen lo siga porque asume que esa seguridad del pez con el cerebro extirpado los llevará a un lugar mejor.

También fuera del agua la duda protege de la radicalización fascista, del mismo modo que la certeza empuja al esencialismo que funciona como precursor. Quien tiene las ideas tan claras que son inamovibles es probable que acabe en el lugar que la hegemonía del momento le dicte. Haber crecido en un suburbio de la periferia madrileña, en los márgenes, en los años ochenta y noventa proporcionaba todas las papeletas para convertirse en un fascista porque el caldo de cultivo en el que vivíamos era propicio para dejarse llevar por unas dinámicas de odio, resentimiento y exclusión. Pero había elección, siempre hay elección.

NO ES LA ECONOMÍA, ESTÚPIDOS

Las emociones configuran nuestro tiempo. En realidad siempre han sido los motores que activan la acción política, la materia prima de nuestra expresión de la pulsión social y la forma en que nos organizamos. Existen multitud de sentimientos que ayudan a comprender los procesos contemporáneos de radicalización, dinámicas —sutiles en ocasiones y violentas otras— que van construyendo una realidad social y política a través del miedo, el odio, el deseo, el amor, el resentimiento o la incertidumbre y que los líderes políticos utilizan de forma consciente, mientras que nosotros las empleamos de manera subconsciente para modelar nuestro ideario político.

La mayor expresión de la emocionalidad aplicada a la política es el fascismo contemporáneo, una degeneración de las pasiones tristes para configurar un mundo que expulse todo aquello que el capitalismo considera prescindible. Comprender cómo llegamos al fascismo a través de las emociones es un reto para activar ese mismo mecanismo en sentido inverso y adquirir la consciencia de que en nuestro interior también se pueden activar esas emociones que de manera inconsciente hacen aceptables las ideas fascistas a través de nuestra acción, conformismo o resignación. Todos podemos sentir pulsiones fascistas y en ocasiones actuamos haciendo posible que esa ideología vaya ganando posiciones en nuestra cotidianeidad facilitando que algún día tenga todo el poder.

El fascismo ya no es simplemente una recreación política de las voluntades, sino que funciona como una extensión de la superestructura que empapa la vida cotidiana del capitalismo posfordista. La pulsión primigenia es la existencia de una comunidad originaria, ancestral, de pleno derecho, que está en riesgo por la amenaza de una serie de peligros externos e internos. Es un mito, una recreación fantasmal de un anhelo, que funciona de manera diferente a como lo hacía en los años treinta, ya que no desfila, sino que se cuela en nuestras vidas mediante un discurso superficial e infantilizado por las redes sociales y los medios de comunicación espectacularizados.

El fascismo contemporáneo es una recreación cultural que se entrelaza a través de dinámicas políticas, económicas, sociales y emocionales y que trasciende la explicación histórica marxista de las necesidades materiales. El fascismo actual no es una excrecencia emanada de la desigualdad económica, es algo más profundo y, por lo tanto, más difícil de atajar, porque opera sobre el deseo y los miedos.

Mikkel Bolt Rasmussen, en su libro *Fascismo tardocapitalista*, define así esta construcción multilateral:

> Cuando la gente grita insultos racistas o escupe a los refugiados desde los puentes de las autopistas (como ocurrió en Dinamarca en 2015, durante la llamada Crisis Migratoria Europea, cuando los refugiados sirios caminaban por las autopistas, tratando de llegar a Suecia), no están simplemente sobreactuando su angustiosa situación económica. La ideología de los trabajadores blancos que con demasiada facilidad alimenta el fascismo tardocapitalista no es un mero reflejo de una falsa conciencia. El reto consiste en analizar el fascismo tardocapitalista como el complejo fenómeno cultural que es, e intentar comprender cómo produce formas de subjetividad adecuadas a sí mismo.

El fascismo y el capitalismo están unidos. Pero se debe huir de explicaciones simplistas o conspiranoicas que analizan el fenómeno

político posfascista como un acuerdo de las elites para proteger sus intereses de una amenaza existencial. El fascismo contemporáneo es un subproducto del capitalismo. Un residuo de las dinámicas de explotación de la actividad del capital y de la producción extractivista de los Estados. Lo que quedó en depresión tras la crisis financiera de 2007 y a lo que el sistema ha sido incapaz de dar una salida efectiva y democrática. Sin embargo, todas las explicaciones que suelen tener preeminencia, porque en su mayoría son enunciadas por hombres que no miran más allá de los problemas socioeconómicos, achacan a estos últimos el deslizamiento de amplias capas de la clase obrera a la extrema derecha. De esta manera ignoran, desprecian e incluso rechazan como factor fundamental que explica la fascistización contemporánea la implicación del machismo y los problemas derivados de la socialización del hombre en un sistema patriarcal en pleno auge del movimiento feminista. Yo era uno de los que compartían ese diagnóstico, con ignorancia machista y hemipléjica, porque no miraba a las emociones, ni a las mías ni a las de mis coetáneos.

No hay nada que dirija más la mente humana hacia el fascismo que la humillación y el sometimiento de las mujeres. La violencia machista es la emoción aprendida que hace asumible y una realidad aceptable la negación del diferente en la vida política. Es muy sencillo justificar la humillación de los migrantes, de las personas racializadas, de los creyentes de otras religiones y del colectivo LGTBIQ+ si se ha aprendido que la degradación, el abuso, la agresión y la superioridad sobre las mujeres, incluso en el seno de la propia familia, son actitudes socializadas desde que los hombres somos simples niños.

El proceso fundamental que explica el auge del fascismo no es la incertidumbre por el nuevo tiempo ni las crisis económicas, porque

las ha habido peores y más duraderas; esa es una explicación simplista y reduccionista. El tronco del que nace la reacción que explica el auge de los movimientos de extrema derecha es la misoginia y el machismo, la negación primitiva de los hombres a ceder sus privilegios ante el empuje feminista, la resistencia a cambiar nuestros modos de socialización y la imposibilidad de afrontar el trabajo que implica revisar todo lo que hacemos mal, y el dolor emocional y psicológico que significa reconocernos en muchas facetas de nuestra vida como hombres que han hecho sufrir a las mujeres.

Desaprender todo aquello que nos enseñaron de pequeños a los hombres es algo tremendamente disruptivo que en ocasiones pone en cuestión la propia identidad y todo lo que creímos ser. Conlleva iniciar un camino que provoca una quiebra tan profunda que implica no reconocerse a uno mismo, y la mayoría de los hombres no están dispuestos a transitarlo. El camino fácil es la tribalización sobre esos procesos aprendidos, buscar otros hombres similares a nosotros que nos digan que lo que hacíamos está bien aunque eso suponga destruir la infancia y la vida de las mujeres que nos rodean. Esa es la dinámica principal que conduce al fascismo. No son las crisis ni la inmigración ni la falta de perspectivas de futuro. Es simplemente renunciar a una mujer en casa que haga gratis todas las labores del hogar y con la que desfogarse cuando uno quiera y como quiera.

Todas las explicaciones que he escuchado y leído intentan justificar la fascistización social con causas económicas y sociales que aluden a las condiciones materiales. Yo también daba siempre el mayor peso a esa realidad frente a las cuestiones culturales, sin quitar importancia a estas últimas. Pero he cambiado de opinión. Después de más de quince años investigando, estudiando, leyendo y sufriendo a la extrema derecha he llegado a la conclusión de que el

factor principal del cambio reaccionario de esta era viene dado por la incapacidad de una inmensa cantidad de hombres para comprender y aceptar el cambio social de paradigma que implica que las mujeres exijan un trato igualitario.

En otros momentos históricos han existido cambios económicos, situaciones de crisis dramáticas, pero lo que hace especial a este en concreto es una transformación social y cultural impelida por las mujeres que están hartas de soportar sobre sus espaldas esa histórica discriminación. Es imposible que un cambio de paradigma estructural de ese tenor que no lleve aparejado un movimiento pendular. Lo que explica con mayor precisión el auge de la extrema derecha a nivel mundial es que hay muchos hombres que quieren seguir sometiendo a la mujer. El resto es literatura.

Hay un elemento común a todos los temas del discurso público de la extrema derecha, desde la inmigración a la negación de los derechos de las personas trans, y es la visión sobre el papel de la mujer en la sociedad. Su concepción de la familia y de la mujer como hembra paridora centraliza todo su relato y es a través de esa idea fuerza desde donde vehiculan todas las respuestas y soluciones a cualquier problema social. La cosmovisión de la extrema derecha nace del supremacismo, tanto del masculino como del de raza, y a través de esa concepción ideológica se explica todo. Ese simplismo es el que permite su éxito.

Leer las explicaciones que grandes teóricos de la izquierda dan del nuevo derrame fascista contemporáneo es bastante deprimente. Uno de los que intenta explicarlo desde un punto de vista falocéntrico que elimina el factor de género de la ecuación es Franco *Bifo* Berardi, que en su texto *La segunda venida* hace una valoración tremendamente reduccionista del nuevo tiempo reaccionario:

> No pienso que el fascismo esté de vuelta. Al menos no el fascismo en su modelo original. Lo que experimentamos hoy es un retorno de la mitología supremacista, pero la sustancia antropológica ha cambiado profundamente. En el periodo futurista, de hecho, el fascismo fue la manifestación más agresiva de la potencia de varones jóvenes que se sentían marginalizados por la burguesía: su estilo era animado, eufórico, y su brutalidad llevaba la marca de una visionaria fe en el futuro. La ola contemporánea de nacionalismo y racismo está alimentada por un sentimiento de desesperación y humillación, por la rabia impotente de gente mayor blanca en la era de la globalización.
>
> Hasta donde sé el concepto de humillación no ha sido tematizado o analizado nunca en el ámbito del pensamiento político. ¿Qué es la humillación al fin y al cabo? Diría que humillación es lo que sienten las personas cuando son forzadas a tomar conciencia de su incapacidad para realizar la imagen que tienen de sí mismas. Humillación significa ese quiebre de la relación entre imagen de sí, expectativas, realidad percibida y reconocimiento. Los trabajadores occidentales blancos han sido humillados por la gobernanza neoliberal y por los gobiernos de centroizquierda que fueron los ejecutores de dicha gobernanza. Los trabajadores occidentales han sido tan humillados que han decidido identificarse ya no como trabajadores, sino de una manera diferente: como raza blanca. Es la raza blanca la que está de vuelta: la «raza superior», la raza de depredadores.

Leer este análisis y no darse cuenta de lo exiguo que se queda es uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo. La visión falocéntrica de Bifo es exasperante por varios motivos, pero sobre todo por dar como hecho probado que se ha humillado al trabajador blanco occidental otorgándole un privilegio sobre la clase obrera en su conjunto y no entender que si alguien ha sido afectado por las políticas neoliberales de manera segmentada ha sido la clase obrera femenina, racializada y migrante.

Si fuera preceptivo hacer una especificación sobre las políticas neoliberales y a quiénes han afectado con mayor virulencia solo dentro del sector económico de la clase trabajadora, el que menos ha sido humillado por razones obvias ha sido el de los hombres blancos occidentales, a no ser que no pongamos sobre la balanza las cuestiones previas de privilegio dentro de ese sector y la interseccionalidad.

El análisis que intenta despojar de responsabilidad a los miembros de la clase trabajadora que se echan en manos de la peste parda tiene una mezcla de complejo y necesidad de tutela clasista que niega la agencia intelectual a quienes de forma consciente consideran que el fascismo es la mejor opción para sus intereses.

No hay ningún parámetro serio que sostenga la idea de que los hombres blancos de clase trabajadora son el sector más vapuleado por el capitalismo y su decantación neoliberal. Plantear esto es en sí mismo un ejercicio de inoperancia intelectual próximo a la radicalización nostálgica de una izquierda que necesita alguna justificación para decir que el racismo y el machismo no están tan mal, antes de echarse en manos de la extrema derecha sin los complejos sociológicos de la cultura política de la que ha bebido y vivido. La economía no es el factor clave que ayuda a explicar la radicalización y el ascenso ultra. Eso no significa que no sea una variable que ayude a consolidar ese viraje y sirva para dotarle de cierto sentido político, incluso como justificación para quienes no quieren verse como racistas y machistas y buscan una excusa utilitarista para defender sus posiciones políticas. Es más fácil explicar los cambios hacia posturas reaccionarias aludiendo a una realidad material incontestable.

RESISTENCIA PARTISANA

No hay nadie que no se haya visto en esta situación. Un chat de un grupo de amigos. En este caso los míos. Los de toda la vida, con los que he compartido la adolescencia. Tenemos algunos recuerdos amables; la mayoría, por desgracia, amargos. Ya nos separa casi todo, pero mantenemos ese grupo como vínculo de lo que un día fue cuando todo era más primitivo. Pero siguen siendo ellos, mis amigos. Lo que me conformó.

De repente, aparecen unos mensajes machistas, profundamente ofensivos, hirientes, descarnados e incluso violentos. En ese grupo de amigos solo participa una amiga, a la que siempre habíamos llamado *la niña* por ser más joven que el resto, una mujer que llegó al barrio tarde y se quedó en un grupo que no siempre fue un sitio seguro y que por su vulnerabilidad y autocuidado calló mucho. Pero ya no. Ahora no quiere aguantar eso. Escribe, contesta y se queja: «Os estáis pasando, sabéis que estoy en el grupo y aun así escribís estas barbaridades». Se le responde con burla, con chanzas y llamándola exagerada y algún despectivo antifeminista. No se arredra y les contesta con firmeza. Pero siguen los desplantes. Nadie la toma en cuenta.

Nunca intervengo en el grupo, no suelo hacerlo porque estaría siempre discutiendo con sus machistadas y racistadas. Pero ya no puedo callarme al ver que a ella la ofende, la molesta y ellos, sabiéndolo, la desprecian. No recuerdo exactamente qué puse, pero no fue nada demasiado agresivo, algo como que al menos si una

amiga les decía que algo la molestaba debería bastar con que dejaran de hacer esos comentarios. Pero el apoyo, tenue, nada especial, sirvió para envalentonarlos y contestaron con más violencia. Ahora el objetivo era el amigo izquierdista que salía en la tele y al que no estaba mal agredir verbalmente. El conflicto se enconó, las palabras se elevaron, la amistad se rompió definitivamente.

Unos simples mensajes cruzados de solidaridad con una amiga que dice pasarlo mal por los comentarios hirientes, humillantes y despectivos hacia las mujeres hicieron añicos el vínculo de años. Imagino que todos tenemos alguna experiencia similar. La empatía a veces significa tomar partido, ponerse del lado de quien sufre y eso genera ruido, conflicto, molesta. Pero implicarse es un combate partisano cotidiano.

Ocurrió en pandemia. Nunca le había dado el significado político que ahora me atrevo a darle y que creo que es lo que engrasa el advenimiento del fascismo. Callar ante esas violencias íntimas, ante las agresiones cotidianas para mantener el vínculo. La humillación corre por las venas del pensamiento fascista y el único antídoto que me parece útil es su emoción antagónica, la empatía.

He estudiado a los principales intelectuales sobre la extrema derecha y al final he encontrado la razón del auge contemporáneo leyendo en Homero los discursos de Telémaco y los pretendientes a la asamblea, cuando el hijo de Ulises, harto de que estos saquearan su casa buscando el favor de Penélope, pide ayuda. Creo que el discurso de los pretendientes ilumina el lado oscuro de la teoría economicista sobre la radicalización fascista contemporánea. Homero lo explica de forma más sencilla en la voz de Eurímaco respondiendo al viejo de la asamblea para exigir su derecho a perturbar el bienestar de Penélope tras la partida de Ulises:

> Ulises ha muerto en país lejano y es una pena que tú no murieses con él, así no estarías haciendo vaticinios y avivando la cólera de Telémaco, que bastante enfadado está ya. Supongo que crees que te dará algo para tu familia, pero te aseguro una cosa: cuando un viejo como tú, que debería saber mejor lo que dice, alienta la ira de un joven, hace que a este le vayan peor las cosas, puesto que no conseguirá nada; en cuanto a ti, te impondremos una multa mayor de la que puedas pagar. Y a Telémaco le digo, en presencia de todos vosotros, que envíe a su madre con su padre, que se encargará de buscarle un marido y de proporcionarle la dote que cualquier hija querida puede esperar. Hasta entonces seguiremos acosándola con nuestras pretensiones, pues no tememos a nadie y nos traen sin cuidado tanto él y sus bonitos discursos como tú y tus vaticinios.

En este extracto se narra la esencia del fascismo político. La subyugación del que protesta ante la injusticia mientras el que castiga reclama para él el mantenimiento de todos los privilegios y el sometimiento como un derecho divino a través del acoso a la mujer como trofeo. La eurimaquía explica la esencia de toda radicalización ultra.

Así de estructural es el fascismo y lo es porque no nació en los años treinta ni el siglo XIX, como defiende Zeev Sternhell. Nació con la humanidad. Es consustancial a nuestra existencia. Es primitivo. Se constituyó con sus reglas y valores en el siglo XX, pero no hace más que dar salida a una pulsión masculina que tiene como fin último la dominación y la humillación de forma sádica. Es la parafilia política de nuestro tiempo pero nace desde que somos humanos.

La actriz argentina María Luisa Bemberg explicó en una entrevista muchos de los problemas actuales sobre la radicalización ultra de manera sintética y precisa: «Un machista es un fascista». Más allá de la lógica feminista irrebatible, esa frase concretaba las pulsiones íntimas que explican cómo crece el fascismo a través de la performatividad masculina.

Si tuviéramos que reducir las ideologías políticas a emociones, el fascismo estaría representado por la dominación, la humillación, el sometimiento y el sadismo, y el antifascismo estaría definido por la

empatía, los cuidados y la solidaridad. Esta representación emocional de la política es necesaria para atender a lo íntimo que resulta un proceso de radicalización fascista. Es cierto que siempre existe un componente racional muy relevante que hace necesario no ser condescendiente con quien abraza las ideas de la barbarie, pero es imprescindible analizar la realidad sociopolítica desde una perspectiva sentimental que podemos entender mirando dentro de nuestras propias emociones. No hay mejor manera de comprender la radicalización fascista de nuestra época que observar nuestras propias emociones para encontrar las claves del nuevo tiempo reaccionario.

DESNORTADOS

La brújula anda bien, lo que se rompió
es el mundo.

El Eternauta

Comprender los procesos reaccionarios que conducen al fascismo es más fácil mirando hacia el interior y a la sensación que genera la desafección hacia cualquier movimiento político o social. Todos hemos vivido en algún momento una decepción o distanciamiento con alguien o con algo; desde ese punto de vista es mucho más sencillo entender cómo los elementos que tejen las relaciones sociales provocan desafección en grupos importantes de población que acaban renunciando a la política como el lugar donde se dirimen las estructuras de convivencia o derivando hacia esas posiciones reaccionarias que asolan la época contemporánea.

Me declaro un desafecto. Por eso es más fácil que empatice con esos perdedores de la globalización, con esos hombres perdidos por el feminismo, con esos jóvenes que no saben lo que les deparará el futuro y no entienden la política y a sus representantes como una vía para mejorar su situación. Los comprendo porque yo también soy un desafecto desde otras posiciones políticas pero con el mismo recorrido emocional. Explorando en mi propia desafección hacia los procesos colectivos de construcción de la izquierda puedo hurgar en mis emociones para comprenderlos e identificar la forma de

acercarme a sus frustraciones. Puede que no sirva para encauzarlas hacia un lugar que no sea el odio al diferente y a la alteridad ni el rencor y la ira, pero sí para conocer cómo funciona ese mecanismo.

La necesidad de acercarme a la política desde el periodismo me ha servido para ahondar en un pozo de envidias, miserias, odios y actitudes despreciables. Un espacio copado por quienes solo buscan la destrucción personal, no del adversario político que defiende unas ideas que se consideran incompatibles con los derechos humanos, sino del que piensa igual pero se entiende que compite por los mismos recursos económicos, políticos y simbólicos. Ser consciente de que la política es el único recurso que tienen los pobres, los colectivos vulnerables y la clase trabajadora se convierte en una disonancia patológica al descubrir que quienes habitan los espacios de decisión y representación en las formaciones de izquierdas que tienen que combatir ese proceso de fascistización social son peores humanamente que el líder de cualquier espacio reaccionario.

Esa realidad aprendida genera un conflicto del que solo se puede salir con introspección, tiempo y desengaño. En ocasiones solo es posible superar una situación de este tipo, que confronta con los propios valores íntimos y vitales, yendo a terapia. Cuando se es consciente de que la única salida a la situación social está cooptada por individuos que solo piensan en su enriquecimiento personal a través del engaño masivo y la instrumentalización de las causas más justas aparecen la desesperación y la desilusión. Una vez comprendido ese proceso, puede ser afrontado mediante la búsqueda de ayuda profesional para manejar las emociones o terminar en un camino de radicalización reaccionaria.

No es extraño que muchos individuos no politizados previamente hayan caído en ideologías populistas de derechas después de haber sido los más fieros defensores de las ideologías populistas de

izquierdas, porque la falta de cultura política colectiva previa implica que haya que buscar una salida a la decepción y esta siempre sea la más extrema, pero en sentido contrario.

La lucha contra las propias pulsiones tras una decepción política profunda que afecta los valores primarios es una senda de deconstrucción que afecta a la supervivencia mental y que no todo el mundo es capaz de afrontar. Puede que ni siquiera quien lo sufre tenga el capital cultural suficiente para saber que es un proceso que no tiene por qué ser irreversible o tal vez no tenga fuerzas para luchar contra sus propias emociones y convertirse en algo que no quiere ser. Defenderse de las ideas de uno mismo resulta doloroso y dañino. No es un ejercicio retórico, es pura biología y fue estudiado por el psicólogo social Leon Festinger: se llama *disonancia cognitiva*. Festinger, junto con Henry Riecken y Stanley Schachter, estudiaron a una secta apocalíptica en los años cincuenta para comprender cómo afectaba al cerebro creer firmemente en que un suceso se producirá, en este caso el fin del mundo, y que finalmente esto no ocurra. El estudio fue publicado en el año 1956 como *Cuando las profecías fallan*, que explicaba qué ocurría cuando existe un suceso catastrófico que rompe el equilibrio entre la creencia y la realidad. Las conclusiones del estudio eran contraintuitivas, porque la lógica dice que si se tiene una firme creencia y ocurre un suceso que la anula se abandonará, pero lo que ocurría en realidad era todo lo contrario. Los miembros del grupo buscaban una explicación que adaptara la realidad a sus creencias reinterpretando el suceso, reforzando su compromiso con la secta y ahondando en su pensamiento porque para el cerebro biológicamente es mucho menos costoso reinterpretar los hechos para adaptarlos a su creencia que reconocer que el pensamiento central de su vida está

equivocado y abandonarlo. Los hechos no funcionan para modificar la fe.

El desarraigo emocional es uno de los elementos prioritarios que conducen a la llegada a la solución reaccionaria a muchas personas, en particular a los hombres. En el cómic *Los combates cotidianos*, que une la precariedad, la salud mental y el advenimiento del Frente Nacional en un astillero francés, un diálogo entre un joven antifascista que conversa con el amigo de su padre por el futuro de los astilleros es un fresco de cómo opera el desarraigo en el alma de los trabajadores blancos que no son capaces de adaptarse a las nuevas realidades del mundo contemporáneo.

Bastounet es un hombre grande, de ceño fruncido, que come sentado junto a Umit, uno de sus compañeros, inmigrante, con las piernas colgando sobre el muelle mientras conversa con Marco, hijo de un compañero que ha venido de París para fotografiar a los trabajadores del astillero. En un momento de la charla Bastounet censura un comentario de otro de sus compañeros hastiado por la situación y deja entrever que hay esperanza tras las elecciones. Marco, sorprendido por el comentario de su amigo Bastounet, le pregunta al respecto porque cree que en esa región ha ganado el Frente Nacional de Marine Le Pen. Bastounet le contesta que no solo ganó, sino que arrasó. A lo que Marco, indignado, le dice que no puede creer que se haya tragado el rollo facha mientras almuerza con Umit al lado. Entonces se produce una de esas respuestas que tanto he oído en multitud de gente querida: «Con ellos no es lo mismo». A Umit le conoce. Es su amigo, cuando se refiere a los inmigrantes habla de otros, de esos que ve en los telediarios, en las redes sociales, esos que le describen como un problema. Pero su amigo Umit no es así, con él no va nada, aunque haya votado al partido que va contra él, contra todos los Umit. La réplica de Marco

es realista: «¿Acaso crees que el astillero se va a salvar porque echen a todos los extranjeros menos a tus colegas?». Entonces Bastounet nos aporta luz y oscuridad. Nos enseña el camino y nos ciega la salida: «Cállate. No me vengas con tu discurso parisino. Tú no sabes lo que pasa aquí. No sabes cómo vivimos. No me vengas a dar lecciones. Tú no quieres hablar, Marco. Solo quieres demostrarme que estoy equivocado... y lo peor es que puede que tengas razón... pero me da igual».

Está todo en esas viñetas. Lo irracional, lo emocional, el desarraigo, la desesperanza, el rechazo a la alteridad basada en un racismo primitivo pero que se diluye en la mayoría de las ocasiones con el trato cotidiano. También la imposibilidad de acercarse a quien está en el convencimiento de que ya no hay esperanza, incluso cuando asume que está equivocado pero no encuentra salidas y busca la última bala. Al caer en ese pozo la extrema derecha suele ser la opción.

Esa Francia desilusionada y llena de incertidumbre que cuenta Manu Larcenet es la misma que el documentalista Joseph Gordillo describe en su documental *Brumaire*, una película ambientada en una región minera de la Lorena y que cuenta cómo el desarraigo lleva a la despolitización de una cuenca que cuando existían las minas era terreno exclusivo de la izquierda.

Tras el cierre del último yacimiento de carbón, un padre minero cuenta los recuerdos de su trabajo y la solidaridad que había entre compañeros en lo que era una región próspera tejida a través de la sindicalización y la lucha obrera para lograr unas condiciones económicas y laborales que daban prosperidad a la zona. El contrapunto de la historia es la hija del minero. Una limpiadora precaria en una residencia de ancianos en unas condiciones lúgubres y sin futuro que se queja del abandono de esos sindicatos a esa

clase obrera atomizada que no tiene grandes centros de trabajo y cómo el hartazgo por no ver un futuro ni una posibilidad de crear una vida digna los va aproximando a la extrema derecha buscando una salida.

La pérdida de lo que antes anclaba a un mínimo de certidumbre genera un desconcierto que en ocasiones no se dirige de manera adecuada y se canaliza hacia posiciones que en condiciones normales se rechazarían, pero que son la única salida a una certeza perdida. Una de las ideas fundamentales que es preciso comprender y que todos hemos vivido es la que el británico Raymond Williams explica en su concepto de *estructuras de sentimiento*. Para explicarlo siempre apelo a las cuñas de chocolate que me compraba con mis amigos en una panadería antes de jugar al fútbol. Como si fuera un ritual, antes de entrenar íbamos todos en comandita a un comercio de barrio donde unas cajas de plástico azules guardaban unos bollos enormes en forma de triángulo de bizcocho relleno de crema y con una cobertura de chocolate industrial que nos daba el chute de azúcar necesario para jugar como si fuéramos dementes dopados. Ese recuerdo de infancia y ocio, de libertad y hedonismo de niño de clase obrera, es lo que ha construido mi identidad; en mi cabeza es la esencia del barrio, del colectivo y de la comunión entre iguales. Ese es un recuerdo nostálgico que nos genera una identidad aprendida y perdida. Esos pequeños sellos emocionales son los que nos conforman culturalmente y que generan desapego cuando se pierden. Cuando esa pastelería donde yo anclo mi identidad desaparece, siento cierto desencanto, una pequeña punzada que me recuerda el paso del tiempo y la destrucción de algo que me hizo feliz, siento añoranza y me da pena. Todos tenemos esos espacios de socialización y memoria que nos hacen sonreír y que van desapareciendo con los cambios sociales, demográficos y vitales. La

pastelería que yo añoro desapareció y ahora puede estar ocupada por un kebab o un puesto de arepas. Si esa nostalgia por ese recuerdo la acompaño de una posición de inestabilidad económica, precariedad, soledad y un discurso que identifica ese cambio con la llegada de un agente externo que lo hace desaparecer, puedo convertir esa emoción legítima, humana e incluso tierna, en un factor de odio e ira hacia quien me ha robado aquel espacio de la infancia y dirigirme a quien me promete recuperar aquello que una vez me hizo sentir feliz.

El concepto de *estructuras de sentimiento* debe guiarnos para comprender cómo funciona ese proceso de radicalización ultra, porque a su vez nos dará las claves para politizarlo de manera justa en beneficio de todas las clases populares. La gentrificación nos despoja de esos espacios de sentimiento de igual modo que los cambios demográficos, y conviene comprender que esa desafección funciona de la misma manera para no criminalizar la emoción que late tras esa huida hacia movimientos de extrema derecha y ser capaces de vincular esas emociones hacia propuestas políticas de convivencia.

Intentar entender cuál es la dinámica que ha llevado a tantos hombres a sentir cercanía por una ideología que tiene como fin último la opresión del diferente ha sido para mí siempre una obsesión que ha afectado a mi estabilidad emocional para poder combatir de manera más efectiva la peste marrón. Por eso siempre busco ponerme en el lugar de quien acude a sus ideas como en una pendiente deslizante, de esas personas que no son fascistas convencidas, sino que llegan al convencimiento de que esas ideas no son tan malas para sus intereses y acaban abrazándolas.

PEQUEÑOS FASCISMOS POR TODAS PARTES

Hay un fascismo, no necesariamente igual al fascismo del pasado. Hay un nuevo verbo: no todos somos iguales, no todos tenemos los mismos derechos. Donde este verbo echa raíces, al final, hay un campo de concentración.

PRIMO LEVI

Hay fascismos cotidianos. Elementos de nuestra propia existencia, nuestras pulsiones que, sin ser conscientes, configuran un todo social que facilita que de manera paulatina vayamos creando un *ethos* social lo suficientemente sibilino como para que aparezca ante nosotros cuando ya no hay forma de pararlo. El fascismo lo construimos entre todos, incluso entre quienes lo combatimos, por mucho que pensemos que somos antifascistas convencidos, al reproducir actitudes y comportamientos que facilitan su consolidación.

En una charla en Móstoles de apoyo a Mark Bray, el profesor universitario que se ha tenido que exiliar de EE. UU. por amenazas, un joven antifascista de unos veinte años preguntaba cómo confrontar en su grupo, convencido y politizado en el antifascismo, los comportamientos machistas y racistas que eran más propios de la ideología que combaten. Lo relevante no es la respuesta, sino la pregunta, porque pone el dedo en la llaga de los microfascismos.

Es muy habitual en los espacios militantes hablar de la necesidad de combatir el fascismo. Y resulta necesario. Estoy de acuerdo con

ello, pero no con cómo se suele expresar, con cómo yo mismo he hablado en multitud de ocasiones reproduciendo una manera patriarcal de enfrentarse a él. Una forma de hacerlo completamente equivocada, parcelaria e inmovilizante, que expresa que al fascismo se le combate en la calle, con violencia, respondiendo únicamente con sus mismos métodos. No seré yo el que niegue el valor y el compromiso a quien considera que esa es la manera de hacerlo, pero creo que es errada. La violencia fascista, en esencia patriarcal, no se combate de la misma manera, sino usando las estrategias que mejor lo confrontan y que tienen como base la feminización del antifascismo. Una necesidad de un antifascismo íntimo, no épico, que se enfrente con el fascismo a través de la necesidad de ocupar el espacio público que se nos niega cuando se muestran comportamientos racistas y fascistas. Un antifascismo que empape la casa, los espacios educativos, los centros de salud, los parques infantiles, las comidas familiares y los grupos de WhatsApp. Lugares donde se engrasa el fascismo con la hegemonización de un discurso desacomplejado que necesita hacerse visible entre el silencio de quienes lo combaten en espacios militantes. Una sutil reconversión con mano izquierda que deja en evidencia que no se acepta una soflama fascista en una comida entre amigos es más efectiva que cualquier pelea a navajazos después de una manifestación. Un antifascismo basado en los afectos y en la expropiación del debate público de aquellos que se creen con la verdad por expresarse de manera agresiva.

Michel Foucault, en su proceso de construcción de la definición de biopolítica, teorizó sobre esos fascismos de baja intensidad, cotidianos o micropolíticos, que hacían más peligrosa la integración de comportamientos fascistas en nuestra vida que lo que podemos considerar fascismo histórico o político perfectamente definido:

> El fascismo que está en todos nosotros, en nuestras cabezas y en nuestros comportamientos cotidianos, el fascismo que nos hace amar el poder, amar incluso aquello que nos somete y nos explota. ¿Cómo hacer para no volverse fascista incluso cuando (sobre todo cuando) uno se cree un militante revolucionario? ¿Cómo eliminar el fascismo de nuestros discursos y nuestros actos, de nuestros corazones y nuestros placeres? ¿Cómo desalojar el fascismo que se ha incrustado en nuestro comportamiento?

Una de las preguntas retóricas más habituales que se suelen plantear cuando se intenta comprender el proceso de ascenso del nacionalsocialismo durante la República de Weimar es cómo pudo pasar. Es fácil caer en esa falacia mirando desde el presente, una vez que se ha visto todo el proceso y metabolizado en el pensamiento que Auschwitz existía ya mientras se estaba conformando la barbarie. Pero no fue así. Los campos de exterminio fueron el resultado final de un proceso que comenzó de manera paulatina, poco a poco, haciendo cada día posible algo que el día anterior era impensable. El historiador Michael Burleigh explica con una metáfora cómo se fue construyendo la posibilidad de que el nazismo avanzara:

> En abril de 1937, un escritor anónimo redactó un notable informe para la dirección del Partido Socialdemócrata exiliada en Praga sobre la «lucha» entre los nazis y las iglesias cristianas. Siguiendo a otro informador que había escrito anteriormente sobre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo, el autor del informe comparaba explícitamente el nazismo con una religión secularizada. Llamaba al resultado un *Estado-iglesia* o un Estado *antiiglesia*, con sus propios dogmas intolerantes, sus predicadores, sus ritos sagrados y sus expresiones elevadas que brindaban explicaciones totales del pasado, el presente y el futuro, al mismo tiempo que pedían a sus adeptos una dedicación inquebrantable. No bastaba la aquiescencia; esos regímenes exigían a sus poblaciones afirmación y entusiasmo constantes. Algunas de estas ideas se examinarán en esta Introducción y a lo largo del libro, pero había algo más hacia lo que llamaba la atención el autor de ese informe de lo que tendremos que ocuparnos cuando sigamos la historia de la Alemania nazi desde la Primera Guerra Mundial a los inicios de la reconstrucción democrática germanooccidental de posguerra.
>
> Ese informador acuñó una metáfora excepcionalmente expresiva para las transformaciones morales que estaba efectuando el nazismo, algo casi ausente en los modernos libros de historia, con esos conceptos procedentes de la ciencia

social de que hay que liberarse de los juicios de valor, como si la ética estuviese emparentada con el moralizar en vez de ser algo intrínseco a la condición humana y a la reflexión filosófica sobre ella. Este informador comparaba el proceso de transformación moral de la sociedad alemana que se planteaba el nazismo con la reconstrucción del puente de una línea férrea. Los ingenieros no podían limitarse a demoler una estructura ya existente, debido a las repercusiones en el tráfico ferroviario. Lo que hacían en su lugar era ir renovando lentamente cada tornillo, viga y raíl, un trabajo que apenas si hacía levantar la vista de los periódicos a los pasajeros. Sin embargo, un día, se darían cuenta de que el viejo puente había desaparecido y que ocupaba su sitio una nueva estructura relumbrante.

El genocidio en Gaza es un ejemplo de cómo vamos naturalizando poco a poco circunstancias que no considerábamos posibles antes de que se produjeran, y lo cierto es que podemos seguir viviendo mientras se realiza, podemos seguir comiendo, riendo, yendo al teatro o al cine, haciendo calistenia en el gimnasio o leyendo. Incluso cuando somos uno de los más activistas y siendo conscientes de la barbarie, hay un atisbo de normalización y elusión del conflicto en cada comportamiento cotidiano porque el ser humano necesita evadirse de lo que daña su salud mental.

No hace falta que se produzca un genocidio en directo, con las redes sociales denunciándolo y periodistas gazatíes emitiendo, para que tengamos comportamientos que van naturalizando hechos o actitudes que facilitan que el fascismo se vaya esclerotizando. Uno de los momentos donde se hace más visible este comportamiento es una mañana en la avenida de los Poblados en Madrid en hora punta, cuando la clase trabajadora tiene que acudir al metro para llegar al curro. A esas horas se puede ver a personas que acuden de manera rutinaria al trabajo dejando a su lado el Centro de Internamiento de Extranjeros de Aluche. La escena es distópica y genera una disonancia entre la normalidad que camina y la anormalidad inhumana que mantiene encerrada a cientos de inmigrantes que no han cometido ningún delito. No hay protesta, no hay extrañeza, hay

una anodina normalidad en la que se convive con la destrucción de la alteridad y la criminalización del diferente.

KAPOS EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DOMÉSTICO

El fascismo que más me preocupa es un fascismo mutado, más ambiental, sociocultural, que está en los comportamientos de la gente y que ha pivotado de lo más político, militar o identitario hacia un ámbito más económico, tecnológico o incluso cultural. Ese fascismo normaliza ciertas pautas de conducta de masa, cierta agresividad tipo psicológico [...] normaliza comportamientos que sí entroncan con el fascismo pero ya no son denominados como fascistas. Este ambiente naturaliza el fascismo o convierte al fascismo en algo fantasmal. Si esa hipótesis que defiendo es razonable, un fascismo ambiental es ineludible, no hay lugar donde no esté y todos somos fascistas en la medida en que lo respiramos. Otra cosa es cómo lo gestionemos, cómo eliminemos esas toxinas, pero no respirarlo me parece inviable. El fascismo se ha vuelto etéreo, biopolítico.

ANTONIO MÉNDEZ RUBIO

La pulsión nostálgica de la familia es uno de los elementos centrales del proceso de hegemonización ultra. Su revisión contemporánea no es siquiera novedosa, sino la clave de bóveda sobre la que los procesos fascistas se han construido a lo largo de la historia. Todo empieza en la familia y en la representación sexual de género de las personas. La nostalgia es una idealización reaccionaria que se sustenta sobre el sufrimiento de las mujeres de clase trabajadora a través de un proceso de consolidación de la memoria como reproductor de recuerdos falsos.

Una de las situaciones que me obsesiona es no ser capaz de dilucidar si los recuerdos de mi infancia son míos. No sé si me acuerdo de esos eventos del pasado por mi propia memoria o de forma inducida por lo que cuenta mi madre que he hecho. No tengo constancia de ningún recuerdo de mi infancia que no esté mediado por mi madre y, por lo tanto, no sé si mi memoria es mía o una reconstrucción dulcificada por la vivencia de mi infancia que cuenta ella. Este proceso de reconstrucción de los recuerdos hace completamente imposible que yo tenga una base sobre la que reconstruir cómo era ese momento de mi propia historia y, por consiguiente, no puedo añorar algo que no sé si ocurrió.

No es algo que solo me haya pasado a mí y saberlo tiene una derivada política. La psicóloga Elizabeth Loftus, profesora de la Universidad de California, lleva estudiando desde los años setenta cómo se reproducen los recuerdos falsos y cómo es posible introducir en personas adultas recuerdos que jamás se produjeron. Loftus defiende que la memoria es un proceso reproductivo que genera los recuerdos a través de vivencias, pero también a partir de relatos externos, y que pueden ser inducidos. La forma en la que se rememoran los eventos traumáticos puede provocar un síndrome que afecte de manera patológica al individuo al tener como cierto un recuerdo que jamás se produjo, pero que el individuo cree fuertemente que sí. Un estudio publicado en la revista *Psychological Science* llamado «Fictional First Memories» decía que el 40 % de las personas tiene recuerdos de la infancia que nunca se produjeron. La nostalgia es una ilusión hasta el punto de que no sabemos si lo que recordamos pasó de verdad y, por lo tanto, más aún toda la construcción política que emana del pensamiento nostálgico.

Esa construcción idílica del rol de la familia en multitud de ocasiones está basada en interpretaciones sesgadas de nuestras

vivencias. Pero incluso aceptando que son ejemplos reales de vivencias felices no dejan de ser fragmentarias e individuales y, sobre todo, basadas en una construcción patriarcal soportada sobre los hombros de las mujeres, en especial de las más pobres, lo que implica de manera irremediable una especialización privilegiada del papel del hombre en la visión nostálgica que construimos del pasado y de la familia como núcleo reproductor principal de las normas de la sociedad.

Un hombre que no es dominante es un hombre imperfecto, perseguido, defectuoso. Su nacimiento le encamina en una dirección determinada, en el rol de agente activo de sumisión hacia las mujeres. Su configuración etológica está marcada por la fuerza, el poder, la determinación y la necesidad de subyugar a la parte débil de la sociedad. El patriarcado es, en sí mismo, la partícula esencial con la que se configura la cultura fascista predominante.

No se puede comenzar a trazar un mapa emocional del fascismo sin poner en primer término el espacio de socialización donde el fascismo cotidiano opera con mayor impunidad. El hogar, al ser el espacio privado por antonomasia, tiene un lugar especial en la recreación de las emociones de manera más abierta. Es ahí, en los espacios más íntimos, donde la emocionalidad descarnada, menos sujeta por los correajes de la sanción social, actúa con mayor libertad. Es en el hogar donde se produce el mayor artefacto ideológico a favor de la hegemonización de emociones que conducen a la tolerancia del fascismo como producto político, al reproducirse una y otra vez relaciones de sometimiento aceptadas y repetidas. El caso más paradigmático de fascismo cotidiano a través de las emociones se da en el seno del hogar y contra las mujeres. En el año 1982, en una entrevista en el diario *El País*, la ministra de la

Mujer francesa, Yvette Roudy, expresaba esta construcción ideológica esencial:

> No debe olvidarse que durante mucho tiempo el maltratar a las mujeres era algo aceptado casi como natural, incluso se llegó a pensar que les gustaba. La cultura machista es muy perniciosa, porque comprende a la vez la absolución del culpable en la medida en que la sociedad le da buena conciencia. Cuántas veces la muchacha violada ha sido culpabilizada y rechazada por la sociedad, incluso se han reído de ella. Son costumbres bárbaras que no practican ni los animales; es el horror concentracionario en lo cotidiano. Existe realmente un fascismo de lo cotidiano ejercido contra la mujer.

El hogar es una expresión privada del Estado fascista en el que cada uno ocupa un lugar, como si representara una obra de teatro. A lo largo de la historia el hombre, el cabeza de familia, ejercía de *kapo* en el campo de concentración doméstico. Y claro que cada representación simbólica de lo general admite excepciones en lo particular, así que, como hombre, no tienes que sentirte herido e insultado al leer esto porque se te represente como el guardia de Auschwitz que apalea a los judíos de camino a la cámara de gas, pero basta con ver la inmensa cantidad de mujeres afectadas por el ambiente opresivo de una familia y un hogar para que entender que no importa cómo se sienta uno.

La mitificación y la nostalgia reaccionaria de la familia tiene un objetivo político claro, que es detener el proceso de normalización igualitario con relación a la mujer que supuso su inclusión en el mercado laboral para lograr su independencia y autonomía y, por ende, la capacidad para liberarse del yugo que supone la familia tradicional. El libro *El aniversario*, de Andrea Bajani, tiene como principal valor narrar desde la perspectiva de un hombre la opresión brutal que supone la familia tradicional para la mujer y para los que orbitan debajo del *kapo* de familia. Es una representación realista de lo que se puede considerar una estructura familiar tradicional y

común, no especialmente violenta y, sin embargo, con una capacidad destructora de la voluntad libre de quien se encuentra en estado de dominación difícilmente evaluable. Bajani tiene la capacidad de generar en la narración de su propia familia el ambiente opresivo asimilable al de un Estado totalitario fascista y además lo relata desde el punto de vista de un hombre que es víctima de esa estructura patriarcal y familiar.

Una de las cuestiones fundamentales que se abordan en esta normalización fascistizante de las emociones es sentirse despojado de esa cualidad violenta y opresiva por el simple hecho de ser hombre. Es decir, no todos los hombres somos así, y como no somos así nuestro comportamiento está liberado de esa emoción de sometimiento a las mujeres con las que convivimos y nos relacionamos. Despojarse de esa masculinidad aprendida resulta doloroso hasta la patologización. Un hombre que comienza a ser consciente de que sus actitudes son erróneas, de que su comportamiento con las mujeres es machista y de que todo lo aprendido en su socialización desde niño es doloroso para aquellas personas a las que quiere sufrirá un colapso emocional que puede afrontarse de dos maneras. Una es la deconstrucción sincera e integral, que supone reformular hábitos, sensaciones, comportamientos y emociones. La otra es rechazar ese cambio y sentirse víctima de un relato contra el patriarcado que le interpela como individuo, haciendo de la política su manera de defender su conformación como hombre. Obviamente, la segunda forma de actuar es más sencilla y satisfactoria porque sentirse víctima crea comunidad, un club de tíos que no tienen intención de desprenderse de sus privilegios ni de afrontar sus miedos despojándose de comportamientos que les hacen la vida más fácil. Esa forma de

afrontar la reformulación social de la masculinidad abusiva crea identidad.

Es importante comprender que para huir de esta percepción violenta del hombre sobre la mujer no es clave lo que se haga, sino lo que la mujer, acostumbrada a relacionarse con los hombres, percibe. Si los hombres no son capaces de empatizar con las mujeres que no conocen serviría con preguntar a las que sí conocen, y todas y cada una de ellas podrán narrar al menos una situación de acoso, abuso o agresión por parte de un hombre. Eso resultaría suficiente para que se entienda con normalidad que la condición masculina es vista como una amenaza para las mujeres en determinadas condiciones por el simple hecho de ser y estar. Los hombres son en sí mismos un ente amenazante que hace del espacio público una construcción que limita las libertades de las mujeres y, por ende, convierten los lugares cotidianos en un factor normalizante que ayuda a construir la fascistización de la vida.

Documentándome para este libro me sucedió algo que me ayudó a ejemplificar esta manera de entender al hombre como una amenaza por su simple presencia en el ámbito público. Me encontraba leyendo en un parque cercano a mi casa el libro *Triste tigre*, en el que la francesa Neige Sinno narra su experiencia de abuso sexual infantil con su padrastro de una manera descarnada. La lectura me atrapó tanto que anocheció y yo seguía sentado en un banco. En un momento dado, cuando la luz ya escaseaba y me dificultaba la lectura, apareció en el parque una mujer con su perro, una mujer a la que conozco de compartir el parque con nuestros animales y con la que había conversado en varias ocasiones. Desde la penumbra del banco la saludé, pasó a mi lado y ni siquiera giró la cabeza para ver quién era. Noté que estaba asustada o que había aprendido e interiorizado que un hombre solo en un banco de noche

es algo que eludir. Me quedé descolocado, porque mi autopercepción es la de un conocido que estaba leyendo un libro sobre la violencia contra las mujeres y que jamás sería una amenaza para ella. Pero no importa lo que yo piense sobre mí ni cuáles sean mis intenciones, para esa mujer era en ese momento una potencial amenaza por mi condición de hombre en un contexto determinado.

Entender que los hombres son una amenaza para las mujeres aunque no quieran serlo y actuar de la manera adecuada es imperativo para que, cuando se encuentren en esos contextos que los convierten en amenaza, sepan identificarlos con empatía y actúen de la mejor manera para rebajar esa tensión consustancial a su condición estructural. Pensar desde ese punto de vista, como si se fuera una amenaza objetiva para las mujeres independientemente de la intencionalidad, es un camino que debemos transitar obligatoriamente para combatir de manera cotidiana esos elementos que acaban construyendo un espacio social con menos libertad y, por lo tanto, más propicio para ir construyendo opciones políticas que ensanchen la restricción de derechos de los demás.

El caso de Gisèle Pelicot es uno de esos sucesos que abordan de manera clave esta construcción social de la fascistización de la vida y el papel del hombre como colectivo en su magnificación: no solo por la realización del hecho, sino por los intentos por exonerar de responsabilidad la condición de hombre en la generación del mismo. No ha habido un suceso de mayor calibre para poder ejemplificar cómo existe una pulsión en la condición de hombre que conduce al sometimiento como constructo social y base fundamental del *zeitgeist* fascista. No hay construcción política del fascismo sin sadismo y sometimiento a un tercero y la dinámica patriarcal es la que mejor lo ejemplifica.

Una de las expresiones que solía usarse para explicar el mecanismo es que eran hombres normales en contraposición con los que hablaban del monstruo de Mazan para explicar la psique de Dominique Pelicot. La teoría del monstruo ya ha sido ampliamente desmontada por la teoría feminista, porque lo terrible de estos crímenes es que los cometían hombres terriblemente anodinos y cotidianos.

Hombres normales que, en su tremenda diversidad, explican todos los procesos de dominación masculina que ayudan a comprender la fascistización política que emana del comportamiento social masculino. Eran muchos hombres en una pequeña área de Francia. Es imposible obviar la terrible normalidad estadística que supone que más de cincuenta aceptaran participar y lo espantoso que es pensar todos los que sin acceder a hacerlo miraron para otro lado.

Si Dominique Pelicot pudo contactar durante años con una multitud de hombres para violar a su mujer drogada es porque existe un problema de socialización heteronormativa que constituye una pandemia que afecta a la seguridad de las mujeres y facilita ver a otras personas como simples objetos con los que sentirse un ser superior. Si hay tantos hombres que ven a la mujer de esa manera, es normal que con la validación política oportuna puedan reafirmarse en sus comportamientos y extenderlos hacia otros núcleos de población.

El libro *La vergüenza*, de la periodista Raquel Villaécija, sobre el juicio del caso Pelicot, posee un gran valor para explicar cómo se produce la adquisición de comportamientos de dominación fascista a través del machismo aprendido por los hombres. La clave de este proceso es la incomprensión real de muchos hombres para asumir el consentimiento como una variable imprescindible de las relaciones con las mujeres.

La periodista narra cómo tras sus largas jornadas en el juicio acudía a desconectar a un bar de la zona donde acabó haciendo migas con el dueño, un franco-argelino llamado Sofiane. Un hombre bueno que la atendía con cariño cuando llegaba después del trabajo y con el que tenía largas conversaciones sobre los violadores, que también acudían a su bar. Villaécija cuenta que, en sus conversaciones, el propietario del bar tenía problemas para entender que lo que habían hecho muchos de los hombres acusados era una violación, porque, para él, al estar el marido en la habitación existía consentimiento.

No solo es que los hombres que violaron no fueran conscientes de que lo estaban haciendo, es que los hombres que convivían con el ambiente social del juicio y departían con las periodistas que lo cubrían tampoco eran capaces de entender del todo la gravedad de los hechos. Así de profunda es la socialización masculina sobre la cultura de la violación y el sometimiento y la humillación del diferente.

Hay que dejar claro que para comprender los procesos de radicalización de muchos hombres no es tan importante la negación del consentimiento, siendo importante, sino la incapacidad de entenderlo. Porque si una es la expresión del fascista conformado, la otra es la clave para entender la hegemonización de ese pensamiento. No debe preocuparnos tanto a la hora de intentar comprender cómo se crea un fascista el que actúa como tal, sino aquel que lo hace sin saber que lo es, porque será este el que construya el éter del que se alimenta el ambiente social que lo posibilita.

La excepcionalidad del caso de la violación masiva a Gisèle Pelicot no deriva de la existencia de un hombre como Dominique Pelicot, que ejercía la dominación absoluta sobre su mujer, si no hubiera

habido otros cincuenta más que participaron de esa dominación. Entre ellos había violadores convencidos, pero hubo una mayoría que negó haberla violado de manera consciente porque su marido estaba presente y consideraban que existía consentimiento por subrogación. Si el marido aceptaba, creían que entonces no había violación porque no consideraban a la mujer un sujeto de pleno derecho. Quien niega la agencia y la posibilidad de consentir a un ser humano es un fascista potencial, incluso sin considerarse a sí mismo de tal condición.

Profundizando más en el caso, hubo dos personas que acudieron como testigos que son más relevantes aún para el planteamiento que nos ocupa, porque, sin haber llegado a violar ni a participar de la agresión tras contactar con Dominique Pelicot y negarse a hacerlo, no denunciaron porque encontraron justificaciones para no acudir a la policía cuando un hombre les ofrecía violar a su mujer mientras estaba drogada.

Entre esos hombres había un convencimiento interno, desarrollado por la socialización patriarcal, de que la mujer es violable. De que hay un proceso legítimo de expropiación forzoso de la mujer y que existe la «mujer pública». A los hombres que nunca han violado a nadie o pensado en hacerlo pero han reído con cualquier comentario de un amigo sobre la cultura de la violación les resultará sencillo comprender que cada mujer vea en cada hombre un potencial violador, por la cantidad abrumadora de veces que esa manera de hablar se repite en los grupos masculinos. Porque que no se haya hecho nada de eso no ha impedido asistir a violaciones, a comentarios de amigos que han dicho que han pensado en hacerlo o a conversaciones en las que se hacen bromas sobre el tema. No importa que cualquier hombre niegue que se haya producido, porque saben que eso ha sucedido.

No existe el hombre que se haya socializado en entornos masculinos hegemónicos normativos sin que eso haya sido la norma. No puede extrañarse porque se diga que todo hombre es un potencial violador habiendo atendido mínimamente a sus espacios de socialización. Porque sí, no ha habido grupo de amigos en los que no se haya hablado de violaciones como fantasías grupales. Los hombres, en esos espacios de relaciones masculinas, pueden haberse sentido asqueados, pero lo han oído, y estoy seguro de que la mayoría de las veces han callado o se han reído, aunque sea para pasar desapercibidos en la próxima agresión primitiva grupal o burla compartida. Todos lo hemos hecho en alguna ocasión.

MANADA DE LOBOS

Existe una conexión bastante natural entre el depredador sexual y el nazi o el fascista, para mí tienen en común ser incapaces de sentir empatía y de comprender el sufrimiento que infligen a otros. El resto del mundo está a su disposición y pueden violarlos, invadirlos, exterminarlos. La misma maldad que hay en el depredador sexual está también en el fascista.

VANESSA SPRINGORA

La violencia contra las mujeres es la expresión máxima del machismo y este, en forma de configuración esencial de la sociedad, tiene su sublimación en las violaciones grupales como elemento predominante de una sociedad en proceso de fascistizarse. El fascismo es la expresión última, radical y violenta de una derecha reaccionaria y machista. Por lo tanto, la violencia grupal contra las mujeres es la sublimación de la idea-valor de la derecha, que considera que la mujer merece un puesto inferior al hombre y para demostrarlo la somete con violencia extrema y de una manera que la haga sentirse humillada de la forma más agresiva posible.

La violación en manada es el paradigma de actuación fascista. La recreación de una conjura en la que muchos, más poderosos, someten y vejan a una mujer para ejercer el poder y destruir la dignidad del más débil. Edoardo Albinati, autor de *La escuela católica*, decía de las violaciones en grupo que son fascismo puro, un fascismo arquetípico, no político. El autor italiano escribió esa obra a raíz de la denominada *masacre del Circeo*.

No hay un ciudadano italiano que viviera en 1975 que no recuerde la fotografía de Donatella Colasanti saliendo del maletero de un Fiat 127, donde Andrea Ghira, Gianni Guido y Angelo Izzo la habían metido junto a Rosario López, que falleció, después de haberlas secuestrado, violado durante dos días, torturado y haberlas dado por muertas a ambas mientras se iban a cenar con sus familias. El crimen fue conocido como la masacre del Circeo por haberse producido en la localidad donde estos tres jóvenes de la burguesía romana tenían una villa. Los tres asesinos estaban vinculados a partidos y organizaciones fascistas y consideraron un buen entretenimiento secuestrar, violar y asesinar a dos chicas de clase obrera.

La masacre del Circeo ha sido uno de los crímenes más horrendos de la historia de Italia y ayuda a comprender el funcionamiento del fascismo social. O, explicado de otra manera, cómo existen ideas predominantes en la sociedad aceptadas por una inmensa mayoría que, sin ser de ideología fascista, ayudan a configurar la hegemonía de unos valores protofascistas que engrasan el camino para que los partidos de raíz o cultura fascista acaben teniendo éxito en política. En el año 1994 murió en Melilla el cabo de la Legión Extranjera española Massimo Testa de Andrés, cuyo cuerpo fue enterrado en el cementerio de la Purísima en Melilla. Pero Massimo Testa en realidad se llamaba Andrea Ghira, el carnicero del Circeo. El ultraderechista Andrea Ghira nunca cumplió condena por esos crímenes y se refugió en España, porque todos los fascistas del mundo siempre han sabido que este es un lugar seguro para ellos.

El crimen del Circeo cumple con todos los elementos que ayudan a entender cómo funciona la dominación aprendida de un fascista sin poder, porque su manera de ejercerla es especial sobre las mujeres y la violencia sexual múltiple es la forma más destilada de este

proceder. José Bretón dijo en el libro *El odio*, de Luisgé Martín, que él no era nadie en la calle y quería mandar en casa. Esa pulsión es una de dominación aprendida e insatisfecha que necesita una manera de ser ejecutada. En el caso de José Bretón fue mediante el asesinato de sus dos hijos para dominar a su mujer, pero lo que late en este comportamiento es una pulsión machista que es imprescindible en la fascistización de las mentes y, por tanto, de las sociedades.

En España la violación de La Manada ayudó a comprender cómo el pensamiento colmena protofascista funciona para validar el comportamiento de los agresores mientras hace sucumbir a la víctima. ¿Qué movió a multitud de ciudadanos aparentemente normales a poner en cuestión el relato de una víctima de una violación múltiple y a querer humillarla después de haber sido violada? La simple expresión del ideario fascista a través de la reacción en la opinión pública y el volcado de sus emociones.

La deshumanización de la mujer es una de las ideas fundamentales que se dan de manera rutinaria en la sociedad. De forma sibilina e inapreciada en muchas ocasiones, las más; de manera brutal en otras, las menos. Todas importantes para generar esa idea de la mujer como un ente de segunda categoría. Ese ambiente cotidiano de socialización poco a poco va construyendo y engrasando la maquinaria para que un día explote sin complejos un pensamiento contemporáneo fascista que pasa de la reflexión íntima, en la que se va de considerar a la mujer un objeto para el disfrute a comenzar a explicitarlo de manera abierta, llevarlo a cabo y, después, justificar que esas violaciones masivas no eran más que una orgía con alborozo que la violada estaba deseando.

Para entender que estos comportamientos trascienden las culturas y se basan en la esencia fascista del comportamiento machista

grupal ante las mujeres conviene recordar el que quizá sea el caso más extremo de violación grupal y asesinato que he podido documentar. Se trata del caso de la adolescente de diecisiete años Junko Furuta. Una estudiante modelo que trabajaba mientras estudiaba en la ciudad de Misato y que fue secuestrada el 25 de noviembre de 1988 por cuatro jóvenes: Hiroshi Miyano (dieciocho), Jō Ogura (diecisiete), Yasushi Watanabe (diecisiete) y Nobuharu Minato (dieciséis), algunos de ellos relacionados con la Yakuza, la mafia japonesa vinculada a movimientos fascistas y ultranacionalistas como el Uyoku Dantai.

Junko Furuta fue secuestrada por los adolescentes cuando iba de regreso de su trabajo en bicicleta. Los miembros de la banda estaban de caza buscando jóvenes a las que violar y la encontraron. La llevaron a un hotel donde la violaron grupalmente, pero no se sintieron satisfechos con ello. La amenazaron con matar a toda su familia, porque sabían dónde vivía, y la llevaron a la casa de los padres de uno de los miembros de la banda. La pesadilla se convirtió en un infierno. Junko Furuta estuvo secuestrada en la casa durante cuarenta días, en los que fue violada de manera salvaje y torturada de formas difícilmente imaginables y que ni siquiera voy a reproducir por no ser capaz de escribirlas. Las menos sádicas consistían en sajarle partes del cuerpo y quemarla de diferentes modos hasta dejar su cuerpo de tal manera que muchos de los miembros de la banda rehusaban violarla por el estado en el que la estaban dejando. La brutalidad de las torturas acabó con la vida de Furuta tras una de las sesiones de violencia sexual. La crueldad del caso es difícilmente calificable y desafía la comprensión humana, pero explica cómo funciona el proceso de humillación, dominación y violencia que late en el ideario primitivo de la socialización fascista.

Existe un cierto comportamiento psicopático en el modo en el que nos relacionamos los hombres que puede devenir patológico y criminal. Carlos Busqued, en su libro *Magnetizado*, escribe en forma de crónica sus entrevistas con un criminal que en septiembre de 1982 cometió cuatro asesinatos en Buenos Aires tan idénticos que parecían el mismo. El criminal era un joven de apenas veinte años con aspecto endeble, enfermizo y triste. Un chaval con problemas de socialización y trastornos mentales adquiridos que explican muchos de los problemas a los que aquí intentamos aportar luz. En uno de los pasajes de las entrevistas, el chico cuenta a Busqued que una de las razones que él considera que dan forma a su psicopatía es que emocionalmente es un «adoquín», en sus propias palabras: «No fui educado con sentimientos. Si vos no tenés el conocimiento o el aprendizaje del afecto, no lo reconocés. No lo entendés».

El chaval cuenta cómo en la cárcel la psicóloga le indica que trabaje en sus sentimientos con su padre, que es el único que le visita en la prisión. Uno de los primeros acercamientos que la doctora le propone es que le dé la mano e incluso un abrazo, algo que nunca habían hecho. La explicación que le dio el padre fue que había sido educado así, que no sabía muy bien por qué. Esta incapacidad para comunicarnos entre nosotros es consustancial a la socialización familiar masculina, una conversación recurrente en la terapia de muchos hombres que se ha convertido en un tópico literario. El cómic de Zerocalcare *Será todo para mí* narra el viaje del protagonista y su padre al pueblo donde tienen una casa. En uno de los momentos del viaje surge un pasaje del pasado que hace que el padre se cierre en banda, y el escritor dibuja cómo se produce la no-comunicación entre ambos con la construcción simbólica de un muro de silencio e incomodidad que les impide hablar con normalidad de cómo se sienten. En la siguiente viñeta usa el humor para explicar la

falta de diálogo que suele producirse entre dos hombres de la misma familia criados en la dinámica heteropatriarcal común:

> Ojalá las discusiones pudieran resolverse hablando. Diciéndose cosas profundas. Íntimas. Serias.
>
> —No lo entiendo, padre. ¿Qué lo ha turbado hasta el punto de desencadenar su ira? ¿Tal vez mi insistencia inoportuna? En ese caso me disculpo. Ábrame su corazón.
>
> —No, heredero. Mi alma se ha ensombrecido al aflorar pensamientos aciagos. Me dispongo a relatártelo.
>
> Es que ni me imagino cómo sería un diálogo íntimo con mi padre. Es así y punto. Nosotros esas cosas no sabemos hacerlas.

Porque los hombres no sabemos hacerlas. Existe una imposibilidad aprendida que impide a la mayoría de los hombres heterosexuales desarrollar diálogos emocionalmente funcionales entre ellos. Por supuesto, esa tara se traslada a las relaciones de amistad y repercute en nuestra incapacidad de desarrollar la empatía de manera efectiva, generando unos problemas de socialización que se convierten en patológicos y que acaban derivando en situaciones de violencia relacional para poder expresarla.

AMIGOS DE SANGRE

La Humana se va lejos, al momento exacto en el que entendió por qué había un tono ofensivo, de superioridad, cuando alguien grita cómemela
en plan ofensivo, como si comerle algo a alguien fuese un castigo. Entregando su cuerpo al Predicador como quien abre la boca en el dentista y no la cierra aunque le duelan las comisuras, empezó a entender el papel del follado como humillado, el acto sexual como vejación, el te han jodido pero bien. Una vez escuchó a un chico decir me lie
con una tía anoche y no me acuerdo de nada del pedo que llevaba. Pero bueno al menos a mí no me han metido nada dentro jajaja. La penetración como invasión irreversible.

SABINA URRACA, *El celo*

Somos violentos. Los hombres somos violentos. Los hombres son violentos. Los hombres sois violentos. No importa lo que reconozcamos. Lo que reconozcas. Lo que reconozcáis. Lo somos. Nos han validado para serlo. A pesar de eso, los hombres nos hemos sentido zaheridos por esas acusaciones genéricas de que todos somos violadores pero, más allá de la proclama política que tiene como todas ellas, de forma ontológica, un significado de denuncia, ha habido una incapacidad masculina para entender la especificidad de la violencia masculina contra las mujeres. El caso de Teófilo Lapeña, por duro que resulte, puede ayudarnos a contextualizar el significado de la violencia imbricada en la socialización masculina, una socialización que nos enseña a humillar como modo funcional de encontrar aprobación entre los similares.

El auto de la Fiscalía expone detalladamente los abusos a los que un electricista catalán sometía a una niña de doce años buscando compartirla con otros hombres por el simple placer de validar ese sentimiento de sometimiento y poder superlativo sobre la persona más vulnerable posible: una niña de doce años en el sistema de acogida. La expresión máxima del fascismo cotidiano. Entre los más de veinte encausados por haber participado en estas violaciones a la niña había hombres de diecinueve a cincuenta años, entre ellos italianos, españoles, pakistaníes o latinoamericanos. Lo que les unía era la necesidad de agredir, de violar, de humillar, de someter a una niña de doce años. Eran hombres con una pulsión primitiva, violenta y aprendida en la que se sienten realizados haciendo de la mujer un objeto que solo vive para su sometimiento absoluto.

Eludir lo que ocurre, ocultarlo y no afrontarlo es uno de los problemas que impiden que repudiemos un comportamiento generalizado entre nosotros. El libro *Fuera de lugar*, de Martín Kohan, narra la historia del uso de menores pobres en Argentina para el consumo de pornografía infantil. Su lectura embrutece el alma porque no deja escapar de la realidad, pues eso ocurre, y hace conocedor al lector en toda su extensión de lo que eso implica. Por eso no es comprensible que el caso de Teófilo Lapeña haya pasado sin pena ni gloria por la actualidad informativa española.

Habría que poner como comentario de texto el auto de la Fiscalía Provincial de Barcelona para entender la realidad de la socialización de muchos hombres y que al resto nos hagan hablar entre nosotros de actitudes que, además de delictivas, son propias de una moral fascista de sumisión, dominación y humillación. El acusado contactó con la niña a través de varias redes sociales y, tras varias horas de conversación y movido por el ánimo lascivo, le pidió que se hiciera fotografías y vídeos en ropa interior, desnuda y masturbándose.

En un periodo de un año y medio el acusado acumuló cuarenta y cuatro fotografías y vídeos en los que la niña aparecía desnuda ante un espejo o masturbándose. Tras esos contactos digitales el acusado quedó con la niña en el centro comercial Finestrelles de Esplugues de Llobregat y la llevó en coche a su domicilio. El acusado intentó que la menor le hiciera una felación y, tras rechazarlo ella, le propuso mantener relaciones vaginales y anales que él logró llevar a cabo. Los encuentros en el domicilio del acusado fueron habituales durante meses aprovechando que la menor se escapaba del centro de menores en el que se encontraba alojada.

Durante las diversas estancias en su domicilio mantuvo todo tipo de actos sexuales con la menor, además de grabarla y fotografiarla para distribuir ese material. El auto de la Fiscalía narra de forma explícita todos los actos grabados en el vídeo que no me veo en condiciones de reproducir.

En noviembre de 2020 el acusado consideró que era el momento de compartir el trofeo y buscar otros hombres que hicieran lo mismo con la menor. Así que comenzó a usar los vídeos y las fotografías de la víctima como reclamo para lograr que otros como él mantuvieran relaciones sexuales con ella. El acusado se creó un perfil falso en Instagram de la menor con el que contactaba con hombres para mantener relaciones sexuales; una vez conseguía su atención les escribía desde otro perfil para proponerles relaciones grupales. Es así como lograba que otros hombres tuvieran relaciones con la víctima en las que el acusado principal participaba o grababa.

El auto de la Fiscalía recoge varios encuentros en los que otros hombres, sabiendo que la menor en ese momento tenía trece años, mantuvieron relaciones vaginales y anales sin preservativo. La narración incluye cómo se grababa todo en vídeo con las indicaciones del acusado principal. Así ocurrió con nueve hombres

diferentes. La necesidad legal me hace decir que todo lo que se va a narrar sobre este caso es presunto, que lo más normal es que pague antes el que cuenta lo que hacen estos miserables que los pederastas.

Es muy habitual ver entre grupos de mujeres fenómenos editoriales que pasan por delante de los hombres como un tema menor. Los clubes de lectura llenos de mujeres hablan de libros como *Seismil* de Laura C. Vela y en ellos los varones heterosexuales son un cisne negro a pesar de que son lecturas que deberían interpelarnos de manera íntima. Los hombres tenemos que hablar de esto, hablar entre nosotros, hablar de estos casos, pero no como una cosa monstruosa que se produce en el averno, en la marginalidad o en mentes enfermas, sino como el fruto decadente y degradado de una manera de socializar aprendida, que nace de nuestra manera de relacionarnos entre nosotros y con las mujeres. Una representación abusiva de unos procesos aprendidos desde que somos pequeños en los que mostrarse sensible era sinónimo de debilidad, donde la única manera de presentarnos como fuertes y poderosos era a través del sometimiento, de la cacería, de la mujer como trofeo. El miedo a quedar excluidos nos enseñó una manera de ganar rédito entre similares que implicaba tratar a las mujeres como un objeto, como una pieza de exposición, como un ser inerte que solo estaba entre nosotros para ganar respetabilidad entre los hombres.

La masculinidad aprendida ha sido también un espacio de esclavitud para nosotros del que escapar. Un cepo que nos hacía infelices por estar constantemente sometidos a unos roles con los que no nos encontrábamos cómodos y que nos han provocado dolor emocional y psicológico. Nos enseñaron a no hablar de emociones, a no mostrar vulnerabilidad, a pensar que las lágrimas y la empatía

eran patrimonio de las mujeres y que nuestro valor estaba en la fuerza, el hieratismo y la capacidad de mantener nuestras emociones reprimidas por temor a que se vieran como un síntoma de debilidad ante nuestros semejantes. Ese cepo emocional que nos ha oprimido ha sido una condena para las mujeres que nos rodeaban, porque al no ser capaces de liberarnos de él se ha generado dolor en ellas al impedirnos tratarlas como a iguales y comprender que la emocionalidad es tan solo un síntoma de humanidad.

¿Cómo nos hemos criado? ¿Cuál ha sido el mecanismo por el cual hemos tenido que buscar aprobación entre nuestros semejantes cuando éramos adolescentes? ¿Hemos elegido nuestra manera de ser o ha sido impuesta por un modo de supervivencia que nos obligaba a realizar prácticas que repudiábamos para sobrevivir? Esta y muchas más preguntas nos pueden ayudar a descubrir razones de la crianza de fascistas en los chavales perdidos que al no encontrar respuestas buscan asideros en la manosfera, en hombres racistas, machistas, misóginos y violentos que les hacen ver que existe una tribu que les hará la vida más fácil, que ser hombre tal y como han aprendido entre los ritos de iniciación adolescentes no es un error, sino lo natural. Les han dado una salida y una explicación, y la han agarrado con todas sus fuerzas haciendo del victimismo propio de su edad el caldo de cultivo perfecto para conformar una generación más machista que la anterior, que reacciona de manera virulenta ante la acometida feminista.

¿Por qué ocurre esto? Si los hombres que entendemos el feminismo como el arma principal contra la reacción machista miramos en nuestra socialización temprana podemos encontrar claves que ayudan a comprenderlo. No se trata de buscar culpas en quien quiere mejorar la realidad de las mujeres históricamente oprimidas, sino de entender nuestra responsabilidad y conocer el

porqué para ser más efectivos en las soluciones que se pueden plantear para evitar esta fascistización acelerada que vivimos.

Los chicos de mi generación, pero también de la actual, se desarrollan y socializan a través del fútbol, de la violencia, de la humillación y de la fuerza. Socializan molestando y lo hacen en grupo. Mi manera de sobrevivir en la adolescencia fue adoptar comportamientos que repudiaba pero que eran necesarios para evitarme sufrimiento. Aprender a golpes es duro, pero educa rápido. Un chaval que está jugando en unos recreativos ve como un chico mucho mayor y más fuerte se acerca a él y le dice que le deje la partida, que quiere jugar. Como el chaval ha pagado su partida le dice que no, que es suya. El chico más fuerte le da un golpe en la sien con los nudillos y le aparta de la máquina al tiempo que se pone a jugar. El sentimiento de injusticia aflora, el que ha pagado ha perdido, no ha servido la razón, solo la fuerza bruta, de la cual carece porque sabe que siempre habrá alguien más duro y tiene que aguzar el ingenio, tiene que saber cuál es la mejor manera de socializar en un mundo que no le gusta, entre personas de su mismo sexo que no le gustan y usan la violencia contra el más débil para lograr sus objetivos.

Adaptarse o sufrir. Lo hacemos. No queremos que nos marginen porque eso significa más dolor, más sufrimiento. Buscamos cuál es la mejor manera de pasar desapercibidos, de ser aceptados, de evitarnos golpes. Indagamos dentro de cada uno cuál es el mejor modo de sentirnos integrados, de hacer algo que genere aprobación en el grupo porque ni tenemos la fuerza bruta ni estaremos cómodos usándola porque no va con nosotros. Aparece el fútbol, la única herramienta de socialización masculina a edad temprana que nos permite generarnos un cierto estatus social en el grupo de socialización patriarcal que no depende de la violencia en su manera

más elevada. Un sitio donde prima la habilidad, donde se puede usar la inteligencia, donde podemos sentirnos a salvo como alguien necesario para el grupo. Jugar bien al fútbol es un valor muy apreciado en los grupos masculinos porque ganar es siempre el bien supremo, y si podemos hacerlo humillando al contrario es mejor, es el modo de crecer a salvo. Es la manera en que aprendemos a hacerlo.

La violencia es la normalidad en un adolescente, como agente pasivo o activo, pero siempre está presente, incluso con sus propios amigos. Mi generación es una, pero no es diferente a la del resto, ni distinta a la de otros lugares. La narración de la socialización masculina de los alumnos británicos que Caitlin Moran hace en su libro *¿Y los hombres qué?* ayuda a comprender que lo comparte absolutamente todo con la de los españoles y las de cualquier país de nuestro entorno, porque su caracterización es patriarcal y no regional.

Los chicos que se relacionan con otros mayores aprenden de manera rápida que las emociones que muestran vulnerabilidad deben ocultarse, porque no solo no reciben ninguna valoración positiva, sino que pueden ser motivo de acoso. No se pueden expresar muestras de afecto ni cariño. La normalidad masculina es la negación de los sentimientos y la realización a través de la violencia. Las peleas y las agresiones son la norma. Eso es lo habitual. Los adolescentes británicos están tan perdidos como los de aquí y ahora hay quien busca canalizar esa sensación de ahogo apuntando a las mujeres como las culpables de su situación, porque siempre se necesita un chivo expiatorio para encontrar una salida a esa adolescencia tóxica de los hombres y, en este tiempo, la extrema derecha les ha dado el más cercano a ellos.

Esa vulnerabilidad escondida, que no puede mostrarse de manera abierta entre los iguales, está asociada a que uno de los problemas o estigmas de los que la mayoría de los chavales huyen es la de ser categorizados como afeminados o gays. Todos aquellos que llorábamos con facilidad, o que teníamos una sensibilidad más floreciente, hemos vivido esas calificaciones despectivas que han generado una adolescencia problemática o complejos que suelen aflorar en la edad adulta, se traten o no.

No había ninguna diferencia sustancial en la manera en la que yo lo hice en el sur de Madrid. No es solo la violencia, es que el sadismo y la tortura como juego formaban parte de nuestra manera de relacionarnos porque era la manera en la que se aprendía a ser hombre.

¿Cómo nos divertíamos entre nosotros? A un amigo que tenía aspecto desgarbado, con pecas y pelirrojo, lo metimos entre todos en una colchoneta de gimnasio, le dejamos las piernas fuera y le subimos la pernera mientras otro quemaba con un mechero una pajita de plástico y dejaba caer las gotas sobre su pierna desnuda. Sí, tortura. Esa posibilidad se encontraba cada vez que bajaba con mis amigos a la calle.

El sadismo y la perversión de relacionarnos como putos primates eran el día a día. En otra ocasión, uno de mis amigos, uno con un especial comportamiento problemático y sádico, nos recibía bromeando en su casa (la vivienda del conserje dentro de un colegio público del barrio) con una escopeta de perdigones apuntándonos a la cara, jugando con la posibilidad de dispararnos mientras estábamos sentados en un corro hablando de otras cosas. Estaba allí, no me iba y permanecía con la tensión constante de no decir nada que activara el proceso de violencia, siempre como un juego, pero sin quitarle un ápice de crueldad. Y se activó, claro.

En un momento en el que había más tranquilidad cogió la escopeta, apuntó a un amigo y le disparó en el pie. Mientras el damnificado se retorcía de dolor, el que había disparado se carcajeaba diciendo que no era para tanto porque tenía la zapatilla puesta. Ante el enfado del agredido, el que disparó se quitó la zapatilla y le cedió la escopeta para que le disparara a él. Y así lo hizo. Y le introdujo un perdigón en el dedo gordo mientras el resto asistíamos atónitos con una risa floja a lo que sucedía, rogando por dentro no ser el próximo en sufrirlo. La situación la recuerdo aterradora. Quería salir corriendo de allí, pero sabía que si lo hacía existía el riesgo cierto de que me dispararan a mí. Y eso sucedió en un colegio público de Fuenlabrada, en la casa de un conserje, cuando las había. No en un lugar marginal, sino en un barrio humilde de clase obrera en los años noventa.

Nuestro entretenimiento estaba relacionado con la violencia y la exhibición de hombría, valentía y actos vandálicos que enseñar como medalla entre los compañeros para ganar respetabilidad. Si te sentías incómodo, como nos pasaba a muchos, tocaba fingir y dedicarte a actuaciones que mostraran ante tus iguales que eras un primate que merecía sitio en la tribu. Uno de nuestros actos habituales era fabricar pequeñas bombas con aguarrás y bolas de papel albal dentro de una botella que metíamos en las papeleras para reventarlas con la esperanza de que alguien pasara cerca mientras el proceso químico se activaba en la botella y disfrutar con el susto o el miedo de la gente cuando explotaban.

Las bromas que nos gastábamos entre nosotros con normalidad eran de un nivel de violencia y peligrosidad que cuesta comprender con los ojos de ahora. Si la fiesta era en tu propia casa podías prepararte para lo peor, pero poner tu casa a disposición de tus amigos te hacía ganar los puntos suficientes para correr el riesgo.

Uno de esos días en mi casa robaron mis fotos y las usaron para empapelar el barrio con insultos homófobos, destruyeron todas las plantas de mi madre pintando con pintauñas todas las hojas y, cuando se fueron y me quedé solo en casa, me dejaron el gas abierto. Sí, abrieron el gas sin decírmelo y se fueron, aunque tuvieron la consideración de llamarme a la media hora para advertirme entre carcajadas de que lo cerrara, no fuera a tener un disgusto. Y sí, lo habían hecho, me había quedado dormido con el gas abierto. Pero al día siguiente bajaba y comentaba las bromas entre chanzas y machuneo. No me planteaba que hubiera otra forma de socializar, aunque me generaba un sufrimiento patológico que en mi caso afloró treinta años después y que solo pude superar tras más de un año de tratamiento psicológico y farmacológico por los traumas que me generó esa manera de socialización violenta y represión emocional.

Ganar puntos entre los amigos significaba humillar a alguien más débil o realizar algún acto vandálico menor que luego comentar y glorificar. En mi caso se trató de tirar a patadas un muro de acceso a un garaje; nos dimos cuenta de que cedía al sentarnos sobre él y se me planteó el reto de derribarlo así o, si no, era un maricón. La mácula implicaba sufrimiento, acoso y violencia, así que había que aceptar el reto o pasar al menos una semana como la diana de las burlas, las agresiones y la vergüenza sobre uno mismo. Así que nos convertíamos en lo que no éramos: comenzaba a dar patadas y, poco a poco, el murete cedía y los amigos me jaleaban mientras se colaba algún insulto homófobo para darme fuerzas. No hacía falta ser homosexual para sufrir ese tipo de desprecio, porque lo que no se toleraba era que alguno tuviera rasgos femeninos y no cumpliera con los roles que el grupo asignaba para ser un alfa o al menos no convertirse en beta; *sojas*, como lo llaman ahora desde la

manosfera. La pared seguía cediendo y luchaba contra mí mismo, porque no quería hacer eso: sentía miedo por las consecuencias, las de hacerlo y las de no hacerlo. Era una vida basada en el mal menor, una manera de relacionarse en la que siempre iba a perder como no tuviera ese comportamiento patriarcal integrado. La pared cayó con un estruendo y taponó la entrada al garaje, y el ruido se acompañó de alborozo por la *crew* que me abrazaba y zarandeaba, me golpeaba la cabeza con aprobación, me decía que tenía muchos cojones, y luego salimos corriendo para que no nos vieran ni nos pillaran. Riendo entusiasmados. Por dentro solo sentía dolor por convertirme en lo que no era; por querer estar en casa, en mi habitación; por necesitar otra manera de hacer las cosas; por querer escapar de esa vida mientras corría huyendo de lo que había hecho. Ahora sé la razón, pero en aquel momento solo sentía incomodidad, malestar, tristeza por no disfrutar con esa manera de ser.

No era lo que tenía que ser, no era lo que se suponía que tenía que ser un hombre porque no estaba haciendo las cosas bien. Veía a mis amigos gozarlo —o aparentar que lo hacían— y yo sufría. No iba a ser un hombre que se viste por los pantalones. El grupo disfrutaba haciendo el mal, molestando, humillando, ejerciendo la violencia contra el más débil, pero yo no, y sin embargo participaba de ello porque no había otra manera de hacerlo, porque nadie nos enseñaba otra manera de ser, porque no había referentes, porque las cosas eran así. Porque en casa bastante tenían con darte de comer mientras se mataban a trabajar.

Las cosas eran así, los chicos tenían que ser así. Ahora, mirando con perspectiva, después de leer textos académicos y libros, ver documentales y escuchar a expertos, entiendo mucho mejor el ascenso del pensamiento fascista mirando a mi adolescencia y comprendiendo que lo raro es que haya hombres que hayan sido

capaces de eludir su caída en ese ideario político porque lo cierto es que nos criamos como fascistas. Nos socializamos en los valores que alimentan el tronco fundamental del pensamiento reaccionario y que pone en el centro la sumisión de todo aquel que no se ciña al valor hegemónico de la educación patriarcal y machista.

Actuábamos como vándalos con nosotros mismos y contra el diferente. El estatus lo encontrábamos en hacer el daño más imaginativo a los que se suponía que eran nuestros amigos para ascender posiciones en la escala de popularidad. Una carrera insana por destacar haciendo el mal. Pero nosotros solo éramos víctimas de una educación que nos enseñaba a ser así y que no sabíamos que podía ser de otra manera. Cuando se habla del patriarcado como un sistema de opresión tenemos que entender que también lo es para los hombres, en diferente forma que para las mujeres, pero que igualmente pone sobre nosotros una losa de violencia y presión social por la imposición de un modelo de actuación imposible del que hay que huir y que el feminismo nos enseña el camino. Sí, aunque no sea un sistema filosófico diseñado para nuestra liberación, nos muestra la manera de escapar de un esquema tóxico que nos hace daño a muchos. Solo tenemos que adaptarlo, porque la liberación de las mujeres de esa esclavitud patriarcal también nos deja a nosotros diversas formas de ser y actuar tan aceptables como las que se nos impusieron desde pequeños con los modelos que teníamos de socialización masculina.

Es muy fácil encontrar en nuestro comportamiento adolescente casos inapropiados de trato hacia las mujeres que no tienen que ser agresiones sexuales ni violaciones para ser completamente inaceptables. Situaciones de humillación y dominación que allanan el camino para aprender que la mujer es inferior y que es la parte débil del sistema, que está para servir en la concepción más amplia del

término, y a la que se puede humillar como método de validación del grupo. He revisitado en multitud de ocasiones esos comportamientos aprendidos que ahora me avergüenzan. Como la vez que nos cansamos de la compañía de un grupo de chicas y las echamos de nuestro lado a pelotazos en la cancha de fútbol del colegio en el que nos colábamos a jugar. Las escenas me vuelven como una actitud barbárica. Siempre hacía lo mismo, participaba sin agredir, yo cogía el balón y tiraba a fallar, no quería darles, pero podía fingir con los amigos que erraba el tiro, como si el simple hecho de no llegar a golpearlas con la pelota evitara la humillación. Era mi manera de sobrevivir siendo cómplice de una violencia y justificando ante mi propia cobardía compaginar el ser un hombre sin pegar a nadie.

Muchos de los problemas de nuestro comportamiento con las mujeres heredados en la edad adulta vienen de esa incapacidad para poder tratarlas como iguales en nuestro grupo. Llevo más de treinta años martirizándome por dejar a una novia que tuve cuando era adolescente porque mis amigos estaban cansados de ella y me retaban a que no había cojones a dejarla cuando la había llamado por el telefonillo para irme con ella al cine. Yo la quería como se quiere en esa época, la quería de verdad, y por miedo a mis amigos, cuando bajó, en vez de irme al cine y mandarlos a todos a la mierda, la dejé sin previo aviso y me fui con ellos. Nunca me he sentido más mierda en mi vida y todavía hoy me sigue doliendo ese momento. El terror que tenía al grupo, un miedo primitivo por convertirme en un apestado, no me hacía posible pensar en escapar de la presión de los demás.

Lo cierto es que la única manera de ser parte del grupo era participar de esas dinámicas de humillación a la mujer, en lo concreto y real, y hasta en lo simbólico. Las amigas del pueblo con las que follabas —siempre era un invento— eran una narración

habitual de quien no tenía demasiado éxito para no quedar aislado. De hecho, era frecuente inventarse relaciones sexuales para no quedar como un apestado, relaciones que además tenían que ser violentas, cuanta más humillación hubiera más puntos se lograban. No recuerdo que nadie contara jamás que había tenido una relación bonita, un sexo afectivo, que estaba enamorado, la manera de narrar incluso aquello que no se hacía llevaba implícitas una violencia y una humillación que jamás nos atreveríamos a ejercer en la realidad pero conquistaba validación entre los nuestros. Y esa manera de educarnos en lo afectivo acababa por tener consecuencias en las mujeres y muchas sufrían en la realidad ese tipo de abusos y comportamientos, dado que era la norma, lo que aprendíamos que era adecuado.

Nunca he hablado con aquellos amigos de adolescencia de lo que sentían ellos en ese momento. Puede que sintieran la misma mierda que yo y actuaran también con la misma inercia zombi con lo que lo hacía yo. Puede que todos fuéramos esclavos de nosotros mismos pensando que nos estaba vigilando el grupo, que todos quisiéramos escapar y, sin embargo, replicásemos ese comportamiento aprendido alimentando un bucle que nos destruía en una socialización tóxica prefascista.

Puede que no, puede que algunos se quedaran inmersos en ese comportamiento y lo disfrutaran, puede que muchos de esos sean los que ahora se han echado en brazos de la extrema derecha porque no quieren aceptar que todo aquello que hacíamos estaba mal. Que así no se trata a nadie, que así no se debe tratar ni a uno mismo. No lo sé porque no hablábamos y no lo sé porque ya no hablo con ellos. Porque en cuanto pude escapé.

Pero es que no se trata de una experiencia personal, es una socialización común que todos los hombres hemos vivido. Rosario

Villajos cuenta en *La educación física* que los hombres nos relacionamos molestando y es una verdad demasiado dolorosa para poder llevarle la contraria. Entre los amigos no había confidencias, no hablabas de los problemas, no podías mostrar vulnerabilidad, no había abrazos, no saludabas como las chicas. La conversación más profunda sobre emocionalidad que recuerdo haber tenido fue onomatopéyica y era una máxima burlarse de manera hiriente de cualquiera que mostrara un mínimo de sensibilidad. El día que un amigo vino con lágrimas en los ojos porque había muerto su perro se tuvo que ir llorando más aún porque lo único que recibió fue bromas y una humillación sangrante por mostrar algo de humanidad por haber perdido a su mascota de más de quince años.

Como muchos otros, yo nunca fui parte activa de la violencia, muchas veces sí pasiva, y otras veces hacía como que participaba para no ser el que la recibía, alimentando así la dinámica de violencia. No porque fuera mejor, simplemente porque no era capaz. Un adolescente de mi época que participaba de esa violencia no era peor que yo, solo había aprendido mejor el papel que la sociedad le otorgaba. Era tan culpable yo, aunque no pegara, como él, que sí lo hacía.

Era un cobarde, no fui valiente, porque lo valiente era resistir y ponerme del lado de quien sufre la humillación aun a costa de poder ser yo el que la sufriera la próxima vez. Pero elegí agachar la cabeza y perpetuar el ciclo de violencia contra el diferente y el débil. La otra opción era irme a mi casa y quedar como un apestado, sin amigos y aumentando exponencialmente la posibilidad de sufrir esa violencia cuando fuera al colegio, al instituto o me encontraran solo por la calle. Es fácil entender que es imposible que esta manera de desarrollarse en la infancia y la adolescencia no vaya a dejar comportamientos tóxicos, agresivos, de normalización de la violencia

y con una importante carga de insalubridad mental. Lo jodido de este proceso de revisión es que me he dado cuenta de que me crie como un fascista. Todos los hombres nos criamos como unos putos sádicos aprendices de camisas negras.

Esos procesos de acoso, de *bullying* escolar, son los mismos que replican los adultos fascistizados en la actualidad con sus dinámicas de violencia política a través del discurso público y las redes sociales. Los insultos que sufrimos quienes nos hemos enfrentado a ellos no dejan de ser los mismos que nos lanzaban cuando éramos niños. Porque era sensible en el colegio me llamaban *mantequilla*, si me juntaba con chicas era maricón, si andaba de manera extraña era amanerado.

La humillación a la que se somete al diferente por salirse de los roles primitivos patriarcales de violencia, fuerza y sometimiento no cambia en el presente. Ahora, hoy, el mismo mecanismo se ve en aquellos que quieren someter al diferente desde la esfera pública fascista. Tienes brazos de niña si no vas al gimnasio, eres un sojas si no peleas en la calle, te falta fuerza si te niegas a usar la violencia en la calle ante quien te acosa. La conformación y las dinámicas de la práctica fascista en la actualidad son las mismos que en la infancia y tienen como conceptualización principal poner en valor los roles tradicionales asociados a la masculinidad primitiva. A la simiesca. De manera literal.

Las formas de socialización de los chimpancés se parecen a las de aquellos hombres, adolescentes y niños que se desarrollan en las máximas patriarcales que tienen su epítome en la politización fascista del comportamiento. Los chimpancés tienen una sociedad de lucha cooperativa entre los machos. Son una de las pocas especies en que los machos se buscan para convivir pero que se relacionan con unas dinámicas violentas. Se hacen grupos de machos en los

que se convive con la hostilidad y la camaradería para buscar alianzas con otros grupos y dirimir los conflictos, porque esas relaciones nunca son estables y pueden tornarse violentas entre los mismos machos del grupo en cualquier momento.

Los grupos de machos mantienen relaciones jerárquicas pero no demasiado consolidadas y que se dirimen cuando los subordinados reconocen al dominador al juntarse con leves cabeceos de cabeza y unos suaves gruñidos. Algo que cualquiera que haya habitado en un grupo adolescente humano puede identificar en algún momento de su etapa vital. Los cambios en la jerarquía se producen a través del uso de la fuerza con diversas muestras de tensión que aumentan a lo largo de varias semanas. Tras las peleas y la consolidación del liderazgo los machos vuelven a reunirse para cuidarse y limpiarse entre ellos. La peculiaridad de los chimpancés macho es que marchan agrupados, como si fueran una banda, y cuando se encuentran con otro grupo de otra comunidad inician un ritual de ruidos y golpes hasta que el grupo más minoritario y con menos fuerza se retire. No es difícil encontrar similitudes con este modo de actuación simiesca y la socialización masculina adolescente y juvenil.

Lo cierto es que esa manera de relacionarse no corresponde solo a los chimpancés o a mi grupo de amigos de Fuenlabrada. Para ampliar el foco colgué una encuesta en mi canal de Telegram para que hombres de todas las edades contestaran a un cuestionario sobre la socialización masculina y las respuestas fueron devastadoras. Los modelos predominantes describen dinámicas que giran en torno a la participación de juegos y deportes que incluyen la competencia, entre los que destaca por encima de todos el fútbol. Dependiendo de las generaciones, estas competiciones entre iguales se dan de forma mayoritaria en la calle hasta que se incrementa el uso de los videojuegos y las redes sociales. En todos los casos, el

fútbol es la actividad central y vincula el resto de las interacciones porque ocupa la mayor parte del ocio y la conversación.

Es muy difícil encontrar grupos mixtos y la mayoría son siempre predominantemente masculinos y vinculados a la heterosexualidad; las excepciones de grupos homogéneos se dan cuando el varón es homosexual y busca acomodo en grupos más amables y seguros, que suelen ser los que incluyen a las mujeres. Las chicas estaban en grupos separados y su socialización tanto en el ocio como en las relaciones personales era antagónica.

Las relaciones en los grupos de amigos incluyen de manera indefectible el consumo de alcohol y drogas como método de socialización y ahí asoma uno de los patrones más llamativos, que es la enorme dificultad, de forma generalizada, para mostrar emociones o hablar de problemas personales entre amigos. No callamos, pero no hablamos. La explicación mayoritaria es que mostrar sentimientos o emociones implica que se perciban como un síntoma de debilidad, aplicando el rol aprendido de que «los hombres no lloran». Hacerlo significaba ponerse una diana para ser objeto preferente de acoso, bromas, insultos y humillaciones. La única manera tolerable de abrirse con los amigos era cuando el alcohol o las drogas mediaban para poder justificar esa emocionalidad achacándola a su consumo. Para poder cancelarlo si convenía.

La violencia en los grupos masculinos parece una práctica generalizada. La interacción entre iguales se integra mediante su uso ocioso en los momentos amables que pueden llevar a validar la violencia como método intimidatorio para afianzar los roles dominantes en el grupo. Los casos en los que se refieren acoso y *bullying* son mayoritarios incluso cuando se muestran comportamientos que luego no se identifican como tales.

La mayoría de las respuestas indican que los encuestados no habían sido víctimas de ese acoso, pero sí lo habían presenciado, especialmente contra todo aquel que se veía como diferente, con especial énfasis en aquellos que se identificaban como «femeninos», que eran poco agraciados o tenían algún defecto físico. Casi la totalidad de las respuestas reportan que las agresiones físicas y verbales en la escuela eran frecuentes y diarias. Se producían también casos de violencia tribal e identitaria, peleas con otros grupos por ser de otro barrio o pueblo, o por cuestiones ideológicas. La identificación con el grupo era vital para la socialización masculina y la adquisición de estatus dentro del grupo. No son pocos los que refieren haber sufrido lesiones significativas en estos enfrentamientos.

En general, los encuestados afirman haber presenciado o ser partícipes de algún tipo de violencia hacia las mujeres: trato machista o degradante, acoso, tocamientos no consentidos, es decir, agresiones sexuales, aunque ninguno lo define así, incluso cuando afirma haber sido el autor. Algunos, pocos, afirman sentirse arrepentidos por este tipo de conducta. Estos comportamientos obviamente pueden explicarse por la normatividad social basada en una educación machista. Casi todo el mundo quiere exonerar en cierta forma a su familia y achaca esos comportamientos al entorno social, al que ven de forma mayoritaria como una losa de la que no sabían salir, en especial el trato a las mujeres como un objeto de conquista. Los patrones de conducta incluyen una incapacidad emocional para mostrar sentimientos que convierte a la mayoría de los hombres que se socializan en entornos masculinos en seres incapaces de ser funcionales emocionalmente y acabar degenerando en personas con problemas de salud mental e impotentes para pedir ayuda cuando se precisa.

Las respuestas no son sorprendentes porque son las que cualquier hombre, en especial los heterosexuales, tenemos como referencia común. Un ambiente hipercompetitivo y violento con especial dedicación a la humillación de las mujeres, sobre todo en el ámbito sexual. Un entorno de socialización machista en el que se normaliza la violencia, ya sea ligada a los juegos o la rivalidad intergrupal, que hace del *bullying* y el acoso sexual los elementos prioritarios de los líderes de esos grupos. Un comportamiento heteronormativo que si no es revisado conduce de manera indefectible a los usos políticos del fascismo a través de nuestros usos sociales.

Nos tienen calados, desde Jane Goodall a un sistema algorítmico de inteligencia artificial. No importa si el análisis lo hace una escritora feminista hablando con sus amigos, un periodista fuenlabreño recordando su experiencia, más de trescientos tipos contestando una encuesta, un sistema de análisis estadístico o una primatóloga que se ha pasado más de sesenta años estudiando a nuestros parientes simios.

No es fácil escapar de estas dinámicas de construcción de la identidad y la voluntad. Es una lucha constante que puede llegar a atentar contra la propia salud mental. Pretender eludir los modos de comportamiento asociados a la masculinidad política es tremendamente lesivo incluso cuando se ha llegado al profundo convencimiento de que es la mejor manera de cuidarse a uno mismo y a su entorno. Pongo un ejemplo que pudiera parecer anecdótico, aunque para mí no lo fue porque salió de una conversación con mi psicóloga, pero que sirve para mostrar cuáles son los procesos de validación de esos mismos comportamientos violentos de los que pretendes huir.

En enero de 2025 salía del Ateneo de Madrid, donde solía refugiarme para leer de una manera tranquila, y en la puerta estaba

esperándome un ultra de extrema derecha que llevaba meses acosándome. Mi reacción fue violenta, le cogí el micrófono y lo lancé a más de cincuenta metros. En aquel momento salió todo el dolor que llevaba tiempo sufriendo, la ira, la impotencia, y no me culpo por haber hecho algo que en condiciones normales jamás haría. Pero mi cuerpo no me engañó. La ansiedad me brotó de manera salvaje. Sabía además que mi compañera me lo censuraría. La disociación entre persona pública y privada floreció tras haber aprendido que uno no se disculpa ante los fascistas, aunque por dentro estaba profundamente arrepentido. El camino a casa fue tortuoso porque pensaba que había hecho algo contra lo que llevo tiempo trabajando para huir de esa manera de actuar.

Pero de forma paradójica ocurrió algo que validó ese comportamiento que en lo más íntimo me dolía. Las redes sociales se llenaron de mensajes que me felicitaban, la consideración positiva fue abrumadora y me hizo cambiar mi propio pensamiento sobre lo que ocurrió. Pasé de censurarme a aceptar que esa era la manera correcta de proceder solo porque de manera mayoritaria hubo una ola de apoyo que, en el fondo, lo que hacía era replicar el comportamiento social que se refleja sobre lo masculino. No hubo excepciones entre quienes se posicionaron públicamente en el espectro progresista, las únicas personas que en privado me aconsejaron con cariño que no volviera a hacerlo eran de mi entorno cercano. En aquel momento no lo sabía, pero ahora sé que era por mi bien. Tras mucho tiempo de terapia he concluido que el mayor daño que se puede recibir para huir de los comportamientos tóxicos de socialización masculina es el halago, la validación externa sobre conductas que premian la violencia en cualquier forma. La crítica, el rechazo y la violencia sufrida son menos lesivos para uno mismo que

la aceptación externa de esos comportamientos que nos encajan en unos roles que generan unas formas ponzoñosas de relacionarnos.

RENCOR LATENTE

Toda la vida casada y ni un día bueno.

JOSEFA, en *La Tarde* con Juan y Medio

Las mujeres temen a los hombres. Lo hacen por supervivencia. No hay otra manera de existir observando su propia experiencia y no importa lo que los hombres piensen al respecto. Si ha habido alguien en la historia de la relación de los hombres y las mujeres que haya tenido motivos para alimentar ese rencor hasta fascistizarse y abogar por la eliminación de un adversario han sido todas las mujeres que han sufrido abusos, agresiones, acoso y violencia simbólica y que tendrían que haber elegido a esos hombres como el enemigo a erradicar. La consideración del hombre como una amenaza es una historia generalizada entre las mujeres.

Tienen motivos, pero en sus historias raras veces está presente ese sentimiento como elemento generador de sus relatos, sino otro más íntimo que pasa por soportar su existencia y hacer de la vida un lugar habitable tras pasar esos episodios terribles de violencia, en muchos casos desde su infancia. Si un hombre socializado en las dinámicas tóxicas masculinas se acerca de manera sincera a las historias de violencias de las mujeres, lo más normal es que las emociones que sienta sean ira e incomprensión porque no devuelvan esa violencia sistémica sufrida de la misma manera en que lo haría

un hombre. Y esto es en sí mismo una explicación de cómo opera la violencia.

Mi madre fue una de esas mujeres, una más en las tinieblas, que sufrió abusos sexuales desde pequeña. Me enteré de ese suceso de la manera terapéutica que eligió para que lo supiera, a través de unos diarios de su vida que escribió para contarnos lo que sufrió sin la vergüenza que más de medio siglo después seguía provocándole haber sido víctima de esa agresión intrafamiliar. Laura C. Vela, en *Seismil*, cuenta un suceso similar para narrar los abusos que padeció. En su caso fue a través de la lectura de sus declaraciones en el juicio por violación que tuvo que afrontar tras haber sido violada de manera reiterada con trece años. La historia de mi madre y la de Laura están separadas por sesenta años y sin embargo cuentan lo mismo. No es casualidad que las víctimas de agresión tengan que explicar de manera indirecta lo que han sufrido porque la mácula que los agresores ponen sobre ellas hace que sientan un temor íntimo a ser rechazadas por la familia, a que su confesión lo cambie todo y derrumbe la estabilidad. Su silencio es el que mantiene las cosas en orden para el resto mientras a ellas las devasta por dentro.

La historia de una mujer normal de clase obrera como mi madre se resume en una frase que aún me retumba años después de leerla: «No entiendo cómo se puede querer a un padre». La agobiante afirmación nacía de una reflexión que partía de la incomprensión de que una amiga suya amara a su padre, pero en realidad lo que se escondía detrás no era la incomprensión porque alguien quisiera a un padre que maltrataba a su madre, sino porque no entendía cómo se podía querer a un hombre. Porque mi madre no convivía con hombres, no se relacionaba con hombres, sino con agresores, con monstruos, con violadores, con seres violentos que

solo sabían dirigirse a las mujeres que ella amaba y a sí misma mediante la crueldad, el miedo y la violencia. Su socialización afectiva estaba basada en la depredación masculina.

Ese lamento es generalizado. Una desconfianza que atraviesa las generaciones y que no hay mujer a la que quieras escuchar que no acabe por sentir una cierta desazón por el comportamiento y la simple presencia de los hombres, y es normal, es autoprotección. Saber que eso es así duele cuando lo notas en las personas que quieres; lo primero que sale es ponerte en primer lugar para sentirte afectado por ese miedo, tomarte su temor como una afrenta, pero si aprendes a escuchar y a tragarte el ego lo entiendes perfectamente.

Ángeles Caballero escribe en *Orfidal y Caballero* una reflexión que lo ejemplifica. Califica esa sensación contra nosotros como de decepción y rechazo. Es lo primero que siente al relacionarse con los hombres porque de manera abrumadora son los que la violentan, los que la juzgan, los que la insultan, los que se sienten superiores. Ella lo escribe de manera precisa, pero si hay dudas basta con preguntar a quien se quiere para comprender que una masa de hombres es lo más parecido a una masa de camisas pardas de cacería. Sí, estoy seguro de que tú no lo eres, al menos para la gente que te quiere, pero desde luego lo eres para cualquier mujer desconocida. Van a sospechar de ti y con razón. La mejor manera de apreciar el fascismo cotidiano es entender el miedo de las mujeres. De escuchar de manera sincera. Yo lo hice leyendo a mi madre.

Una mujer nacida en el año 1954 aprende a vivir sin expresar sus emociones más íntimas y tragándose la depresión, la ansiedad y los miedos. Mari nació en una familia humilde, mísera, como todas las de clase trabajadora de la posguerra de los perdedores. Era la pequeña de seis hermanos, lo que suponía en ese momento que nacía para ser criada en su propia casa y servir a los hombres que

recibían el calificativo de hermanos y padres, pero que poco tenían del cariño que se espera de la familia.

«Todo eran ruido y gritos, los días pasaban con angustia y miedo», escribía cuando contaba que en la casa vivían los seis hermanos y el marido de su hermana mayor. Petra, su madre, era una mujer buena carcomida por el maltrato y la enfermedad. Sufría hepatitis C y tras un ingreso en el hospital se le dictó una dieta especial que acababan comiéndose los hombres de su entorno cuando los alimentos que había para la familia no les gustaban o los dejaban insatisfechos. Mari sufría, y aún sufre con amargura, sabiendo que si la hubiesen dejado cuidarse, su madre habría vivido más años de los que lo hizo. «No solo los golpes son maltrato», aclara con pesar contando cómo su padre compraba la mejor comida solo para él y sus hijos varones. Pero también había golpes, muchos, que Petra intentaba ocultar cuando salía a la calle mordiendo un pañuelo que servía para tapar el labio partido y que la gente no viera lo que sufría cuando salía a hacer recados.

Leyendo esos diarios entendí su dolor. El que se larva en la oscuridad de un dormitorio. Ella fue una más, lo común, una mujer que recibió abusos de un familiar en el entorno doméstico. El miedo siempre vivía con ella, se mecía en su pensamiento desde que el sueño la abandonaba. No era solo temor a ser agredida, a que abusaran de ella, sino a que su denuncia o protesta provocara un cisma en la familia que perjudicara de manera irremisible a su madre. El silencio con el que las mujeres agredidas viven dentro de la familia es la mayor condena con la que les cargan los violadores. Las agresiones en silencio destrozan a las mujeres que son víctimas, pero la denuncia a un familiar hace implosionar a todos los que viven dentro del entorno familiar. Y eso las mujeres lo saben. Saben que hacerlo público los destruirá a todos, incluso a los que aman,

para siempre, que todo será un punto y aparte. Puede que ni siquiera la crean, puede que la juzguen, puede incluso que la culpen.

Muchas veces los hombres no entendemos ese miedo. Un temor que explica Maggie O'Farrell en «Cuello», el relato de una experiencia pavorosa integrado en su libro *Sigo aquí*, en el que narra un encuentro con un asesino en un bosque del que salió viva. La escritora caminaba por una senda cuando era joven y lo que para cualquier hombre sería un encuentro casual con un desconocido sin relevancia, para una mujer se convirtió en una amenaza existencial que activó una serie de miedos, alarmas de supervivencia y actitudes de autocuidado y prevención por la consciencia del peligro. Lo que una mujer siente al tener esa experiencia activa una serie de capacidades generadas por años de agresiones, miedos y violencia simbólica. La actitud del hombre en el sendero era para la escritora una amenaza evidente, sabía que algo no iba bien en esa situación, solo que tenía que salir de allí cuanto antes porque todo lo aprendido por cuenta propia y enseñado por todas las mujeres que la habían rodeado servía para protegerse en momentos como ese. Nada le ocurrió a ella, no esa vez.

La sospecha de Maggie O'Farrell fue acertada. El hombre con el que se encontró en el bosque no le hizo nada a ella, pero era un peligro cierto, porque días después la noticia de la muerte de una mujer a manos de un hombre en ese mismo bosque constató que Maggie había sentido lo mismo que cualquier mujer siente en esas situaciones y que un hombre que nunca ejercerá la violencia desdeña porque no escucha lo suficiente. Lo relevante no es la traslación que he hecho de la experiencia aterradora de la escritora, sino un ambiente pesado e íntimo que solo alcanzan a comprender las mujeres que lo han vivido y que van a vivirlo por nuestra simple presencia. Eso es también genealogía feminista.

Lo importante del texto es la imposibilidad de trasladar en palabras, así lo expresa ella, cómo fue aquella sensación de terror porque a ella no le pasó nada, no era consciente de que se había encontrado con un asesino. Lo supo posteriormente, pero ella sintió el miedo, lo sintió de una manera que solo las mujeres que lo han vivido pueden entender. Tal vez nosotros no lo comprendamos, y es normal que no lo hagamos, pero al menos, al leer sus narraciones, al escuchar sus vivencias, deberíamos intentar sentir la empatía suficiente como para al menos no despreciar esos sentimientos. Entonces, solo entonces, cuando hayamos sentido un poco de cercanía por la emoción ajena, podemos intentar esforzarnos para no provocarla incluso haciendo nuestra presencia menos lesiva. Entender ese miedo es aprender a no comportarse de maneras que parecen inocuas pero que en determinados contextos pueden resultar terroríficas.

Ese sentimiento de terror no es vano, porque cuando se hace público suele suceder que haya quien no quiere creerlo y prefiera negar la realidad. Eso es lo que le pasó a mi madre cuando una nueva niña llegó a la familia de su agresor. Apareció lo que normalmente ocurre cuando una mujer levanta la voz: la vergüenza, la negación y la criminalización de la que denuncia y advierte. Mi madre rompió el silencio de tantos años y contó a su sobrina el peligro que corría esa niña si seguía viviendo con su padre. La ruptura de ese silencio acabó con la tranquilidad impostada de la familia y, después de que su hermana se enterara de lo que mi madre le había dicho a su hija, todo se desmoronó. Su hermana usó a uno de sus hijos, que tenía problemas con la droga y era muy violento, para amenazar de muerte a mi madre y mi padre por haber dicho eso de su progenitor. Nadie reconoció que tenían un agresor en casa a pesar del riesgo que eso suponía para la niña recién

nacida cuando en esa misma familia ya habían tenido que echar de casa a un hijo por acosar y agredir a su hermana.

Al patriarca no se le tosía. Las amenazas a mis padres hicieron que mi madre tuviera que romper el silencio con su marido. No se lo había contado después de llevar más de veinte años casados, pero puso por delante el bienestar de la niña a pesar de que todo lo que ocurrió la llevó a una profunda depresión. Ni siquiera lo contó por ella y es posible que de haber sido solo por su estabilidad emocional jamás lo hubiera hecho. La historia no tiene nada de peculiar, es una más por terrible que sea, y lo es porque es bastante habitual y opera en las mismas dinámicas de ocultación, desprecio y humillación para quien se atreve a romper los muros de impunidad y silencio. Cuando una mujer se atreve a hablar su papel de ángel del hogar se desvanece, se termina la paz armada de la convivencia familiar. También por eso se la culpa.

LAS PASIONES TRISTES

El humo se ha disipado; la palabra está destruida. Observe, señor, lo que ha ocurrido a resultas de nuestra celebración. La palabra *feminista* está destruida; el aire se ha aclarado; y en este aire claro, ¿qué vemos? Hombres y mujeres que trabajan juntos por la misma causa. También se ha desvanecido la nube que cubría el pasado. ¿Para qué trabajaban en el siglo XIX aquellas extrañas mujeres ya muertas, con sus capotas y sus chales? Por la misma causa por la que trabajamos ahora. «Nuestra reivindicación no era solo la reivindicación de los derechos de la mujer —es Josephine Butler quien habla—; era más amplia y más profunda; era una reivindicación de los derechos de todos (hombres y mujeres) a que se respetaran en sus personas los grandes principios de la justicia, la igualdad y la libertad.» Las palabras son las mismas que las suyas, señor; la reivindicación era la misma que la suya. Las hijas de los hombres instruidos que, para su indignación, fueron llamadas *feministas*, eran de hecho la vanguardia del movimiento que usted defiende. Luchaban contra el mismo enemigo contra el que usted lucha y por las mismas razones. Luchaban contra la tiranía del Estado patriarcal.

VIRGINIA WOOLF, *Tres guineas*

En Dublín hay una estatua de Molly Malone, la protagonista de la canción popular irlandesa que narra la historia de una joven pescadera que pasea por la zona portuaria con una carreta ofreciendo mejillones y berberechos. La efigie situada en el centro de la ciudad es visitada por multitud de turistas que se fotografían con ella. Las autoridades municipales han propuesto ponerle seguridad porque entre los hombres se ha popularizado tocarle los pechos al hacerse los retratos. La imagen de Molly Malone ha

quedado desgastada en su escote. No es difícil ver esas escenas en cualquier estatua de una mujer accesible a las manos de cualquier hombre, el mismo desgaste sufre la estatua de la estudiante Julia en el madrileño barrio de Malasaña. En este asqueroso comportamiento conviven dos pulsiones, la de poder llevar a cabo fantasías de violación y el placer que genera en muchos hombres ejercer violencia contra las mujeres aunque sea simulada.

El feminismo ha dejado claro que esos comportamientos tienen que ser censurados y una parte importante de la población masculina no lo ha aceptado. El *backlash*, como lo llamaba Susan Faludi, la contrarreacción machista a los avances feministas, está integrado en el ideario fascista y es una de las causas fundamentales por las que muchos hombres jóvenes y adolescentes se sienten próximos a esas ideas, porque los validan en su comportamiento.

Todos los procesos de fascistización han tenido siempre el feminismo como uno de sus máximos enemigos, incluso cuando este solo era un germen de lo que ahora existe. La aparición de mujeres feministas como Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin provocó que el nazismo tuviera el antifeminismo como uno de sus caballos de batalla, aunque en la historia ha quedado en un segundo plano por la virulencia de su antisemitismo. El feminismo era uno de los enemigos íntimos del Partido Nacional Socialista porque identificó que la lucha contra él tenía la capacidad de vehicular el resentimiento masculino y canalizar una serie de emociones y frustraciones en una dirección, construyendo un adversario comprensible y fácilmente identificable.

El antifeminismo permite aunar los complejos sobre la propia virilidad, la castración simulada, la misoginia, la pérdida de autoridad masculina, la incomprensión del mundo moderno y la incertidumbre ante lo que no se puede controlar. Si uno manda en casa, si todo lo

que le ocurre es por culpa de quien le resta autoridad como hombre, encuentra un asidero sobre el que recuperar un cierto control. La emancipación de la mujer era para Adolf Hitler un síntoma de decadencia de la sociedad. No es difícil encontrar ese discurso en la actualidad, como no era difícil encontrarlo en los años ochenta y noventa y el movimiento neoliberal tras la tercera ola feminista. Ocurrió en el nazismo y ocurre ahora. Los hombres vivimos perdidos en cuanto se nos cambia el rol, sin importar la época.

Si los jóvenes de mi generación, como los de ahora y como los de las que nos precedieron al resto, hemos aprendido que las muestras de emociones y vulnerabilidad no solo no se reciben como algo positivo, sino que implican un coste, es muy difícil que encontremos una identidad propia sana. Estuvimos perdidos. Pero los jóvenes de ahora también lo están porque a su rol masculino aprendido se ha unido una ola feminista que en ocasiones les ha hecho sentir que su forma de ser los convierte en agresores, porque es lo que han aprendido a ser y han buscado a quien los acoja y valide que su rencor es legítimo y correcto, y así han encontrado en las redes a personajes tóxicos, machistas, misóginos y fascistas que les han dicho que esas feministas son unas zorras y que esa manera de ser, que también les hace daño, es cojonuda.

La simplificación que las redes sociales hacen del feminismo lleva a que solo les llegue aquello que los convierte en su enemigo. Los que buscan capitalizar el enfrentamiento les dicen que ser hombres los convierte en violadores, que su simple existencia es una amenaza para las mujeres y que ellas quieren cortarles los huevos. Esa es la realidad implícita en todo mensaje político y de la que no es responsable el feminismo, sino quienes lo combaten, porque es igual de ridículo pensar que el feminismo es eso como que el marxismo te impide comprarte un iPhone. Sirva esta aclaración para

ver si los compañeros comunistas dejan de coquetear con el antifeminismo con la excusa de que desmoviliza a la izquierda. Esa simplificación ideológica basada en la polarización del debate ha provocado una radicalización de los hombres jóvenes que, en su fase adolescente, tan dada al victimismo y a la confusión, han encontrado en el feminismo el enemigo perfecto. No se trata de buscar culpables ni de declarar responsables a las feministas de esa radicalización, porque no lo son, sino de entender y asumir que ese proceso se ha dado y evaluar el porqué. Comprenderlo siempre es mejor que no mirarlo de frente.

Las ideas complejas y de matiz son las más difíciles de comunicar en el debate público y corren el riesgo de ser utilizadas como un argumento arrojadizo. Es muy problemático explicar a un chaval pobre de la periferia que su condición de hombre blanco y heterosexual lo convierte en un privilegiado y en un opresor. Y es innegable que esa condición le va a dar unas ventajas del mismo modo que otras condiciones como la clase social le implicarán una desventaja. Es el mismo problema que el sociólogo brasileño José Henrique Bortoluci se encontraba en *Lo que es mío* para intentar explicar que los pobres blancos tenían una ventaja innegable sobre los pobres negros, el libro sobre su padre camionero en la Amazonia. No había manera racional de que un hombre blanco con una vida tan dura comprendiera que era un privilegiado con respecto a sus compañeros racializados. No importaba que todos los medidores estadísticos y sociológicos dieran ventaja a esa clase obrera mísera blanca sobre la negra, es un mensaje a nivel político tremendamente complejo que es muy fácil utilizar a la contra para convertir a esa clase obrera blanca en un reducto ultra contra la población negra. Pero que no sea simple no quiere decir que no sea así.

LA AMENAZA MORADA

La incapacidad para gestionar lo que implica el feminismo para los hombres es uno de los nódulos fundamentales en los que se enmarca la consolidación de la reacción a través de la intimidad y la psicología masculinas. El feminismo impone una reformulación absoluta de la socialización de los hombres. Todo aquello que nos han dicho que nos conforma como un buen hombre, un hombre útil, efectivo y funcional, es arrasado por la nueva socialización que el feminismo impone como bien sobre el que sustentar una relación igualitaria.

No existe mejor manera de ser feliz como hombre que abrazar los postulados que el feminismo tiene para nosotros, pero es un camino doloroso, que hace sufrir, que no es fácil y que a veces puede desembocar en problemas psicológicos que provocan disociación sobre lo que siempre hemos considerado que está bien y cuál es la mejor manera de relacionarse, ya no con las mujeres, sino con otros hombres, amigos, familiares y con uno mismo.

Ese proceso angustioso de reversión de los comportamientos propios tóxicos o incorrectos puede ser rechazado de plano antes de plantearse siquiera que se puede estar equivocado en los modos de socialización patriarcal. Es el caso del machista que no cambia. Pero puede darse una reacción más sutil y menos agresiva nacida de la incomprensión y el rechazo al abandono de privilegios, ser consciente de que algo no está bien pero no tener la voluntad para cambiarlo. Esta suele ser la más transitada entre los hombres, un

rechazo a ese cambio que suele producirse de manera soterrada, incluso íntima, pero que puede generar el mismo impacto de contrarreacción que deriva en la fascistización del pensamiento porque se acaba aceptando la solución machista por asimilación.

Nuria Alabao explica de manera breve este planteamiento erróneo desde ciertos grupúsculos para enfrentarse a este tipo de individuos:

> En ocasiones, el feminismo que perciben estos hombres es profundamente moralizador y culpabilizador («todos los hombres son violadores», «renunciad a vuestros privilegios»). Esta individualización del problema mediante la culpa no solo pierde de vista su carácter estructural, sino que obstaculiza el cambio social [...]. El feminismo tiene el reto de explicarles a estos varones que las compensaciones basadas en la subordinación de las mujeres son un callejón sin salida también para ellos; de darles espacio y sumarlos a nuestro proyecto, explicándoles que se trata de construir un mundo mejor para todos, también para ellos. Necesitamos politizar sus frustraciones hacia un lugar emancipador, no reaccionario.

Alabao pone el foco en uno de los peores errores estratégicos de una parte minoritaria, pero muy ruidosa, del feminismo y que surge del esencialismo, nacido no de la ideología, sino de la instrumentalización que hacen de sus valores aquellas personas que quieren sacar del feminismo un rendimiento en forma de capital social, político o económico. La ambición, que es un bien indispensable en política para lograr los bienes colectivos, se degenera cuando se circunscribe al uso privado. Antonio Gramsci en *La política y el Estado moderno* alerta de esta manera de proceder cuando se ponen por delante los intereses particulares sobre los colectivos y diferencia entre ambiciones grandes y pequeñas. Es de estas últimas, las que empujan al más bajo oportunismo, de las que hay que huir. Por desgracia suelen ser las que más espacio ocupan y las que acaban generando mayor representatividad pública, por minoritarias que sean.

Esta manera de actuar, anteponiendo el interés privado al general, provoca un daño irreparable que, lejos de ensanchar la base a la que la izquierda se dirige, hace que se pierdan bolsas de apoyo entre quienes de forma sincera empatizan con el valor de justicia humana que tiene el feminismo. Quien prefiere tener razón a liberar de espacios de opresión a las mujeres que carecen de ese capital social no busca la emancipación de las mujeres oprimidas, simplemente participa de un juego burgués y solo le importa su cuenta corriente.

Las ideas deben estar por encima de las personas. La instrumentalización perversa del feminismo es uno de los fenómenos que genera mayor rechazo entre los hombres y ultraderechiza a aquellos que no están plenamente convencidos de lo justo de las ideas feministas como un elemento de justicia social que iguala a todas las personas. Obrar de este modo puede funcionar como una herramienta revanchista que produzca en los hombres el mismo dolor que de manera histórica han sufrido las mujeres, y puede ser incluso comprensible sentir esa pulsión y actuar de esa manera, pero políticamente es poco transformador y crea el efecto contrario al que se debe aspirar. Ese planteamiento dialéctico genera las mismas dinámicas de exclusión que alimentan el fascismo hegemónico, porque surge de unos posicionamientos intolerantes hacia la disensión que dan argumentos a quienes siempre ha estado en contra de la igualdad entre hombres y mujeres.

Clara Serra se muestra contraria a esta forma de afrontar la relación del feminismo con los hombres porque considera poco efectivo apartar del objeto político que persigue, la igualdad efectiva, al sujeto que el patriarcado ha puesto en un rol determinado dentro de la estructura a erradicar. Claro que el hombre, dentro de la macroestructura, tiene innumerables privilegios, pero también posee unas presiones sobre su tránsito vital que es preciso afrontar para

que sea más efectiva la consecución de los logros primarios del feminismo.

No es posible comprender la fascistización del pensamiento contemporáneo sin atender a esos miedos masculinos provocados por un entorno social que les ha privado precisamente de ese rol patriarcal aprendido desde la infancia. Una sociedad precarizada, que impide que esos hombres cumplan con el imperativo categórico que el patriarcado les impone como tales, produce un efecto de repliegue que les hace abrazarse a esos movimientos reaccionarios casi como método de supervivencia emocional, pero que por lógica patriarcal acaban sufriendo las mujeres.

Esta lectura hace contraproducente eludir el sujeto masculino y sus problemas con la lucha feminista porque acabará provocando un movimiento reactivo que haga más difícil los avances sociales para todos que supone un mundo con el movimiento feminista en el centro de la sociedad. Este convencimiento no surge desde el punto de vista del feminismo como agente emisor, sino desde el machismo y la reacción fascista como sujeto receptor. Es una señal de auxilio desde el otro lado.

CACERÍAS COLECTIVAS

El problema de la izquierda es que no llegaba
a los hombres. Creo que los hombres jóvenes
en ciertos espacios de la izquierda sienten que
no son bienvenidos. Me ha pasado a mí.
Es jodido, pero es verdad.

GARY STEVENSON

Es imposible entender los movimientos reactivos sin comprender los procesos de cacería colectiva llevados por el sentimiento de pertenencia de las tribus identitarias que de forma irreparable ha provocado el surgimiento de las redes sociales como método de coerción social.

Para ciertos grupúsculos esencialistas en la izquierda, un partido político, el marxismo, el feminismo y la lucha por los derechos LGTBIQ+ han pasado de ser una causa a convertirse en un sentimiento de pertenencia. Con él no se da sentido a su existencia ni se defienden unos valores, sino que se encuentra un lugar en el que afianzar sus prejuicios y validar sus emociones buscando enemigos con los que consolidar una pureza que les hace sentirse más firmes, más puros y, por lo tanto, mejores.

Todo es una guerra. Todo es una disputa de punto final. Si no se comparten posiciones e ideas en el mismo momento y si no se defienden con la misma firmeza, el otro se convierte de manera automática en una parte del enemigo que quiere destruir a su tribu.

La causa es secundaria, lo importante es el capital simbólico, social, político o económico que se puede sacar de ella y, mientras este siga aumentando, no importa lo contraproducente que pueda ser ese comportamiento para la causa porque esta se convierte en secundaria. El daño de este comportamiento es devastador por mucho que asumamos que ninguna conducta sectaria dentro de un espacio ideológico invalida las ideas que dice defender.

Los linchamientos digitales son una de las muestras contemporáneas de la evolución de los pogromos de los años treinta. La violencia política puede ejercerse de diversas formas, más aún cuando se considera que se puede ejercer con impunidad.

Uno de los momentos más elevados de la crueldad digital al que he asistido tuvo que ver con el acoso que sufrió la cantautora Valeria Castro cuando intervino en una gala de *Operación Triunfo* y cantó de una manera que la turba digital no consideró adecuada. Valeria es una mujer honesta y sensible que proviene de una familia humilde y que no tiene por qué estar acostumbrada a recibir ese tipo de violencia simbólica con consecuencias muy concretas sobre la vida de quien la sufre. Es una profesional que ha conseguido labrarse una carrera en un mundo tan competitivo como el de la música con el único favor de su trabajo, del azar y de un talento al alcance de muy pocas personas. Las redes sociales son un contexto fascista en sí mismas y cuando huelen la debilidad acuden todos aquellos con aspiración de SS a quebrar a alguien que no conocen. Actúan como una jauría violenta hasta despedazar a la pieza y luego dejan el móvil a un lado y vuelven a su vida cotidiana, como si no hubieran destruido la de otra persona.

Siempre hay una pregunta que suele hacerse décadas después de que se consolide un exterminio: cómo fue posible la llegada al poder de un régimen autoritario o un genocidio, y la razón que la explica

es porque la gente normal lo permitió. La mayoría de los que denuncian a un vecino inmigrante al ICE de Donald Trump no son muy diferentes a quienes participan de linchamientos digitales en las condiciones propicias para hacerlos. No son monstruos ni psicópatas los que un día le harán el paseíllo al otro si tienen la oportunidad, es tu vecino del cuarto, el que te saluda en el ascensor y habla contigo del tiempo sabiendo que eres un rojo de mierda y, cuando entra en su casa, se mete en su cuenta de X con nombre falso para participar de cientos de campañas de acoso, hostigamiento, intimidación y violencia.

Hay quien usa las redes sociales mientras no puede utilizar una navaja para pasártela por el cuello cuando la civilización decaiga y la brutalidad esté premiada. Si la comparación puede parecer exagerada, deja de serlo en cuanto se indaga mínimamente en los perfiles de todos aquellos que realizan atentados terroristas o participan en los asesinatos racistas a lo largo de todo el mundo. En la actualidad no hay violencia política en las calles que no se haya rumiado previamente en esos acosos digitales.

La izquierda política tiene en su debe generar estas estrategias de eliminación de los adversarios dentro de su espacio a través de la destrucción personal, con más virulencia y violencia que la que utiliza contra sus enemigos ideológicos. Es devastador ver como desde círculos antifascistas se intentan apropiar de ese valor como capital político usando estrategias fascistas de destrucción de personas que piensan exactamente lo mismo, incluso abrazando la deshumanización. Es un camino que, una vez transitado, solo beneficia a quienes mejor se manejan en la destrucción de la individualidad. La empatía es imperativa y negar la cualidad humana a quien no piensa como tú es el mayor regalo que el progresismo puede hacer a la radicalización ultra.

Las identidades digitales y una militancia sin presencia física que solo sabe ejercer su valor político desde las redes sociales han incrementado la violencia política contra aquellos que comparten espacio pero divergen en intereses y estrategias. Para comprender estas dinámicas tóxicas y huir de esa manera de ejercer la política es imprescindible el análisis que hizo Mark Fisher en un artículo titulado «Salir del Castillo de Vampiros», en el que aborda la necesidad de construir la solidaridad de clase en las izquierdas superando las incesantes divisiones de la cultura online que acaban atomizando los espacios progresistas en una serie de guerrilla de nichos sin capacidad para nada más que autodestruirse, dejando el camino libre a las narrativas fascistas por incapacidad política y por replicar sus comportamientos de deshumanización. Esta reflexión de Mark Fisher es quizá la mejor aportación al antifascismo del siglo XXI que no pretende abordar el tema de la radicalización fascista.

Fisher analizó diferentes linchamientos digitales a intelectuales laboristas con una labor muy reconocida como Owen Jones que le desalentaron de participar del debate público online por su incapacidad para manejar el desgaste emocional que provocaba posicionarse cuando se desataba la jauría digital. El profesor universitario teorizó sobre esa manera de manejarse en los diálogos políticos como un contenedor que convertía el espacio público de la izquierda en una zona miserable y desalentadora.

Con mucha pesadumbre expresaba sus sentimientos al asistir a esa cacería indiscriminada que dejó un poso de represión fascista que calificó como un residuo con «un olor a falsa conciencia y moralismo de caza de brujas». La sensación de Fisher es una experiencia compartida en cualquiera que haya participado en los debates de la izquierda. La precisión con la que el autor británico identifica los rasgos discursivos de esta dinámica ayuda a plantearse

alternativas, porque es indudable que lo que ha primado en este tiempo ha sido el moralismo y la ausencia de solidaridad. La empatía se ha dejado de lado para que nos empapen los modos de subjetividad burguesa que han intoxicado los movimientos progresistas hasta llenarnos de miedo, culpa e irresponsabilidad por permitir que las dinámicas de represión fascista de las voluntades sean las que capitalicen los debates públicos necesarios dejando a los personajes más violentos, poderosos, tóxicos y maltratadores al mando de la opinión pública.

Mark Fisher establece unos parámetros para huir de ese proceder y hacer más humanos y amables los procesos de conformación de la masa crítica de la izquierda que ayudan a despojar de las prácticas asociadas a los camisas negras digitales infiltrados en las filas progresistas. Identifica las leyes que operan en el Castillo de Vampiros y que considera imprescindible erradicar.

La primera ley del Castillo de Vampiros es la práctica burguesa y privilegiada de fijarse única y exclusivamente en las actuaciones censurables individuales pasando por alto las críticas estructurales. Lo más importante no es trascender a los comportamientos del individuo, sino ganar capital social, cultural, político y económico actuando de agente moralizante mediante la censura los comportamientos de aquel que se puede equivocar de manera individual y así ganarse el favor de la masa como uno de los máximos exponentes de la condena: «Como en el fondo son pequeñoburgueses, los miembros del Castillo de Vampiros son intensamente competitivos, pero lo reprimen, de un modo pasivo-agresivo que es típico de la burguesía. Lo que los une no es la solidaridad, sino un miedo mutuo; el miedo a ser los próximos denunciados, expuestos, condenados».

Mark Fisher teoriza cómo las prácticas de la izquierda son solo morales y buscan la instauración de la culpa como elemento primigenio de la acción política:

> La gente se tiene que sentir mal: es una señal de que comprenden la gravedad de las cosas. Está bien tener privilegios de clase si uno siente culpa por ello y hace que quienes están en una posición de clase más subordinada también se sientan culpables.

La lógica que implica este proceder es la esencialización, tanto propia como del adversario, que se esconde en un esquema de identidad fluida y plural, pero cuyo objetivo es actuar como una especie de sacerdocio político con la capacidad para excomulgar y condenar a cualquiera que sea señalado como enemigo por causas la mayoría de las veces previas a lo político y de objetivos inconfesables. Lo importante es expresar que si alguien ha cometido un error o ha actuado en algún momento de manera incorrecta —o que la masa digital considera incorrecta—, todo trabajo, legado y comportamientos pasados, presentes y futuros quedan sancionados por esa mácula.

La manera más brillante de analizar estos procesos por parte de Mark Fisher se encuentra al definir a los cardenales digitales, monjes maltratadores que operan como una masa amorfa de violadores digitales y que él califica de neoanarquistas, no por su filiación política con las ideas de Bakunin, sino por actuar como elementos ajenos a la participación política efectiva y activa y por centrarse únicamente en los pogromos digitales que buscan como víctimas prioritarias a quienes sí actúan de manera positiva en la política pública. Estos individuos alimentados por las maquinarias de muchas organizaciones entristas y destructivas solo se centran en la eliminación de quienes actúan intentando cambiar las cosas y consideran que todo el que participa en los medios mainstream, diga

lo que diga, es un traidor a batir pero, eso sí, no se pierden uno solo de los programas en los que participa. Son sus seguidores más fieles pero con el único objetivo de quebrar su voluntad y destruirlo mentalmente. Para Fisher «el purismo se transforma en fatalismo; si es mejor no quedar manchado por el mainstream, es mejor "resistir" inútilmente que correr el riesgo de salir con las manos sucias».

Mark Fisher no se queda en la queja y al estilo de Lenin propone su «¿Qué hacer?»:

> Primero, es imperioso rechazar el identitarianismo, y reconocer que no hay identidades, sino solo deseos, intereses e identificaciones [...]. La izquierda burguesa e identitaria sabe cómo propagar culpa y conducir una caza de brujas, pero no sabe cómo generar adeptos. Pero ese no es el punto para ellos. El objetivo no es popularizar una posición de izquierda, o incorporar a más gente, sino permanecer en una posición de superioridad elitista en la que a la superioridad de clase se agrega una superioridad moral. «Cómo te atreves a hablar, ¡los que hablamos en nombre de los que sufren somos nosotros!»
>
> Pero el rechazo del identitarianismo solo se puede lograr si se reafirma la clase. Una izquierda que no tenga a la clase en su centro no puede ser más que un grupo de presión liberal. La conciencia de clase es siempre doble: implica al mismo tiempo el conocimiento de la manera en la que la clase enmarca toda la experiencia, y el conocimiento de la posición particular que ocupamos en la estructura de clase. Se debe recordar que el objetivo de nuestra lucha no es conseguir el reconocimiento de la burguesía, ni tampoco la destrucción de la burguesía. Lo que debe ser destruido es la estructura de clase, una estructura que daña a todos, incluso a quienes se benefician materialmente de ella. Los intereses de la clase trabajadora son los intereses de todos; los intereses de la burguesía son los intereses del capital, que no son los intereses de nadie. Nuestra lucha debe ser por la construcción de un mundo nuevo y sorprendente, no la preservación de identidades formadas y distorsionadas por el capital.

Esos comportamientos autodestructivos que simulan el *ethos* fascista no se dan solo en la izquierda, sino también en grupúsculos feministas mainstream. La justificación del supremacismo a través de la exigencia de las mujeres de ejercer sus derechos de ciudadanía en libertad es el mayor ejemplo de cómo se utilizan comportamientos tribales excepcionales para generar un sentido hegemónico contrario

reactivo. Las barbaridades o barrabasadas que se puedan decir dentro de cualquier espectro ideológico no invalidan el pensamiento ni la totalidad del ideario, por mucho que se quiera hacer de la anécdota categoría. No habría idea válida o moral aceptable si se cogen comportamientos sectarios que se anclan a esos principios para convertirlos en generalidades. La persona nunca invalida la causa y hay que estar alerta ante quienes usan esa falacia para destripar las ideas justas.

Ese movimiento reactivo no solo se da en aquellos machistas que siempre han operado para revertir la ola de avances feministas, como vimos en las declaraciones de Pedro Sánchez antes de las elecciones de 2023 en las que decía que tenía muchos amigos incómodos con la concreción del feminismo de nuestra época para poder separarse de la mala imagen que Irene Montero había capitalizado con las excarcelaciones provocadas por las interpretaciones judiciales al hueco que dejó la ley del «solo sí es sí».

Esa victoria de la reacción machista que acaba atrayendo a sus postulados hasta a quienes defienden los valores del feminismo, porque hacen la lectura de que se ha vuelto hegemónico un discurso antifeminista, acaba consolidando un discurso mucho más agresivo. En Argentina, Patricia Bullrich, la ministra de Seguridad del Gobierno de Javier Milei, encargada de perseguir el delito y proteger a las mujeres de la violencia ejercida por los hombres, hizo unas declaraciones en un entorno mediático amigo que van más allá, hasta convertir a las mujeres en agente activo de la violencia contra ellas mismas por el simple hecho de pedir que dejen de matarlas. La ministra de Milei aseguró:

> Generar una idea de que vos estás empoderada, vos tenés el poder, y podés pisotear a cualquiera. No importa, sea hombre, sea tu madre, sea tu padre, finalmente lo que te termina pasando es que te viene en contra. Entonces, el

> desequilibro que se generó con el feminismo extremo te lleva a situaciones en las que la violencia es tan fuerte que acaba destruyendo a la misma persona que genera esa lógica.

La lógica del punitivismo moral, legal o penal es uno de los mayores errores del progresismo de nuestro tiempo, porque implica adoptar un marco reaccionario que luego será usado como una llave de judo política de la que será imposible zafarse. Las dinámicas existentes en las cancelaciones, efectivas o infructuosas, son uno de los mecanismos fascistizantes que la izquierda ha adoptado del fascismo, aceptando dinámicas que se alejan de las lógicas democráticas para dejar la justicia en manos de la masa. Porque la masa no deja de serlo porque actúe contra el que nos cae mal y censuramos o cuando funciona apelando a una causa que nos concierne. La lógica implicada en esos procesos es la del juicio sumarísimo, sin garantías, que apela a una mácula moral que aleja de la concertación social a la persona señalada por quien tenga la capacidad de organizarse en burbujas de condena sin que haya posibilidad de defensa porque quien empieza el proceso ya lo ha condenado por el mero hecho de iniciarlo.

Nadie que haya participado en una cancelación pública ha reconocido luego un error, porque la condena viene antes del proceso sin saber las causas que laten detrás. Esta forma de actuar es incompatible con una lógica de izquierdas y es completamente funcional a la lógica de destrucción personal del fascismo político, que elimina adversarios simplemente por coordinación de elementos y a través de la fuerza. Susana Draper, en su libro *Libres y sin miedo: horizontes feministas para construir otros sentidos de justicia*, expone que:

> [...] la humillación pública, sobre todo desde las redes sociales, se ha convertido en un mecanismo para hacer frente a la sordina y las limitaciones institucionales. Una trampa o peligro que emerge desde la práctica aislada de

los escraches puede estar en que muchas veces aparece como forma de «cancelar» (inhabilitar) personas, reproduciendo ciertos tics del sistema punitivo. Se individualiza el tema, se lanza un mensaje, pero muchas veces no se conecta esto con un proceso colectivo y reflexivo acerca de qué más podemos hacer para «hacer justicia», más allá del señalamiento y la acusación. Muchas veces, las redes son aparatos complejos para lidiar con las emociones intensas que estos procesos disparan y, en muchos casos, se parecen a las formas que promueven los medios de comunicación cuando se ensalzan con este tipo de acción, sin tener interés en ir a un proceso más hondo que implique la responsabilización (más allá del escrache) y la sanación de las personas dañadas, incluyendo los nuevos mecanismos de retraumatización que a veces entran en juego. Sin duda, el escrache, como forma de intervención, va de la mano con una suerte de «denuncia a la denuncia» que habla de una larga historia de silenciamiento y de la limitación de las maquinarias burocráticas de denuncia institucional del patriarcado. Al mismo tiempo, muchos de estos contextos nos hablan de los modos en que nuestros imaginarios están fuertemente ligados a lógicas restringidas al castigo y no a preguntas más hondas que conectan con las múltiples raíces de estas violencias. Es decir, en vez de reducir el tema a cómo se va a castigar, necesitamos también simultáneamente abrir canales para abordar violencias interpersonales y sistémicas, generar formas de reconocimiento y herramientas que nos permitan articular formas de actuar con vistas a procesos de responsabilización sostenibles en los espacios en que nos movemos.

Una de las claves primordiales que debemos afrontar en la izquierda es no actuar con dinámicas que pueden ser funcionales a la fascistización del espacio público, porque son herramientas que en manos del adversario serán devastadoras.

SER HOMBRE PUEDE ESTAR BIEN

El patriarcado es una putada tanto para los hombres como para las mujeres.

CAITLIN MORAN, *¿Y los hombres qué?*

Hacer comprender a los hombres que están viendo el feminismo como una amenaza y abrazan ideas reaccionarias que este no solo no es algo que los ataque, sino que lo liberará es imprescindible para abortar ese viraje con aquellos que aún sean salvables. Con el resto ni conmiseración ni piedad.

Ser hombre no es malo. No se elige serlo. Pero la forma de serlo sí es una elección, igual que saber que cambiar lo que está mal no hace peor a nadie. Para que se produzca ese cambio es bueno saber que hay cosas que los hombres sufren por el mero hecho de serlo y también tienen que ver con el sistema patriarcal. Ser hombre es un factor de riesgo vital e incrementa la posibilidad de suicidio. Ser hombre es más peligroso en ese sentido, y lo es por las normas patriarcales y los roles socioculturales que nos imponen. Es más fácil acabar suicidándose si las normas de masculinidad impuestas nos hacen más difícil mostrarnos vulnerables y pedir ayuda, si no somos capaces de llorar y decir que ya no podemos más. Se nos ha enseñado a guardarnos el malestar emocional y no sabemos verbalizar nuestros problemas, intentamos reprimir nuestra tristeza para no preocupar a nuestros seres queridos porque nuestro rol protector nos lo impide.

Hemos aprendido que tenemos que mostrarnos fuertes, invulnerables, ser los que solucionan los problemas difíciles de la familia, traer el dinero a casa y ocultar las derrotas cuando eso implica a la gente que nos rodea. Eso es una losa tan pesada que acaba destruyendo a cualquier ser humano, y los hombres caemos como moscas ante este rol de superhéroe que la masculinidad hegemónica nos asigna. Émile Durkheim, en *El suicidio*, llamó a esos hombres que caen en la destrucción del rol aprendido *breadwinners*, los que llevan el pan a casa, hombres entre cuarenta y cinco y sesenta y cinco años a quienes han enseñado que su labor principal para la familia es la de asegurar el sustento y mostrarse siempre sin emociones, y que cuando pierden esa capacidad por enfermedad, por motivos laborales o por incapacidad, acaban cayendo en una depresión que los lleva a verse como una carga y no son capaces de superarlo.

La solución para abordar esta problemática de salud pública es de forma paradójica la que muchos creen su adversaria: las políticas de género, el feminismo, tratar de manera integral con políticas públicas a los hombres de manera diferenciada porque sus problemas también son distintos a los de las mujeres y el feminismo también los salvará a ellos. Es una lógica aplastante que tenemos que abrazar. Yo lo he hecho y me está sirviendo.

Pero esto no es un libro de autoayuda para jóvenes perdidos. Nunca he sido partidario de tratar con condescendencia a quienes tienen la capacidad para decidir por sí mismos. La responsabilidad sobre las propias decisiones es el motor del aprendizaje. Un concepto se ha abierto camino últimamente con la idea de explicar un fenómeno pero que en sí mismo no es más que un modo de exonerar de culpa a quien tiene pleno uso de sus facultades mentales: los fachavales. Como si el fascismo no hubiera sido en su

historia un movimiento joven, de los impacientes e irresponsables que no quieren hacerse cargo de su inmundicia. Los chavales que se radicalizan hacia el fascismo no son más que egoístas queriendo ser matones si no lo son o permanecer siéndolo si ya actúan así. Personas que piensan siempre en el yo por encima del nosotros.

No hay que ser condescendiente con la decisión libre de quien tiene capacidad para expresar sus ideas y elegir a cuáles adherirse. No existe un ecosistema social más hostil para los jóvenes de hoy que el que ha habido en las pasadas generaciones, simplemente tienen problemas diferentes o distintas maneras de afrontarlos. Y lo hacen a través del victimismo y la incapacidad para sentir empatía. Quieren seguir con sus privilegios, no preocuparse por los derechos y emociones de los demás y ser los *bullies* de su tiempo. Hay una correlación directa entre socialización masculina tóxica y violenta y el rechazo a los valores del feminismo que los obliga a comportarse como seres racionales y emocionalmente funcionales. Lo valiente y corajudo no es seguir a la tropa y al grupo cuando el pensamiento hegemónico, que es el supremacismo masculino, se impone. Lo responsable es romper con ese esquema y resistir.

Lo valiente es mostrar empatía y abandonar ese proceso de socialización que implica la humillación del diferente para ganar puntos de estatus social en el grupo. Por eso es normal que los jóvenes masculinos se sientan cercanos a un ideario que les dice que ellos, como varones, blancos y heterosexuales, son el centro sobre el que tiene que girar todo. ¿Quién no quiere ser el protagonista, sentirse adulado y que otros trabajen para que él viva mejor? El machismo es algo de lo que pocos hombres jóvenes quieren prescindir cuando lo único que importa es su ego. Rechazarlo es echar por tierra sus privilegios.

ACOJONADOS

La frustración de la gente está ahí, y eso
genera odio rápidamente. Cualquiera que
quiera hacer política tiene que ser un ingeniero
del odio. O conviertes eso en rencor de clase,
o va a ser la extrema derecha la que convierta
el odio en rencor racial.

ENRIQUE DEL TESO

Pasear al perro no suele ser una actividad de riesgo. Nada que *a priori* nos haga pensar que nos jugamos el tipo, que corremos algún peligro o que puede conllevarnos alguna desgracia. Es una rutina, tediosa en ocasiones y relajante casi siempre, que nunca suele asociarse a amenaza y mucho menos a miedo; pero ese acto se convirtió durante más de seis meses en una actividad que me generaba temor, por mi perro y por mí. Cada mañana, tarde y noche, cuando lo sacaba a pasear por mi barrio, sentía una punzada de desazón que modificó mi comportamiento.

Uno de esos días rutinarios, uno caluroso de mayo, festivo, mientras paseaba con la mente en blanco atento a mi mascota sufrí un intento de agresión que cambió mi manera de actuar cada mañana. Un neonazi violento que se había mudado a mi barrio me reconoció e intento agredirme. Yo lo conocía, sabía quién era por mi labor periodística y era consciente de que un intento de agresión de este personaje y sus amenazas podían acabar de manera funesta.

Solo hacía unos meses uno de los miembros de esta tropa de degenerados ideológicos había muerto asesinado de varios disparos por uno de sus colegas en una carretera madrileña. El tipo que me amenazó ya había estado en la cárcel y desde ese día tuve que tomar precauciones y abrazar el miedo como parte en mis quehaceres cotidianos. Unos meses después fue detenido en una macrooperación policial contra el narcotráfico como capo de la banda.

La capacidad performativa del miedo en la psique política es un ejercicio de brutalismo. La sensación de alerta constante y el temor a que alguien de mi familia, e incluyo a mi perro en ella, pudiera sufrir algún acto violento me hizo plantearme valores que hasta entonces eran inamovibles en mi vida. Me planteé dejar mi trabajo, abandonar mi barrio, buscarme una ocupación más tranquila, bajar el nivel de exposición y dejar de pelear por las ideas en las que creo. El miedo se me enclaustró y no me dejaba pensar con claridad. No importaban el conocimiento, la razón, la cultura ni las lecturas, el miedo me consiguió cambiar y modular políticamente. El miedo es un arma de destrucción masiva de las voluntades democráticas.

La pandemia hizo que el miedo se convirtiera en la emoción hegemónica en las sociedades de todo el mundo. Aún no nos hemos recuperado de esa época temerosa y las concreciones que ese pavor ha causado en las democracias liberales son todavía difícilmente evaluables. Sabemos la capacidad performativa que el miedo puede ocasionar en las mentes individuales y en la masa como sujeto político, pero aún no conocemos la capacidad que ha tenido el miedo pandémico para moldear la psique de las personas. El miedo es la mayor emoción de representación y transformación política. Estos temores pueden convertirse en una poderosa arma política cuando consiguen vehicularse a través de un discurso público que los recoja,

los acune y los canalice. Corey Robin, profesor de Ciencia Política en el Brooklyn College y en el Graduate Center (City University New York), establece la manera en la que opera la construcción política a través de la utilización de los miedos: «La primera etapa consiste en identificar un objeto al que el público tendrá que tenerle miedo, la segunda consiste en interpretar la naturaleza de ese miedo y explicar las razones de su peligrosidad para, en un tercer momento, enfrentarlo. Esta maniobra en tres tiempos representa una fuente inagotable de poder político».

La instrumentalización del miedo, según la tríada de Robin, es sencilla de comprender usando algún sujeto de odio en la política española contemporánea. El ataque a los menores no acompañados es uno de los elementos paradigmáticos con los que se ve el funcionamiento de esta dinámica. Antes de la aparición de Vox no existía ningún tipo de temor a los menores migrantes, pero siguiendo la primera etapa de Robin ahora los ultras los identifican como un enemigo al que la población tiene que temer, los deshumanizan con el acrónimo *mena*, utilizan noticias falsas apoyándose en otras reales que son magnificadas, alimentan el estereotipo racista y así llegan a la fase dos. En ella ya han concretado la naturaleza de ese sujeto político al que temer explicando cuál es su supuesta peligrosidad. Una vez conseguido, en la fase tercera, una diputada fascista acude a un centro de menores no acompañados a enfrentarse al peligro, los ultras comienzan a tomar medidas políticas contra el colectivo y, por fin, han conseguido manejar un miedo primitivo en su propio beneficio. Cuando esa estrategia se hace constante y contra todos los enemigos, convirtiendo a cualquier adversario en un peligro al que temer, transformando el miedo en odio, la democracia se fractura. El historiador francés Patrick Boucheron define lo que ocurre cuando el

miedo se abre camino sin contrapesos democráticos para gestionarlo: «La república pierde pie en cuanto ya no se comprende como un equilibro pacificado entre los diferentes miedos que la dividen».

EL MORO VIOLADOR

Ahora se es masa sin ver a los otros.

PETER SLOTERJDIK

Nadie es ilegal en tierra robada. Leo la frase en una camiseta mientras paseo por Lavapiés y creo que tiene la capacidad de definir todo un mundo. La historia de la humanidad es la de la migración en busca de recursos desde que comenzamos a forjarnos como especie hasta el reparto colonial por la fuerza de los grandes imperios, desde África en el siglo XIX hasta Groenlandia en el siglo XXI. Los subsaharianos que huyen de la miseria son personas buscando recursos para sobrevivir huyendo de las consecuencias de la colonización imperialista que se imponía por la fuerza, desplazándose a terreno ajeno para robar recursos. El discurso criminalizador de las personas migrantes no es más que un relato justificativo del colonialismo que considera que los negros y las minorías solo tienen derecho a existir siendo esclavos que extraen recursos en las tierras que robamos porque merecemos vivir mejor que ellos. Un relato extractivista de ese calado que atenta contra los derechos fundamentales básicos solo es defendible apelando al miedo al diferente y dando a los depauperados autóctonos un enemigo exterior que ha ido mutando a lo largo de la historia. En los países occidentales ese enemigo es el migrante de los países

expoliados y puede variar en el tiempo hasta el punto de que los que odian y temen hayan sido no hace mucho los odiados y temidos.

En Francia en el siglo XIX el temido ha mutado. En la región francesa de Aigues-Mortes en el año 1893 los inmigrantes perseguidos, criminalizados y asesinados eran los italianos que iban a trabajar en las salinas, hasta el punto de que se produjo una masacre por el hecho de que uno de ellos mojó su camiseta para paliar el calor en el agua que consumían los trabajadores franceses. Ese colectivo perseguido cambió tras la colonización francesa en África y la migración de ciudadanos argelinos a la metrópoli, y no mucho tiempo después fueron los ciudadanos españoles, por las migraciones económicas después de la Guerra Civil. Fuimos los temidos y odiados incluso de manera interna, entre nosotros, en otros procesos históricos.

Comprender que lo único que nos aleja de ser un colectivo objeto de odio en otros momentos es el azar del contexto debería servir a las personas de buena voluntad para controlar sus pasiones más extremas si la razón operara sobre la emoción. En el año 1825 se produjo en España un flujo migratorio que provocaba protestas por la presencia de «trabajadores forasteros». En el libro *La lucha por la tierra en la crisis del antiguo régimen* del historiador Antonio Miguel Bernal se cuenta el conflicto que se vivió por las desigualdades económicas que existían en Andalucía entre la Sierra Norte, el valle o el Aljarafe y la Sierra Sur con respecto a la campiña. Estas desigualdades propiciaron un flujo migratorio constante de una zona a la otra para las labores agrícolas. La masiva llegada de trabajadores de la sierra a la campiña provocaba una consecuencia doble, la primera era que generaba competencia con los trabajadores y una merma en los salarios, porque los migrantes estaban dispuestos a trabajar por menos dinero debido a su

situación de pobreza desesperada. Esto producía que los propios empresarios acudieran a las zonas de origen de los trabajadores andaluces emigrados a buscarlos para mitigar las exigencias laborales de los empleados de su territorio.

El fenómeno se conoció porque el capitán general de Sevilla envió una comunicación a sus superiores advirtiéndoles de unos sucesos en La Algaba en los que los jornaleros locales se habían levantado contra los trabajadores cordobeses y granadinos, que desesperados por la pobreza acudían al pueblo para la siega. En los años posteriores se produjeron actos violentos contra esos trabajadores, considerados foráneos, en poblaciones como Morón. El enemigo no tiene que llegar de países exóticos, a veces es de Córdoba o Granada. A veces somos nosotros.

Un relato falso sobre la inmigración y la izquierda es que no suele afrontar el debate migratorio. Que esconde la cabeza como un avestruz y mira para otro lado por no ser capaz de proponer soluciones que no acaben abrazando las expresadas por el marco ultraderechista. Esa premisa de negación del debate es en sí misma la aceptación del marco de la extrema derecha, porque lo que evita, y hace bien con ello, es entrar en el debate a través de la proposición que acepta la migración como problema y juega en los márgenes de la solución racista a ese supuesto programa.

La izquierda siempre ha afrontado el debate migratorio desde el marco de los derechos humanos, y es aceptable entender que hay que ser más propositivo aún, pero es mentira asegurar que lo elude. Es necesario tomar la iniciativa y proponerse como alternativa para liderar un compromiso laico y republicano que de manera concreta combata la influencia del integrismo religioso. Lo contrario es ser depositarios de un falso idealismo que nos haga permeables a una tolerancia que posibilite la subyugación de la mujer musulmana de la

misma manera que se afrontaría la liberación de la mujer del marco católico. En una tribuna en *El País* expuse de manera sucinta el que creo que tiene que ser nuestro modelo de convivencia: un espacio integrador bajo un marco de respeto de los derechos humanos más elementales que no pueden ser laminados con visiones tradicionalistas sin importar la cultura que las proponga. La religión, cualquiera que sea, tiene que ser una expresión privada compatible con los derechos de todas las mujeres y tiene que ser la izquierda la que abandere ese compromiso desde los marcos feministas huyendo de la excepcionalidad islámica para no pasar la defensa de los derechos de la mujer como una causa racista.

El establecimiento de canales seguros de migración facilita que se evite la sangría de muertes en el Mediterráneo o sobre las vallas y los muros de la frontera sur, algo que bastaría para tomar esta medida sin atender cualquier otra consideración. Además, el hecho de que los migrantes puedan desplazarse sin jugarse la vida puede mitigar la alarma social que produce la entrada espectacularizada de esos miles de personas que no tienen posibilidad de hacerlo por canales seguros facilitados por los países de destino. Los migrantes que llegan en avión lo hacen seguros y no generan noticias sensacionalistas de pateras míseras en las playas españolas ni de saltos en las vallas donde se produce de manera irremisible una violencia evidente. Los racistas son los más interesados en difundir esas imágenes porque consiguen inculcar miedo en los ciudadanos autóctonos. Otra vez aparece el miedo como gasolina para capitalizar el odio.

El internamiento de esos migrantes, cuyo único delito es la huida de la miseria y de la guerra, genera entre la población civil un miedo cierto que es difícil de combatir porque en las democracias occidentales está extendida la creencia de que quien está

encarcelado o es ilegal lo es por razones serias y firmes. Poca gente piensa que alguien está ingresado en un centro de internamiento para extranjeros sin ser un peligro. Nadie cree que hay inocentes internados, pues entonces sentiría que esto es una anomalía.

La desguetificación de los barrios de población migrante mediante la mejora de las condiciones materiales de toda la clase trabajadora es una necesidad imperiosa porque no cambia la fisionomía de lo conocido por la población autóctona. No es difícil encontrar discursos racistas entre quienes tienen amigos de otra raza, excluyen a su amigo porque a él sí lo conocen. La convivencia mitiga el racismo. Esto tiene una explicación que se denomina *teoría del contacto* y que explica que la multiculturalidad en los vecindarios desdramatiza las diferencias culturales y promueve la aceptación de la diversidad integrándola en su propia comunidad. Priorizar la integración en las geografías urbanas es muy relevante porque los guetos en los barrios donde los migrantes son mayoría suelen ser a su vez los más depauperados, los más marginales, con más incidencia de la delincuencia y que provocan más rechazo.

Estos espacios suelen ser los que están peor equipados y eso, unido a que su población no suele ser activa políticamente porque la Administración le niega de forma sistemática el voto, hace que queden aislados por esos mismos dirigentes. Todas estas cualidades crean en la población autóctona una percepción de comunidad aislada por una profecía autocumplida. La necesidad de integrar los núcleos de las comunidades migrantes es imprescindible porque se consiguen cambios menos agresivos y abruptos en la fisionomía urbana impidiendo que se genere el rechazo mayoritario de la población local y se producen cambios más asumibles sin extrañamiento.

Uno de los parámetros principales que la izquierda tiene que confrontar si quiere llamarse así es el rechazo a los argumentos economicistas sobre la inmigración. No es difícil escuchar en espacios progresistas o que dicen serlo que los inmigrantes son vitales para nuestra economía, que aportan más de lo que reciben o que son necesarios para el mantenimiento de las pensiones futuras. Siendo argumentos ciertos, no pueden ser esgrimidos como elementos de finalidad política. Sobre todo, porque los usa como bumerán la extrema derecha. Argumentar que su llegada es imprescindible para coger los trabajos que la clase trabajadora autóctona rechaza les deja el camino libre para que usen el concepto marxista del *ejército industrial de reserva*, que teoriza que los empresarios quieren una masa de trabajadores para puestos precarios que les permite rebajar los salarios al tener siempre una bolsa de desempleados preparados para aceptar cualquier trabajo. La mayor grieta en los discursos de la izquierda europea es que parecen no tener responsables atendiendo y estudiando al mensaje de la extrema derecha en materia migratoria para darse cuenta de cuáles son los puntos débiles que confrontar y no alimentar sus puntos fuertes o no ser funcionales a su discurso.

Sin duda el mayor hándicap de la izquierda en el debate migratorio es no presentar un relato claro y contundente de solidaridad de clase que rechace la solución racista a la inmigración. No es una novedad para la izquierda porque uno de los textos más diáfanos sobre ese asunto nos lo dejó escrito Karl Marx en su «Carta a Sigfrid Meyer y Karl Vogt»:

> Todos los centros industriales y comerciales en Inglaterra tienen ahora una clase trabajadora dividida en dos campos enemigos, los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. El trabajador inglés medio odia al trabajador irlandés por ser un competidor que devalúa el nivel de vida. Siente que el trabajador irlandés es un miembro de la nación dominante y, por lo tanto, se convierte en la

> herramienta de sus aristócratas y capitalistas contra Irlanda, y fortalece así el dominio de aquellos sobre él mismo. Esconde prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra él [trabajador irlandés]. Su actitud hacia él se parece a la de los «blancos pobres» frente a los «negros» en los antiguos estados esclavistas de la Unión Americana. El irlandés le paga con la misma moneda. Ve en el trabajador inglés tanto un cómplice como el estúpido instrumento del dominio inglés en Irlanda. Este antagonismo se mantiene artificialmente despierto y se ve acentuado por la prensa, el púlpito, las revistas económicas, es decir, por todos los medios a disposición de la clase dominante. Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa, a pesar de su organización. Es el secreto con el que la clase capitalista mantiene su poder. Y esta última es plenamente consciente de ello.

Esa aportación, el concepto de clase, la ha expresado claramente Lea Ypi en su ensayo *Fronteras de clase*. En él aborda cómo la izquierda tiene que incluir en el debate de la inmigración la clase social como elemento troncal, ya que si bien es posible discutir desde cualquier punto de vista ideológico si la política de fronteras abiertas es un tema controvertido, lo que no puede serlo es estudiar quién debe ser admitido y quién excluido, porque determinarlo incide y genera un efecto sobre el conjunto de los inmigrantes y sobre la sociedad a la que migran. Ese filtro ya se produce en la actualidad desde los marcos reaccionarios abriendo las puertas a la inmigración blanca, con formación académica y de clase media o alta, y cerrándolas o haciendo que se jueguen la vida para conseguirlo quienes pertenecen a otra raza y son de clase obrera. Es decir, ya existe un cribado de clase para la inmigración, que además tiene la capacidad de cambiar las realidades políticas porque los poseedores de una mayor renta tienen unos posicionamientos ideológicos más derechizados.

La clase social está también en quienes sufren más las cargas de la admisión y la integración, porque la clase alta cuenta con mecanismos de elusión del conflicto cuando acude a la sanidad y la educación privadas, de modo que no tiene que competir con los

recursos, cada vez más exiguos, del estado del bienestar. Por eso es imprescindible dejar claro, como dice Ypi, que «reducir el conflicto entre inmigrantes y autóctonos a un conflicto identitario entre todos los inmigrantes y todos los autóctonos oculta la dimensión de clase de dichos conflictos». Establecer los condicionantes de clase como factor principal en los análisis sobre la inmigración ayuda a encontrar claves que expliquen los diversos posicionamientos que la izquierda y la extrema derecha encontrarán en su estrategia migratoria. La clase frente a la raza.

Los nazis utilizaron el antisemitismo europeo del siglo XIX en su beneficio alimentándolo con propaganda y mentiras bien organizadas. En España, la extrema derecha lo hace con una especificidad propia, que es el racismo antimoro. Ninguno ha inventado nada, solo usan y enardecen algo existente. El racismo contra los moros es una pulsión histórica en España entroncada en nuestro acervo cultural, ideológico e histórico que emana desde la expulsión de los moriscos y llega a las guerras contra los rifeños y Abd el-Krim como el moro diablo. En la cultura popular española se puede observar esa manera de caracterizar al moro de forma peyorativa incluso cuando se usa para denunciar su situación de marginalidad, como ocurre con el personaje de Ricote en el *Quijote*, un morisco atormentado por haber sido despojado de la nacionalidad por su fe. El moro Muza en las tradiciones del Mediterráneo español es un personaje utilizado para atemorizar a los niños y que caricaturiza a Musa ibn Nusair, el caudillo árabe del norte de África que puso las bases para la conquista de la península ibérica en el siglo VIII. El miedo se instaura con más facilidad cuando se alimenta de manera cotidiana durante siglos.

El pensamiento conspiranoico es imprescindible para nutrir el miedo al diferente porque le da un sentido político incólume al

desaliento y permite vivir siendo racista sin sentirse culpable. Esta manera de pensar está muy asociada al pensamiento masculino hegemónico de un adolescente tipo, que es seguido por una multitud de hombres reaccionarios con ese mismo proceder púber, porque les proporciona una sensación de poder por conocer algo que los demás desconocen y además les otorga la capacidad de volcar sus frustraciones sobre colectivos vulnerables que en su imaginario previo son objetivos de su odio. Estas teorías alimentan sus prejuicios dándoles la razón, les generan una sensación de poder y exclusividad y les ponen en bandeja un débil al que reprimir.

Éric Giacometti y Jacques Ravenne son dos autores que hicieron fortuna con una serie de novelas en las que vinculaban el esoterismo y el nazismo. La serie *Sol negro*, protagonizada por el héroe Tristan Marcas, tenía la finura de quien había comprendido que el pensamiento reaccionario forjado en figuras como Adolf Hitler estaba basado en lo político pero también en lo mágico y emocional, porque de otra manera sería imposible de transmitir y de ser metabolizado. El pensamiento enfermo del frustrado pintor austriaco estaba construido sin coherencia y de forma irracional plagiando pensamientos enraizados en el *völkisch* alemán para unirlos sin concierto alguno y utilizando los complejos racistas y antisemitas larvados en el siglo XIX dándoles un toque de misticismo y espiritualidad paganos. El pensamiento mágico y la fe han sido muchas veces minusvalorados a la hora de comprender los procesos de radicalización, pero esa mezcla tóxica es tremendamente efectiva y ha sido replicada en los tiempos contemporáneos. El pensamiento conspiranoide es el alimento para quien no necesita razonar.

La conspiración siempre funciona cuando hay un agente superior que controla todo y un colectivo exterior antagonista. El ejecutor del plan y el enemigo inferior al que perseguir. Lo prioritario es usar las

teorías de la conspiración para apuntar contra un grupo social hacia el que se siente desconfianza y al que se desprecia profundamente. Un enemigo identificable es muy útil para comprender de manera simple causas multifactoriales y situaciones de crisis como una pandemia o unas elecciones perdidas, con el añadido de que les permite sentirse superiores a la mayoría de la población al considerarse conocedores de una verdad superior que la masa aborregada no conoce. Estas teorías tienen el poder de atribuir a grupos sociales intenciones maquiavélicas que facilitan su demonización y, por lo tanto, legitiman cualquier acción en su contra, incluidos los actos violentos.

La teoría del gran reemplazo, también llamada *gran sustitución* o *plan Kalergi*, es una conspiración repetida durante años para dar sentido a una teoría racista contra la inmigración dirigida desde unas elites que, siendo cambiantes a lo largo de las décadas, mantienen unas características comunes. El plan Kalergi es una conspiración nazi difundida en los años setenta por el revisionista del Holocausto Gerd Honsik, hijo de la mujer de Amon Goeth, comandante del campo de concentración de Płaszów. El libro en el que se basa se titula *Adiós, Europa: el plan Kalergi, un racismo legal*. El objetivo del supuesto plan es crear una amenaza dirigida por las elites para disolver la identidad cultural, la tradición y la raza con migraciones masivas. El sujeto es intercambiable y por eso es recurrente en cada territorio y época.

El plan Kalergi es la estrategia orquestada por Richard Nikolaus Coudenhove-Kalergi, que buscaba disolver la identidad blanca entre la multiculturalidad a través de la creación del movimiento paneuropeo con el objetivo de que los judíos tomaran el poder. Los grupos de la extrema derecha han reformulado el nombre y lo llaman ahora *gran sustitución*, reelaborando el anterior *rebranding*,

que fue llamado *gran reemplazo* y que en EE. UU. recibió el nombre de *genocidio blanco*. En la actualidad el carácter antisemita del plan Kalergi ha quedado diluido para dirigirse a otro enemigo declarado, que es el islamismo y el mundo musulmán. Para los defensores de esta teoría el anteriormente denominado *movimiento paneuropeo* ahora se llama *Agenda 2030* y el mestizaje de razas ahora se denomina *basura multicultural*.

La mayor conspiración de la que emana el resto de ellas en la actualidad y que ahora se centra en la crítica a la tiranía de lo *woke* y recibe el nombre de *marxismo cultural*. Consiste en convertir el marxismo y el posestructuralismo en una mezcla amorfa que, interpretando a los teóricos de la escuela de Fráncfort, influye de manera hegemónica en la cultura mundial empapando todas las ideologías y segregando a la disidencia. Las conspiraciones no son un elemento inocuo que se queda en la demencia teórica, sino que tienen la capacidad de concretarse de manera violenta. Ante la inmigración, la idea de la disolución de la identidad blanca o de la cultura occidental es la responsable de la mayoría de los atentados de extrema derecha de los últimos años, desde Christchurch hasta Utoya.

Los antecedentes culturales de estas teorías son muy relevantes para tejer el hilo pardo que llega a nuestros días. En EE. UU. la principal rama es la llamada *teoría del genocidio blanco*, formulada por el supremacista blanco David Lane, líder de Brüder Schweigen, el grupo ario que también recibió el nombre de La Orden y que basa muchos de sus postulados en la obra de ficción del neonazi y líder del partido supremacista Alianza Nacional, William Luther Pierce. *Los diarios de Turner* cuenta una revolución violenta de supremacistas que derrocan al Gobierno federal y tiene como objetivo el extermino de todos los no blancos.

El atentado terrorista contra un edificio federal en Oklahoma City y que causó 168 muertos ejecutado por el supremacista blanco Timothy McVeigh estuvo influido por esta novela hasta el punto de emular un atentado contra las oficinas del FBI narrado en el libro. De manera paradójica, casi todas estas teorías que creen explicar la realidad nacen de argumentos copiados de novelas. La trama básica compartida por todas estas teorías nace de la ficción *El campamento de los santos*, del escritor Jean Raspail, en la que un millón de indios llega en barco a Europa para diluir la identidad nacional: «La mezcla de razas, de culturas, de ritmos de vida. La desigualdad de competencias. El fin de nuestra identidad nacional, étnica, si lo prefiere usted». Viktor Orbán impulsó esta teoría racista durante la crisis de los refugiados de 2015, acusando a las elites de Bruselas de impulsar una invasión musulmana para diluir las raíces cristianas de Hungría.

La teoría del gran reemplazo es como un fractal que opera en culturas que la sufren para dirigirlas contra otros colectivos más desfavorecidos aún, como una especie de pirámide en la que se derrama por decantación el racismo sufrido hacia abajo. La criba racista que hacen Marruecos y Túnez con los migrantes está basada en una extrapolación que los países árabes del norte de África hacen de las teorías ultras europeas con los africanos, incluyendo a los magrebíes, y basada en la teoría nazi del plan Kalergi. El líder de Túnez, el sátrapa Kais Said, cree, y cito textualmente, que «existe un plan criminal diseñado desde principios de siglo dirigido a alterar la composición demográfica de Túnez para transformarlo en un simple país africano sin vinculación con el mundo árabe e islámico».

El policía migratorio de Italia piensa de los subsaharianos lo mismo que los italianos piensan de los magrebíes. El racismo y la conspiranoia siempre son descendientes porque debajo habrá otro al

que reprimir. Muchos de los independentistas catalanes más esencialistas tienen esas mismas teorías aplicadas sobre los hispanohablantes o los musulmanes. Los llamados *colonos* son aquellos inmigrantes nacionales que durante el franquismo se mudaron a las ciudades, también a las catalanas, desde poblaciones pobres de Andalucía, Murcia, Galicia o Extremadura. El nacionalismo más ultramontano siempre consideró que esa migración interna estuvo promovida por Franco para diluir la identidad catalana. Esa misma pulsión es la que está operando en nuestros días con Aliança Catalana y el propio Junts contra la población musulmana argumentando que suponen un peligro para el idioma y la propia cultura catalana.

Esta construcción compleja se simboliza con una imagen atemorizadora que engloba todo lo anteriormente expuesto, la creación del fantasma del moro violador. Así, se muestran como defensores de las mujeres frente a lo que denominan *islamoizquierdismo* y que con su relativismo pone en peligro a las que llaman *nuestras mujeres* al alentar la llegada de hordas de moros violadores a nuestras calles.

El mundo de la conspiración es un juguete de la batalla cultural y es a través de las representaciones populares como mejor se transmite. La movilización de masas contemporánea no podría hacerse únicamente a través de los medios tradicionales y, sin menospreciar el papel de la televisión, la prensa y la radio, tiene mucha relevancia en las redes sociales y las expresiones artísticas como la música.

Esta manera de proceder ha provocado un efecto de brutalización y antiintelectualismo que engrasa la radicalización a través de la negación de la razón. Para explicarlo no he podido quitarme de la cabeza un vídeo que representa la pulsión hegemónica de las ideas

reaccionarias. El Jincho, un lumpen con ínfulas de rapero, aparece caminando fumándose un porro junto con un tipo que se pone cuñas en las axilas para que parezca que está fuerte, usa pantalones de pitillo para marcar los músculos que no tiene y hace pódcast cambiando la voz para simular que su timbre es más grave del que en verdad tiene. Una suerte inversa de la voz de la influencer filofacha RoRo.

El Jincho y esa filosofía de Hacendado representan las bases culturales del antiintelectualismo de la extrema derecha contemporánea. Argentina y España sirven para entender los ecosistemas donde medir la degeneración de la cultura de la derecha, estableciendo un puente aéreo del antiintelectualismo medido a partir de memes y a seudointelectuales que basan su ideario en la provocación tosca y la burla del diferente. El Doctor Love es un rapero argentino, hincha de San Lorenzo, que vino a Barcelona a dar un concierto. Su aspecto es el que en Argentina sufre racismo porteño: se le considera un negro porque tiene rasgos indígenas, pero eso no le impide replicar los comportamientos racistas de otros desde postulados próximas a la idiocia. El rapero fue entrevistado en un canal de *streaming* de Buenos Aires cuando volvió de España y se le preguntó por un meme racista contra los árabes, porque el rapero consideró que había muchos inmigrantes que habían cambiado la fisionomía que él consideraba culturalmente más propicia. El rapero sintió la necesidad de establecer una teoría racista por la cual Pedro Sánchez usaba a los árabes como electores cautivos del mismo modo que Cristina Fernández de Kirchner usaba a La Cámpora (las juventudes peronistas) en Argentina.

El carácter hegemónico de la reacción se explica viendo como un tipo que no conoce nada de España lo primero que hacer al pisar el país es reproducir los clichés racistas contra la inmigración

musulmana que ve en bucle en sus redes sociales. La frustración para intentar rebatir una salvajada acrítica, alejada de la razón, completamente ridícula y que abraza la ignorancia, se torna inabarcable. No hay manera de afrontar desde la razón semejante gilipollez. Es necesario saber que no se puede confrontar la estulticia con la razón. No funciona. Solo hay que comprenderlo para conocerlo y buscar formas imaginativas de batallar.

El mundo cultural de la derecha que permite el engrasamiento definitivo de la cultura fascista se da en personajes del mismo espectro ideológico, que con un amplio espectro intelectual que sirve a lo mismo con diferentes formas, de lo más subterráneo como Vito Quiles a lo más elevado para su comprensión como Juan Soto Ivars en España o Agustín Laje y el Gordo Dan en Argentina, buscan ganarse el favor de lo que consideran el lumpen fascista y que les permita capitalizar el odio.

La estrategia del *rage bait* («enganchar por el odio») les da de comer diciendo y haciendo las mayores barbaridades —crean o no en ellas— con el simple objetivo de convertirse en referentes de una tropa de incels inadaptados con el reto aspiracional de vivir de la misma manera. Uno de los personajes que mejor ejemplifica el abrazo a la brutalización intelectual es Iker Jiménez, que junto con su mujer Carmen Porter abandonaron los fantasmas, las pareidolias, las serendipias y la ufología para abrazarse al misticismo facha que tanta tradición ha tenido a lo largo de la historia en el mundo ultra. La pandemia fue el elemento galvanizador de ese abrazo a una radicalización latente que siempre habitó en sus programas de manera sibilina y ha convertido su labor en un ejercicio de conspiración y espectacularización de las ideas fascistas al modo del influencer turbofascista Alex Jones en EE. UU.

Este modo de proceder y actuar tiene mucho que ver con el neologismo *petromasculinismo*, término que acuñó la profesora Cara Daggett para explicar cómo la construcción de la masculinidad a lomos de las máquinas en Occidente ha servido como pilar de la generación de modelos autoritarios que buscan perpetuar la hegemonía masculina y blanca sobre los recursos del planeta, con el consumo de combustibles fósiles como clave de bóveda. Esta descripción se entiende más fácilmente cuando se piensa en la masculinidad tóxica que cree que su coche con motor de combustión es una compensación libidinal. Cuanto más grande es el coche y más ruido hace, más complejos con su potencia sexual tiene su conductor. Son los lambos de los criptobros. Los coches tuneados de los canis de los noventa. Los BMW enormes de los brókers que no ponen los intermitentes en las rotondas y ocupan los dos carriles. Los ejemplos son innumerables.

Este petromasculinismo es un diálogo nostálgico entre la ansiedad de género de muchos hombres y su ansiedad climática por la pérdida de todos los asideros masculinos hegemónicos que el progreso va superando. Esta manera de pensar busca el dominio, la potencia, la virilidad, la independencia y la soberanía donde lo fósil funciona como un dispositivo compensatorio que sirve de refugio ante la pérdida de los valores masculinos asociados al patriarcado. En España no es casualidad que el paradigma de esa manera de pensar se desarrolle en un foro ultra llamado Forocoches, que mutó desde la socialización masculina en torno al mundo del motor hacia el aceleracionismo ultra.

DOPAMINA FACHA

La propaganda fascista solamente tiene
que reproducir para sus propios propósitos
la mentalidad existente.

THEODOR W. ADORNO

No puede entenderse la aceleración turbofascista de nuestro tiempo sin atender a la importancia del entorno digital y a la influencia en el retraso cognitivo de las redes sociales a la hora de politizar desde la conciencia crítica y la ausencia de moralidad. El historiador Morris Berman apuntó a la importancia de la naturaleza de la tecnología e internet para la erradicación de la empatía. El funcionamiento de las redes sociales está caracterizado por una velocidad que favorece la distracción y la preeminencia de la novedad, lo que facilita que los procesos emocionales profundos como la empatía o la compasión, cuyo aprendizaje y construcción son lentos, se vean perjudicados por las dinámicas que favorece el entorno digital. Para Berman, el papel de las redes sociales en la destrucción de la capacidad del ser humano para ponerse en el lugar de otros es directo y explica nuestro tiempo.

Es difícil comprender el proceso de radicalización y aceleración de los jóvenes sin atender al consumo masivo de las redes sociales y sin tener en cuenta a quienes están detrás de esas corporaciones buscando obtener beneficio de sus miedos e ira. Las emociones son

un generador de capital económico y político que las nuevas tecnologías han utilizado en su propio interés. Si el algoritmo enseña a los chavales mierda fascista es porque sus dueños son fascistas esparciendo mierda.

En la toma de posesión de Donald Trump la primera fila de asientos no fue ocupada por los cargos políticos que el presidente iba a nombrar en su Gobierno, sino por los jerarcas de las redes sociales. Uno que no estaba, pero que es más importante que todos ellos en la concepción ideológica antidemocrática de la libertad que se tiene en Silicon Valley, es Peter Thiel, presidente de Palantir Technologies y cofundador de PayPal junto a Elon Musk. Las industrias Palantir están integradas en lugares que ni siquiera somos capaces de comprender. Peter Thiel es miembro del Partido Republicano y ha sido el gran valedor para que J. D. Vance sea el vicepresidente de EE. UU. Su ascendiente alcanza cotas mucho más ambiciosas que influir en quien presida el país porque aspira a que no haya nadie a quien elegir.

Los jerarcas de las redes sociales y Silicon Valley buscan con esta forma de pensamiento trascender la democracia. Peter Thiel fue quien expresó con mayor claridad cómo ven incompatible su concepción de la libertad, que consideran más elevada, con la democracia parlamentaria. En un artículo publicado por el empresario en 2009 en el Cato Institute marcó las ideas clave del pensamiento de los grandes empresarios digitales. Thiel no se escondía a la hora de expresarlo:

> Me opongo a los impuestos confiscatorios, a los colectivos totalitarios y a la ideología de la inevitabilidad de la muerte de cada individuo. Por todas estas razones, todavía me llamo *libertario*. Pero debo confesar que en las últimas dos décadas he cambiado radicalmente en la cuestión de cómo alcanzar estos objetivos. Lo más importante es que ya no creo que la libertad y la democracia sean compatibles.

La decepción de Peter Thiel con la democracia estaba sustanciada en la firme creencia de que había varios colectivos que eran incompatibles con las ideas que él denominaba *libertarias* y que son la esencia económica del fascismo contemporáneo, que eran los de los beneficiarios de asistencia social y las mujeres. Para Thiel el hecho de que estos colectivos tuvieran derecho a voto convertía el concepto de democracia capitalista en un oxímoron. Las mujeres siempre aparecen como dique de contención u obstáculo insalvable; de hecho, tras la victoria de Zohran Mamdani en las elecciones a la alcaldía de Nueva York, donde el porcentaje de voto de las mujeres jóvenes al candidato demócrata fue superior al 80 %, surgió el movimiento reaccionario Repeal the 19th, que pide en redes sociales que las mujeres no puedan votar y se derogue la Decimonovena Enmienda de la Constitución que lo permite. La huida de la democracia que Peter Thiel planteaba en su artículo se circunscribía a los procesos de escape de los milmillonarios basados en la colonización del ciberespacio, el espacio exterior o las colonias en los océanos en aguas internacionales que proponía Patri Friedman y que consistía en establecer comunas libres de la opresión de los Estados. En el año 2025 Peter Thiel dejó de creer en esa utopía cibernética para ser más realista y centrarse en la pulsión autoritaria que el hombre siempre ha conocido y abrazar la Ilustración oscura.

El concepto ideológico que los grandes jerarcas de las redes sociales tienen y que los progresistas llamaríamos *fascismo,* pero que ellos ridiculizan como *F mayúscula* (el supuesto nombre con el que le calificamos los progresistas), está basado en las ideas del filósofo Nick Land y del bloguero Curtis Yarvis y recibe el nombre de *Ilustración oscura* o *movimiento neorreaccionario* (NRx). La estructura de gobierno propuesta por Yarvis y desarrollada teóricamente por Nick Land se denomina *neocameralismo* y consiste

en que una empresa sea propietaria del país y que se gestione con acciones y un CEO que lo dirija. Para los neorreaccionarios la democracia y su versión progresista son incompatibles con la libertad porque suponen un aumento de la expansión del Estado y su régimen coercitivo e impositivo. Para Nick Land no cabe duda de que el triunfo en las elecciones es, sobre todo, una compra de votos, ya que quienes tienen la capacidad para lograr el poder son los que poseen mayor fortaleza económica con la capitalización de los medios de información, comunicación y educación, y defiende que se soborna al electorado con la compra de sus voluntades de manera indirecta.

El diagnóstico de los neorreaccionarios se basa en asumir que un político que reduce el gasto (un político ahorrador) es un político ineficiente en términos electorales que será tarde o temprano eliminado de la carrera. No hay incentivos para no gastar y comprar el favor de los electores. El aumento del gasto del Estado es de manera irrebatible el factor que favorece la pervivencia del político en el poder. Nick Land asume que la izquierda, que es defensora del aumento del gasto social, aplaude esta realidad y que la derecha acepta a pesar de que dice estar en contra. Por eso, según él, la democracia nunca podrá ser compatible con las ideas libertarias, que ya han optado por la vía antidemocrática, lo que ellos llaman *salida*.

Los neorreaccionarios no creen en la democracia, y no porque piensen que no tiene solución, sino porque es en sí misma el problema que les impide llevar a cabo sus ideas. La lógica del pensamiento de la Ilustración oscura no carece de racionalidad se podría decir que es de una lógica aplastante para sus planteamientos. Nick Land lo expresa así:

> Los agentes políticos investidos de autoridad transitoria por los sistemas democráticos multipartidistas tienen un incentivo abrumador (y demostrablemente irresistible) para saquear la sociedad con la mayor rapidez y

> amplitud posibles. Todo lo que no roben —o dejen sobre la mesa— es probable que lo hereden los sucesores políticos, que no solo son ajenos, sino realmente opuestos, y de los que, por tanto, no cabe esperar que utilicen todos los recursos disponibles en detrimento de sus enemigos. Lo que se deja atrás se convierte en un arma en manos del enemigo, Lo mejor, pues, es destruir lo que no se puede robar. Desde la perspectiva de un político demócrata, cualquier tipo de bien social que no sea directamente apropiable ni atribuible a su (propia) política partidista es puro despilfarro y no cuenta para nada, mientras que incluso la mayor desgracia social, siempre que pueda asignarse a una administración anterior o posponerse hasta una posterior, figura en sus cálculos racionales como una bendición evidente.

Esta es una lógica filosófica irreprochable para quien no cree en el Estado ni en el gasto social y considera que no hay moral en la política. El paso siguiente es salirse de la democracia y, como de forma individual aún no es posible, han buscado la manera colectiva que todos conocemos a lo largo de la historia y que para el capitalismo tiene la «F» capital como nombre en referencia al fascismo. No es casualidad que Elon Musk y Peter Thiel compartan un pensamiento filosófico secesionista del sufragio y ahora hayan concluido que la mejor manera de conseguir sus objetivos sea apoyar una opción política que les permita, a ellos, hacer lo que quieran sin atender a las reglas democráticas.

Los plutócratas tecnológicos quieren prescindir del Estado pero saben que es el único capaz de invertir, apoyar y dar vía libre a la legislación que necesitan para llevar a cabo sus proyectos a largo plazo. Elon Musk quiere crear una colonia en Marte y Peter Thiel quiere vía libre para que la inteligencia artificial esté libre de toda legislación y se prometan las inversiones a largo plazo que precisa para lograr sus objetivos y convertir a Palantir Gotham en el Gran Hermano que tanto dicen temer, pero que en realidad solo ansían controlar. Este tipo de visión tecnocrática es incompatible con la democracia porque requiere un compromiso a largo plazo de

inversiones y una legislación que no puede ser asegurada con la alternancia de gobiernos e ideologías con propuestas diferentes.

La alternativa al sistema democrático para los neorreaccionarios es lo que Curtis Yarvis denomina *curarlo de democracia*. El modelo que buscan replicar con Donald Trump en EE. UU. es el mismo que existe en países como Hong Kong, Singapur o Dubái, que son Estados sin democracia con la capacidad de ofrecer unos servicios muy altos a los ciudadanos, porque establecen una casta de privilegiados a los que servir con la nulidad de derechos de un ejército de trabajadores y habitantes de segunda categoría. Los neorreaccionarios los consideran ideales para sus intereses porque son países con un alto nivel de libertad económica y con escasez de libertad política, que es la que consideran prescindible si el Gobierno es «estable y eficaz».

Una vez comprendido el marco mental e ideológico de los jerarcas de las multinacionales de las redes sociales, es fácil entender cuáles son las prioridades para las empresas lideradas por personajes como Elon Musk, Mark Zuckerberg y Peter Thiel y la voracidad cognitiva que tienen en la mente de los más jóvenes para erosionar las democracias a través de las emociones. Para ser conscientes de hasta qué punto las grandes tecnológicas de las redes sociales tienen poder para influir en la mente adolescente, y no solo eso, de las maneras más imaginativas y a la vez despreciables es preciso conocer el concepto de «segmentación emocional» que la exdirectiva de Facebook Sarah Wynn-Williams cuenta en su libro *Los irresponsables*. Este proceso tecnológico se descubrió a través de una filtración en el año 2017 en la que se conoció que la compañía estaba ofreciendo a sus anunciantes la posibilidad de dirigir publicidad segmentada a adolescentes de entre trece y diecisiete años en todas sus redes, sobre todo en Instagram, en sus momentos de mayor vulnerabilidad psicológica. El documento

expresaba el potencial publicitario que tenía lanzarles publicidad específica cuando se sienten «inseguros, estresados, derrotados, ansiosos, tontos, inútiles o fracasados». Pero sobre todo, y con un potencial de crecimiento enorme, era un excelente objetivo para las empresas de belleza, al aprovechar los momentos en los que las adolescentes se sienten preocupadas por su cuerpo o piensan en adelgazar o comprar productos cosméticos. El sistema consiste en monitorizar interacciones, conversaciones privadas con amigos, las fotografías y los comentarios y buscar vulnerabilidades emocionales que aprovechar para mandar publicidad dirigida a sus preocupaciones.

Uno de los procesos más distópicos es el proyecto enviado a un anunciante de productos de belleza para ofrecerle la posibilidad de enviar su publicidad a chicas adolescentes en el instante en el que borran un selfi, porque se concluye que si lo hacen es porque no se ven guapas y son más vulnerables, de modo que es más fácil poder convencerlas con publicidad intrusiva de productos de adelgazamiento o maquillaje. Esta es la tecnología y moral que Meta tenía en 2017 y que hemos podido conocer por filtraciones; es difícil calibrar cuáles serán los métodos y capacitación que tendrán con los avances que se han producido en la última década. Esa capacidad de influencia en lo emocional entre los jóvenes es ampliable a lo político cuando los capos de las multinacionales de las redes sociales ya han dejado explícito que quieren actuar sobre los contenidos para influir políticamente en los comicios, los países y las voluntades de los electores.

Las redes sociales son demoledoras para la salud mental y la capacidad crítica. Cualquiera que haya tenido un mínimo de exposición pública sabe que la estimulación de dopamina que se promueve con el halago tiene un poder adictivo tan lesivo como la

lesión a la autoestima que provocan el insulto y el desprecio, tan habituales en el debate público. No hay interacción masiva de likes, desprecios y estímulos gestionados con las horas de consumo de estas herramientas que no tenga la capacidad para perturbar la emocionalidad de la persona. El capital considera que la mejor manera de monetizarlo es la destrucción del individuo y la radicalización de los hombres jóvenes y tiene la herramienta más poderosa de la historia de la humanidad para hacerlo.

SCHADENFREUDE

En esta economía libidinal que es, sin duda,
la última treta del capitalismo liberal más
descarado, a la gente le basta con sentir algo
para persuadirse de que tiene razón.

PATRICK BOUCHERON

Una clase de adolescentes en un instituto del sur de Madrid atiende a las explicaciones de una profesora de Lengua. La docente está explicando los tipos de adjetivos, que pueden ser calificativos o relacionales. Los primeros describen una cualidad y se pueden graduar (por ejemplo, hermoso), mientras que los relacionales suelen derivar de un nombre, no indican cualidades y no admiten gradación, sino que señalan a qué clase o grupo pertenece el nombre (por ejemplo, gramatical). Un chico levanta la mano y pregunta de qué clase son las nacionalidades y la profesora explica que son relacionales porque indican pertenencia y no se pueden graduar. El chaval insiste en que sí que pueden graduarse, porque él se siente «muy español». La profesora le dice que, al margen de sus sentimientos, eso es agramatical e incumple las normas lingüísticas del idioma de su país. Él es español y no lo es más que nadie porque serlo solo significa que tiene la nacionalidad española. Entonces el chaval se enfurruña y se pica porque él quiere ser más español que los inmigrantes o los descendientes de migrantes que tienen la

nacionalidad española. No acepta la realidad, no entiende que él no pueda ser más español que los demás porque su sentimiento es mayor, seguro, que el de muchos de sus compañeros de clase. Se enfada, se frustra, se golpea con la realidad, no la acepta, no atiende a los hechos. Él es muy español y mucho español. Pero no puede serlo. Su profesora le niega con la realidad, con la verdad, con el conocimiento profundo de esa lengua que él dice defender que él es tan español como Mohamed. Aflora entonces el resentimiento.

El mal de nuestro tiempo es que la construcción social se ha elaborado como si fuera la psique de un varón adolescente promedio con problemas para canalizar su frustración. El resentimiento es la emoción política que explica cada evento, comportamiento o reacción tratada desde la primera página. Max Scheler escribió durante la Primera Guerra Mundial el ensayo *El resentimiento en la moral*, en el que desarrollaba el peso de ese sentimiento en el devenir social y político del momento. Su breve definición sirve para el nuevo siglo: «La experiencia y la rumia de cierta reacción afectiva dirigida contra otro, sentimiento que se profundiza y penetra poco a poco en el corazón».

Es fácil encontrar en uno mismo momentos en la vida en los que hemos abrazado esa manera de sentir, no importa que sea en las relaciones de amistad, amor, personales o políticas. Todos podemos entender fácilmente cómo nos cambia el resentimiento y enrocarnos en una emocionalidad que nos carcome pensando en el mal ajeno y en esa sensación de injusticia porque los hechos no hayan ocurrido como creemos que debían haber sucedido. El resentimiento es una emoción triste con la que todas las personas hemos lidiado alguna vez y que en ocasiones es muestra de regocijo y autoconmiseración. Es una sensación que nos otorga un objetivo, un evento superador,

una especie de certidumbre vital en la que todo toma sentido. Nuestra desgracia y la felicidad de quien odiamos se concretan cuando nos obsesionamos porque aúna la sensación de injusticia por nuestra situación y la posibilidad, real o imaginada, de venganza contra el supuesto causante de la desdicha. Nos permite vivir en cierta paz con nuestro dolor sin amargarnos con el proceder propio. El resentimiento es un bucle que otorga sentido a nuestra existencia y que cuando adquiere carácter político es más poderoso que los valores superiores que anidan en toda ideología, porque hasta la más putrefacta de ellas tiene ideas nobles.

Esos valores, independientemente de los que sean, dejan de ser una prioridad cuando rumiamos el resentimiento, porque este tiene la capacidad de tejer opacidad sobre la capacidad de juicio y razonamiento. El resentimiento es la niebla mental del pensamiento político, lo opaca hasta construir una visión túnel que solo permite avistar el objeto de la venganza sin nada periférico que no haga dudar. Es como el hongo que entra en la fruta y acaba por infectarla en poco tiempo de manera letal.

El resentimiento es como el *delirium tremens* del borracho, porque su emoción es cierta, el embriagamiento se produce, no es una fantasía. Ocurre porque hay un hecho fisiológico que lo provoca pero que tiene la capacidad de distorsionar las imágenes. Es una fiebre ideológica, que calienta las meninges hasta hacer que el armario que está a los pies de la cama adquiera formas grotescas e impida observar nada más de nuestro entorno. El resentimiento está en el sujeto que padece esa infección, que ha sido intoxicada y es ciertamente una víctima del sistema político; lo es como otras tantas, quizá en menor medida que otras muchas, pero lo es. El sistema puede provocar ese dolor, pero en ningún caso es responsable de hacer creer al que odia que es el más afectado por

ese sistema. Se puede ser víctima en ocasiones del sistema que nos oprime, pero cuando se conforma una identidad esencialista en torno a esa etiqueta y uno cree que es el único perjudicado entra en la dinámica del resentimiento político que conduce a la radicalización excluyente y a la fascistización del pensamiento.

Por eso es relevante dejar constancia de que el resentido lo es por decisión propia, elige serlo y quiere serlo porque es más cómodo enfrentar los problemas desde el odio a la alteridad que desde la búsqueda de la empatía. Verlos desde el privilegio. Al mirar alrededor es fácil ver a personas, grupos o minorías mucho más perjudicados que uno mismo, pero abrazar el resentimiento es una elección consciente utilizada como recurso fácil para convertirse en la víctima perfecta que debe ser protegida y favorecida.

El victimismo es la esencia de nuestro tiempo, la ideología mayoritaria, el asidero de los políticos sin talento y de la gente con ganas de no cumplir con sus responsabilidades. Lo vemos en todos los lugares y casos de la vida pública, todos queremos ser víctimas de algo porque nos proporciona placer y un capital social que nos hace incriticables. Una víctima tiene siempre razón, a una víctima no se la puede criticar porque se infiere daño sobre el daño causado. Una víctima es el tótem intocable de una sociedad moralista en la que siempre, pase lo que pase, se usa como elemento de confrontación con el que terminar cualquier debate. Diga lo que diga una víctima, se acepta sin confrontarlo y callamos. Daniele Giglioli en su *Crítica de la víctima* expresa lo siguiente: «La herida más profunda causada por la victimización es precisamente esta: que acabamos afrontando la vida no como sujetos éticos activos, sino solo como víctimas pasivas, y la protesta política degenera entonces en un lloriqueo de autoconmiseración».

El victimismo es una estrategia ganadora para las elites porque anula el conflicto de manera definitiva y lo cercena para blindarse ante la asunción de responsabilidades. No es necesario hacer un listado de todos los dirigentes de cualquier época que han acudido al próspero negocio de hacerse la víctima para extender una cortina de humo sobre sus errores o incapacidad para gobernar. Daniele Giglioli apunta que:

> [...] la mitología victimista señaliza constantemente su presencia: los demás, no yo. Pero siempre hay alguien responsable. No un destino ciego e inescrutable, no el capricho de los astros o de los dioses, no la inocencia del devenir o los algoritmos adéspotos de la economía, sino sujetos históricos precisos, individuables, que responden con nombre y apellidos, clase y condición, ideología y comportamientos. Si las cosas son como son, es porque alguien ha hecho algo.

El placer de vengarse es el único que puede sacar aquel que sabe que sus ideas jamás van a realizarse en su totalidad, que sabe que seguirá sufriendo, que su vida no va a cambiar, que su incertidumbre no se curará. Es entonces cuando entra en acción el sadismo en la política. Susan Faludi recoge una cita en *Backlash* de uno de los miembros fundadores del Comité Electoral Conservador de EE. UU.: «Debemos demostrar nuestra capacidad para vengarnos de quienes están contra nosotros».

En la misma línea Timothy Snyder, en *El camino hacia la no libertad*, define el concepto de *sadopopulismo*, que considero importante extender hasta la sadopolítica: «A algunos estadounidenses se les puede persuadir para que tengan unas vidas más cortas y peores siempre que tengan la impresión, acertada o no, de que los negros (o tal vez los inmigrantes, o los musulmanes) van a sufrir aún más». Cualquiera que lea esta breve descripción podrá encontrar en su entorno a alguien que ha abrazado esta forma

de pensar, en la que hay más preocupación por el daño a quienes odian que por su propio bienestar.

La izquierda puede ser muy *cuñada*, de hecho lo es tantas veces o más como la derecha, y una de las frases en las que lo ejemplifica es la manida «no hay nada más tonto que un obrero de derechas», porque no se puede ser más reduccionista e inane como para no saber analizar que en ocasiones late una pulsión emocional natural. No cabe duda de que a veces puede resultar difícil comprender cómo alguien de clase trabajadora puede votar en contra de sus intereses materiales, pero suele pasar cuando no se atiende a la consideración de que en la mayoría de las ocasiones se vota por cuestiones culturales y emocionales que llevan a priorizarlas ante cualquier pérdida material, que se considera asumible por ganancias de otro tipo.

Una parte importante de la población de clase trabajadora con escasos recursos y dependiente de un estado del bienestar fuerte y consolidado puede votar a quien promete eliminar servicios públicos y reducir los impuestos a las rentas más altas haciendo que los ricos sean todavía más ricos. Tiene incluso una explicación lógica. La desesperanza y el convencimiento de que la situación personal no ha mejorado con ninguna opción política y no lo hará lleva a dar el apoyo a quien gestiona el dolor de manera más eficiente dirigiéndolo de forma más intensa y sádica hacia quienes consideran sus enemigos.

El escritor irlandés Fintan O'Toole lo explicó en *Un fracaso heroico: el Brexit y la política del dolor* usando el ejemplo de la población de Cornualles, que votó de manera mayoritaria a favor de la salida de la Unión Europea. En la región británica viven medio millón de británicos, en su mayoría conservadores. Entre el año 2007 y 2013 recibieron seiscientos cincuenta millones de euros en subsidios

comunitarios y en los siguientes años hasta 2020 acabaron recibiendo otros seiscientos millones más de las instituciones europeas. Aterrizando los números en el suelo eso significa que recibieron al menos mil doscientos euros per cápita, lo que supera en un 65 % la media recibida por el resto de los ciudadanos del Reino Unido al tratarse de una zona con poco desarrollo a la que se mandan muchos fondos para mejorarlo. A pesar de ser la región más favorecida por los fondos europeos, el 57 % de los habitantes de Cornualles votó por abandonar la UE. No existe una lógica racional más allá del sadismo político de sentirse superior a un enemigo declarado y dañar a quienes se considera responsables de su situación depauperada y el malestar emocional. Se trata, en definitiva, de exacerbar una política de agravio exagerado para poder capitalizarlo políticamente dirigiéndose a colectivos privilegiados otorgándoles el favor de victimizarse y así proporcionarles una salida sencilla a cualquier problema, aunque no exista ninguna posibilidad de combatirlo y solucionarlo.

A veces la radicalización del mundo nuevo se explica de manera sencilla desde una emoción negativa humana como la envidia o el resentimiento. Los alemanes tienen un concepto específico, *schadenfraude*, que no es más que el placer que se siente al asistir al dolor de un enemigo o alguien a quien se odia. La política del resentimiento está canalizando nuestro tiempo como hizo con muchos momentos de la historia, pero no tenemos que desesperar, porque el resentimiento es un elemento movilizador potente que la humanidad también ha usado para protestar contra las desigualdades.

Puede haber una forma de parar todo proceso de radicalización y empieza por aprender a mirar dentro de uno mismo. En estos tiempos en los que la salud mental se ha puesto en primera línea y

la terapia ha dejado de ser la confesión de un estigma es más sencillo hacer introspección y encontrar momentos en los que se ha usado el resentimiento para progresar, encontrar justicia y hacer que nazca un ser nuevo y reconstituido. La conciencia de que el resentimiento puede ser utilizado en el buen sentido contra aquellos que provocan dolor de forma injusta ayuda a no sucumbir en la desesperanza.

No será rápido. No será pronto cuando la deriva de radicalización se detenga. Justo antes de entregar este libro se produjo un suceso que definía y certificaba la violencia del hombre emasculado que da sentido a toda la teoría de este texto y que nos presenta los espacios de poder institucional fascistizado que esa brutalidad patriarcal está copando. Todo lo que he intentado explicar en estas páginas sucedió en un segundo en Minnesota cuando una mujer dentro un coche lleno de peluches decía a un simpatizante de los Proud Boys con placa del ICE y la cara tapada «Está bien, no estoy enfadada contigo» y acabó con un tiro en la cabeza y los sesos sobre el airbag mientras el asesino le espetaba «Puta zorra». En esos instantes está todo. Una representación brutal y fugaz del masculinismo acomplejado actuando con extrema crueldad ante una mujer indefensa que muestra dignidad y no se pliega ante el abuso de una autoridad emasculada. Los planteamientos de hegemonía machista basados en la socialización tóxica masculina que la extrema derecha ha legitimado son la clave de bóveda del momento reaccionario. Analizar desde la perspectiva masculinista el proceso de radicalización ultra de nuestro tiempo sirve para todos esos procesos enraizados en el fenómeno global que se dan de manera particular. La ejecución de esa madre de tres niños rodeada de peluches que intenta calmar a un agente violento y acaba con un

tiro en la cabeza es un fractal de todo lo que está ocurriendo en el mundo.

La escritora Rita Segato tiene una manera de combatir este *momentum* reaccionario. Simple, lento, didáctico y extenuante: demostrar a los hombres que expresar la potencia por medio de la violencia es una señal de debilidad. El mayor acto de resistencia antifascista es usar estas palabras como método de acción política, integrarlas en nuestra vida cotidiana y construir trincheras colectivas mientras esperamos que pase la tormenta. Porque pasará.

CODA DE SITUACIÓN

Quiero hacer una apreciación final que ayude a comprender mucho de lo que he escrito. No es posible hablar de la capacidad de las emociones para conformar la radicalización a través de nuestra presencia política y nuestra manera de ver el mundo sin desnudarme de manera emocional para que se pueda valorar, contextualizar, excusar y comprender cuál es el punto de partida y la situación mental de quien escribe este libro. Este ensayo intenta comprender el proceso de fascistización social a través de las emociones y no es posible hacéroslo entender sin que seáis partícipes de la devastación psicológica por el acoso fascista al que llevo sometido más de una década y la fase final de demolición que estoy seguro de que habrá opacado, o puede que iluminado, ya lo decidiréis vosotros, la manera en la que he abordado cómo las emociones han generado un proceso de reacción política en nuestra sociedad.

A la hora de escribir estas líneas llevo más de un año con depresión y en tratamiento farmacológico y psicológico. Ya no me da miedo admitirlo y creo que es el momento, y sobre todo el lugar, para soltarlo y puede que incluso ayude a quien se encuentre en una situación parecida. La exposición pública es devastadora. Y ha podido conmigo. Un buldócer que asola la autoestima hasta dejarla irreconocible. La continua valoración exterior de todo lo que uno hace, sea verdad o mentira, la mayoría de las veces con la única intención de destruir, no hay ego que la soporte. El constante bombardeo de insultos, amenazas, agresiones y todo tipo de

violencia verbal, política, emocional y personal acaba afectando a las corazas que cada uno intenta construir para soportar el aberrante e indiscriminado ataque. Según mi psicóloga mi coraza llevaba más de cuarenta años impidiendo que las emociones afloraran. Eso es tener la lágrima esclerotizada, un fósil en un estrato muy profundo que necesita ser liberado y expresarse en todo su esplendor.

La exposición pública implica que no hay insulto y descalificación que no se puedan sufrir. La mayoría se escurrirán como el agua en la pluma de los patos, pero un ataque por saturación lleva a que haya algún día en que las defensas colapsen o consigan tocar la tecla que hace quebrarse. Conmigo lo consiguieron, no me avergüenzo de haber hincado la rodilla a pesar de que decir eso es una muestra de vulnerabilidad que en la socialización masculina es una evidencia de debilidad que nos han enseñado a ocultar.

La doctora me dijo que debería cogerme la baja justo cuando se supone que tenía que comenzar a escribir este libro y, a pesar de que las personas con las que trabajo han sido verdaderamente ejemplares, mis empleadores en La Sexta y mi editor los que más, un autónomo como yo no tiene posibilidad de baja y es una de las últimas opciones a las que acogerme. La desesperada. La que marca el cuerpo y la mente y no deja opción a la elección. Al final lo único que he podido hacer es intentar manejar con tacto un trabajo que lleva implícito aquello que me provoca el mal. No es fácil. Porque además los que quieren destruirme van a usar cualquier debilidad para hacer más daño. Así que toca subsistir con 150 mg de sertralina, Lexatin a discreción, café para poder trabajar, crossfit para elevar la serotonina y la autoestima, terapia para poder llorar sin ser juzgado y una familia que al menos me soporte en un momento en el que soy un despojo que solo siente autocompasión y genera problemas.

La burla y el desprecio es algo que he aprendido a manejar mientras coqueteaba con la autolisis o el destierro voluntario. En este tiempo he perdido dieciocho kilos, pero sigo siendo un gordo para todos aquellos que lo llevan usando una década como insulto. Cuando la realidad los supera soy un sidoso por estar tan delgado o un cocainómano que no sabe parar. Siempre habrá un insulto que busque romperme. Algo que he aprendido es que un gordo nunca deja de ser un gordo aunque ya haya dejado de serlo. Por eso no tengo pensado ponerme pelo, llevaré mi calvicie de la mejor manera porque estoy seguro de que seguiría siendo calvo tras pagar tres mil euros en un injerto y prefiero usar ese dinero llevando mi calva a un viaje a Buenos Aires. No son los insultos sobre mi aspecto físico los que tienen la capacidad de hacerme daño, por suerte no me gano la vida con mi imagen, porque entonces menudo desastre.

El peor de los dolores ha sido ver a quienes han querido mezclarme con asuntos turbios usando causas nobles en las que creo solo porque consideraban que era la única manera de apartarme después de usar todas las estrategias de acoso y derribo posibles. Una vez más, he podido defenderme porque tengo la capacidad económica para hacerlo, pero me ha tumbado emocionalmente la inquina de gente que no duda en usar acusaciones falsas con tal de destruir la vida de quien simplemente no le cae bien, por tener un poco de atención digital o para pasar cuentas pendientes por no haberse plegado a las órdenes de un capo. Mi concepción de la vida me impide entender la maldad por la maldad. Los intentos por destruir a alguien a quien no se conoce, sin atender a sus emociones, su vida, sus seres queridos, sus amigos, aquello que hace humano a cualquier avatar que uno cree conocer a través de las pantallas de televisión o del móvil.

No es posible construir una sociedad sana mediante una opinión pública construida a través de la destrucción personal de todo aquel que no cae bien, no dice lo que a uno le conviene o tiene un punto de vista diferente de la vida. Se puede derribar un peón, pero no se habrá cambiado la sociedad una mierda. O quizá sí, un poco, pero para mal. No hablo de esos fascistas que tienen la eliminación del contrincante como ideario, hablo de todos aquellos que comparten ideas similares pero son capaces de cualquier vesania con tal de acaparar un poco más de capital simbólico. No penséis en los que tenemos altavoz y medios para defendernos de esos ataques, estos son solo gente que puede decir lo que les afecta, pero no se arredran por mucho que les duela y les cueste. Pensad en todas esas personas igualmente vulnerables que sufren lo mismo y nunca levantarán la voz y acabarán sepultadas por esas tribus identitarias que tienen como único objetivo eliminar a cualquiera que un líder marca como enemigo a batir.

La empatía es un bien cada vez más escaso pero que en la ideología de la izquierda va irremediablemente unida a la ternura y que hay que recuperar. La solidaridad con el otro, la ayuda mutua y la cooperación, aunque a veces olvidamos todos esos valores para intentar protegernos de las herramientas de acoso ultra actuando con la misma saña contra quienes con nuestros mismos valores tienen diferente forma de expresarlos o defenderlos. No penséis que son mejores personas por defender sus ideas usando la cacería indiscriminada contra quien no les gusta, porque al otro lado del teclado puede existir una persona cuya salud mental es fácil de devastar hasta convertirla en un ser no funcional. Puede que sea lo que buscan, pero entonces no están dentro del grupo de los buenos.

Llegará un momento en el que baje la dosis, duerma mejor y no me quede mirando al infinito en cualquier ocasión. Puede que

mejore porque tengo a mi lado quien me ayuda, me protege y me cuida, tengo la suerte de poder procurarme unos cuidados médicos que la seguridad social todavía no ofrece y que el normal de los ciudadanos no puede costearse; porque una terapia semanal no está al alcance de cualquiera. No todo el mundo tiene la misma suerte y muchas personas están sometidas a la misma violencia digital y política. Puede que a una diferente, pero son víctimas de la misma presión de grupo, que para mentes menos maduras puede ser devastadora. Puede que me leas y seas una de esas personas que lo sufre. Si es así, aguanta un poco y pide ayuda, porque todo esto es una mierda, no es fácil y habrá días que no le veas salida, pero siempre hay algo que hace que cada día merezca la pena entre esas lágrimas y profunda tristeza. Apóyate en quien te quiere, porque ahí fuera siempre hay alguien dispuesto a ayudarte.

Ahora puedes entender mucho de lo que has leído tras dejarte al desnudo mi situación subjetiva. Porque el intento por destruirme es uno de los elementos objetivables sobre los que he sustentado el estrato para comprender la fascistización social. Destruir al diferente, al que odias, al que consideras enemigo, humillar al que te separa del objetivo político, degradar hasta la deshumanización, hundir en la miseria, acabar con su autoestima, llevarle al suicidio. Yo solo soy un ejemplo que tal vez sirva para ver desde dónde sale el análisis y así, después de leerlo, saber si acogerlo o despreciarlo.

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor W., *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha*, Barcelona, Taurus, 2020.

APRILE, Pino, *Nuevo elogio del imbécil*, Barcelona, Gatopardo, 2025.

BARJOLA, Nerea, *Microfísica sexista del poder*, Barcelona, Virus, 2018.

BERARDI, Franco *Bifo*, *La segunda venida*, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2021.

BERNAL A. M., *La lucha por la tierra en la crisis del antiguo régimen*, Madrid, Taurus, 1979.

BORDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2016.

BOUCHERON, Patrick y Corey Robin, *El miedo*, Madrid, Clave intelectual, 2019.

BROWN, Wendy, *Tiempos nihilistas*, Madrid, Lengua de Trapo, 2023.

CANFORA, Luciano, *El fascismo nunca ha estado muerto*, Madrid, Bauplan, 2024.

COOPER, Melinda, *Los valores de la familia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

DELEUZE, Gilles y Félix Guattari, *El Anti Edipo*, Barcelona, Paidós, 2021.

—, *Mil mesetas*, Valencia, Pretextos, 2024.

DUBET, François, *La época de las pasiones tristes*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2023.

FALUDI, Susan, *Backlash*, Barcelona, Península, 2025.

FLURY, Cynthia, *Aquí yace la amargura*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2023.
GRUEN, Arno, *El extraño que llevamos dentro*, Barcelona, Arpa, 2019.
GRUNBERGER, Richard, *Historia social del Tercer Reich*, Barcelona, Ariel, 2010.
HARRISON, John, Wally Seccombe y Jean Gardiner, *El ama de casa bajo el capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 1975.
ILLOUZ, Eva, *Intimidades congeladas*, Madrid, Katz Editores, 2012.
—, *La vida emocional del populismo*, Madrid, Katz Editores, 2023.
LAND, Nick, *La Ilustración oscura*, Segovia, Materia Oscura, 2022.
KINDLER, Jean-Philippe, *A la mierda la autoestima, dadme lucha de clases*, Madrid, Bauplan, 2025.
KRISTEVA, Julia, *Sol negro. Depresión y melancolía*, Girona, WunderKammer, 2017.
LARCENET, Manu, *Los combates cotidianos*, Barcelona, Norma Editorial, 2010.
LAZZARATO, Maurizio, *El capital odia a todo el mundo*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2020.
LE CLERC, Xavier, *Un hombre sin título*, Madrid, Cabaret Voltaire, 2023.
MÉNDEZ RUBIO, Antonio, *(FBI) Fascismo de baja intensidad*, Santander, La Vorágine, 2015.
MILLET, Kate, *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 2024.
NORÐAHL, Eiríkur Örn, *Illska, la maldad*, A Coruña, Hoja de Lata, 2018.
O'FARRELL, Maggie, *Sigo aquí*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2023.
O'TOOLE, Fintan, *Un fracaso heroico*, Madrid, Capitán Swing, 2019.
PECKHAM, Robert, *Miedo*, Barcelona, Paidós, 2024.
QUEROL, José Manuel, *Postfascismos*, Madrid, Díaz & Pons, 2015.

RASSMUSEN, Mikel Bolt, *Fascismo tardocapitalista*, Cádiz, Marmol-Izquierdo, 2021.
REICH, Wilhelm, *Psicología de masas del fascismo*, Bilbao, DDT Banaketak, Sare Antifaxista, 2014.
REVERTE, Jorge M., *El vuelo de los buitres. El desastre de Annual y la guerra del Rif*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021.
SCHELER, Max, *El resentimiento en la moral*, Madrid, Bauplan, 2025.
SZULMAN, Martín y Fernando Pittaro, *La era de la crueldad*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2025.
TIBURI, Marcia, *Cómo conversar con un fascista*, Madrid, Akal, 2015.
VILLAÉCIJA, Raquel, *La vergüenza*, Barcelona, Ediciones B, 2025.
VILLAJOS, Rosario, *La educación física*, Barcelona, Seix Barral, 2023.
VIOLA, Liliana, *La hermana*, Barcelona, Anagrama, 2025.
YPI, Lea, *Fronteras de clase*, Barcelona, Anagrama, 2025.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin la gente que me ha mantenido a salvo.

A mi madre, por cuidarnos. A mi padre, por cuidar de mi madre.

A Ana, por escuchar y comprender en momentos de agresión constante.

A Antonio y César, por entender la vulnerabilidad.

A Jesús, mi editor, por la paciencia y la comprensión que ha permitido que este libro no caiga conmigo.

A Lina, por hacerme sentir.

A Noe, por sostenerme a pesar de pesar tanto.

Me crie como un fascista
Antonio Maestre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Stuart Nicol / Getty Images

© Antonio Maestre Hernández, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-322-4967-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Me crie como un fascista. Elegí no serlo
No es la economía, estúpidos
Resistencia partisana
Desnortados
Pequeños fascismos por todas partes
Kapos en el campo de concentración doméstico
Manada de lobos
Amigos de sangre
Rencor latente
Las pasiones tristes
La amenaza morada
Cacerías colectivas
Ser hombre puede estar bien
Acojonados
El moro violador
Dopamina facha
Schadenfreude
Coda de situación
Bibliografía
Agradecimientos
Créditos